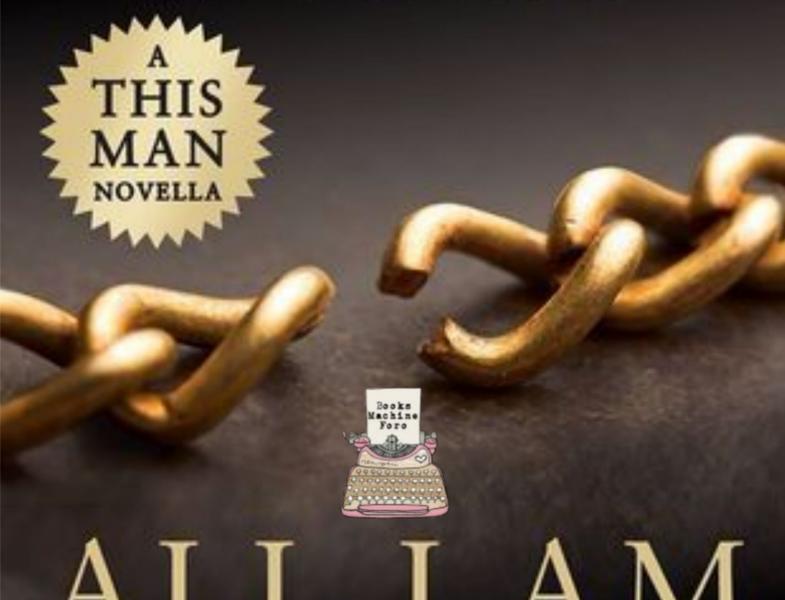
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

ODI ELLEN MALPAS



ALL IAM

DREW'S STORY

Esta traducción fue realizada por Books Machine Foro, el mismo es sin fines de lucro, con el único objetivo de compartir y difundir la obra del autor. Está prohibida la venta o recopilación de este documento.

Apoya al autor comprando sus libros en cuanto estén disponibles, siguiéndolos en sus redes sociales y con tus reseñas.

ijiDisfruta la lectura!!!







Sinopsis:

¡UNA NUEVA NOVELLA EN LA SERIE MI HOMBRE!

No necesitas leer la serie para disfrutar de esta historia. Pero si ya eres una fan de Jesse Ward, sólo espera hasta que veas el consejo que le da a Drew a cerca de enamorarse.

Pensé que tenía control. Estaba tan, tan equivocado ...

No necesito una relación. Tengo Hux, un club decadente donde sacio cualquier crudo deseo que elija. Me complazco y lo ofrezco sin ningún compromiso. Así que cuando Raya Rivers viene pidiendo a alguien frío, sin emociones, y sucio ... bueno, ningún hombre nunca podría ofrecer perversa satisfacción como yo.



Raya es diferente. Vulnerable. Lleva un profundo dolor que sobrepasa todas mis paredes cuidadosamente construidas e inexplicablemente me hace preocuparme. Ahora el deseo me controla. El hielo ha sido reemplazado por una caliente necesidad.

Pero Raya no tiene idea de mi otra vida, mi vida real. Donde soy papá de una adorable niña. Mis dos mundos están a punto de colisionar con la fuerza de una supernova. Una vez que Raya conozca la verdad, ¿será capaz de aceptar todo lo que soy?





Capítulo 1

Hay algo sórdido en este club. Algo que siempre estaba ausente en mi club anterior, La Mansión. Mi viejo refugio en Surrey Hills, me sentía como en casa. Los lujosos jardines, la decoración refinada, el entorno social. Se sentía como una extensión de mi vida, y lo era. Hux es solo un lugar al que vengo a follar.

Todo gira en disfrutar de una iluminación débil y erótica, la niebla de gemidos que te siguen en todas partes se cimenta en la cabeza, permaneciendo mucho tiempo después de haber dejado el edificio. Todo ocurre siempre en cámara lenta. Personas caminando, gente hablando, bocas moviéndose tan lentamente que puedes bastante leer cada palabra que es dicha. Hablan de fantasías, de intenciones y de esos deseos más profundos y oscuros. Aquí no hay nada sagrado. No hay misterio o intriga. Atraviesas esas puertas de una calle trasera de Londres y sabes exactamente lo que vas a conseguir. Sexo. Sexo del sucio. El rollo sin emociones que me gusta. No tengo tiempo para las complicaciones de una relación.

De pie detrás de su figura arrodillada, enrollo las cadenas alrededor de su cuello y aprieto, sólo un poco, hasta que su respiración es aún más superficial que el orgasmo que la ha atravesado. Me sumerjo, acercando mi cara a la suya.



— Gracias por jugar.— Susurro en su oído, antes de mover mi boca hacia el sur y morderle la mejilla. Ella gira la cabeza y sus ojos me miran fijamente todavía albergando un hambre sin fin.

Hambre de mí.

La libero, dejándola de rodillas, me meto en el cuarto de baño contiguo y tomo una ducha, lavando el potente olor a sexo. Una vez que me he secado, me miro en el espejo, mis ojos azules cansados, mi cabello oscuro despeinado y cayendo sobre mi frente, cubriendo los pocas arrugas que se han formado en los últimos años. Aunque he evitado las temidas canas.

— No está mal para treinta y nueve, Drew.

Me pongo de nuevo mi traje y hago mi camino a través del club mientras reviso mi teléfono para ver dónde están los chicos. Ahora he liberado un poco de tensión, es hora de tomar una cerveza.

— Oye, Drew.

Me detengo y me volteo, viendo al dueño de este pozo de placer decadente, Cole Hux, cerrando la cremallera de sus pantalones, su enorme pecho desnudo, la hinchazón de sus bíceps brillando de sudor bajo la tenue luz.

- ¿Qué pasa, Cole?
- Aquí— . Su figura de casi dos metros está delante de mí en unos cuantos largos pasos, su enorme mano sosteniendo un trozo de papel.
 - ¿Qué es esto?— pregunto, tomándolo tentativamente.
- Novata.— Se da vuelta y se aleja a su oficina Ella dijo que quiere a alguien frío, sin emociones, y sucio.
- Así que pensaste en mí— me digo a mí mismo, mirando el nombre y el número de móvil.
 Raya.— Me sorprendo, metiendo la nota en mi bolsillo y dirigiéndome hacia mi auto. Puedo hacerlo frío, sin emociones, y sucio. Con poco esfuerzo. En realidad, sin esfuerzo.



Estoy rodando mi hombro mientras entro en el bar, trabajando algo de la rigidez en una leve mueca de dolor. Ha sido una semana larga en la oficina, pero con ocho ventas hechas, uno de los cuales era un sobrevalorado ático en Chelsea que ha estado en el mercado por más de un año, se podría decir que ha sido una gran semana para los negocios.



Encuentro a Sam, uno de mis amigos más antiguos, en el bar solo y me le uno, una cerveza lista y esperando por mí.

— ¿Dónde está Jesse?— Pregunto mientras tomo el taburete a su lado.

Los tres hemos mantenido nuestra hora semanal de tiempo de hombres por tanto tiempo como nos hemos conocido, y solamente en algunas raras ocasiones en décadas ninguno de nosotros ha faltado. Entonces, ¿dónde está?

La mirada que me da Sam está llena de diversión que intenta ocultar por simpatía.

- ¿Quién lo ha molestado?— Golpeo mi cerveza y la tintineo con la de Sam.
- Te daré dos conjeturas— inclina la botella a los labios, sus ojos bailando con diversión.

— Maddie.— No necesito dos conjeturas. — ¿Cómo puede un hombre enfadarse tanto por una niña de siete años?

Sam se ríe, disfrutando de la desesperación de nuestro pobre compañero.

— No es como tu Georgia.

Sonrío ante la mención de mi niña. Mi tranquila y dulce niña. Ella se parece a mí. Tiene mi naturaleza reservada y tranquila. Estoy tan contento, ya que odio a su maldita madre. La tendré de nuevo de Coral el sábado, gracias a Dios. Los tres días a la semana que está lejos de mí son largos y solitarios.

- ¿Cómo está Kate?
- Horneando su trasero. Es temporada de bodas.— El alcanza hasta su hombro y cepilla una mancha de harina. ¿Tuviste una buena semana?
 - Gran semana.

Sam me echa un vistazo, sus ojos aterrizando en mi entrepierna.

— ¿Has estado en el club?

Miro hacia abajo y encuentro mi cremallera baja. Rodando mis ojos, sostengo mi botella en mi boca por el cuello mientras me abrocho.

- ¿Celoso?
- No. Estoy muy contento con mi chica, muchas gracias.— Me rechaza en un instante.

Sonrío por dentro.

- Estoy disponible si me necesitan.— Eso de repente me regresa su atención, y no es una atención positiva. Sólo decía.— Levanto mis manos, una demostración de rendición.
- Bueno, no lo hagas.— Mi alegre compañero, cuyos ojos están constantemente brillando alegremente, está a punto de gruñirme.
 - Fue una sola vez hace ocho años.

Me volteo a la barra, llevándome mi diversión rápidamente antes de que me golpee. Una vez, hace ocho años, la novia de Sam decidió que quería incursionar en todas las cosas pervertidas. Le dimos lo que ella quería. Hombre, le dimos lo que ella quería. Yo no me involucro, nunca lo hago. Pero Sam lo hizo.

Me palmea la rodilla y miro hacia la puerta donde está mirando, encontrando a Jesse



hacia nosotros con cara de pocos amigos. Rápidamente señalo al barman para una cerveza. — ¡Mi hombre!— Sam canta, golpeando la superficie del bar.

— Joder— gruñe, y me río entre dientes, preparándome para un discurso sobre todas las cosas concernientes a su hija. Maddie *es intensa*. Palabras de Jesse, no mías. Golpea su culo en el taburete y prácticamente arrebata la cerveza de la mano del barman. Cerramos la boca, frente a la barra, echó un vistazo por el rabillo del ojo para encontrar a Sam sonriendo alrededor de la boca de su botella. Se lo está buscando.

Me aclaro la garganta y me meto en una conversación de hombres para distraer a Jesse de su estrés de papá, al mismo tiempo distraer a Sam de llevarlo a comportarse como un loco.

— Tengo...

Soy interrumpido cuando el teléfono de Jesse suena, y el silencio cae mientras todos miramos a su pantalla, donde el nombre de Ava está parpadeando mientras la luz advierte que es ella.

— Oh cielos.— Suspiro mientras Jesse lo arrebata de la barra.

Mis hombros se levantan, un pobre intento de taparme los oídos, y me estremezco con el profundo dolor punzante. Hijo de puta. Me estiro y me froto los músculos. Necesito solucionar cuanto antes este dolor de hombro.

— Esto no es negociable, Ava. — Jesse responde en saludo, claro y al punto.

Los labios de Sam se comprimen con risa contenida, ganándose una patada debajo la barra de mí parte y una mirada asesina de Jesse. Se encoge en su taburete, aunque su risa está justificada: todos sabemos que el espíritu de Ava saca de quicio a Jesse, pero mostrar cualquier diversión u ofrecer consejo es un error fatal. He sido amigo de Jesse el tiempo suficiente para saber que mi opinión importa una mierda cuando se trata de su esposa e hijos. Incluso si está equivocado, lo que es la mayoría de las veces. Mis ojos se cierran cuando oigo a Ava.

Claro, Cómo, El. Día

— Es cabello, Jesse— le dice, levantando la voz. — Te estás comportando como un puto loco como siempre.

Sam y yo nos estremecemos, ambos esperando.

Él golpea su puño contra la barra, meciéndola.

—¡Cuidado con tu puta boca!.

El tono de Ava se tranquiliza rápidamente. Es una pérdida de tiempo.

BM

— Ni siquiera me consultaste, por el amor de dios— ladra. — Tú y esa pequeña pícara conspiraron contra mí, y ahora mi niña esta casi calva!.

Presiono mis labios, pero Sam está más allá del punto de ayuda, todo su cuerpo fuera de control por la risa.

- Lo tiene por debajo de sus hombros, Jesse. Deja de ser tan irracional, joder. Es posible que también esté agitando una bandera roja frente a un maldito toro. Lo hablaremos cuando llegues a casa.
- Cuando llegue a casa, Ava,— respira agotado, su tono amenazando hasta un punto que incluso estoy preocupado por Ava. Será mejor que te escondas porque hay un polvo de represalia esperándote, señorita.— Él cierra su teléfono y bebe la mitad de su cerveza, agitado y erizado como un oso pardo.
- ¿Así que Maddie se ha cortado el pelo, entonces?— pregunta Sam. El hombre tiene deseos de morir.
- Masacrado, más bien.— Jesse se balancea hacia nosotros en su taburete y apunta su cerveza sobre mi pecho a Sam. Me retiro, fuera de la línea de fuego. Y esa mujer tuya también fue parte del trabajo. Un día de spa, dijeron. Tiempo de chicas, dijeron. Se olvidaron de mencionar que mi niña volvería con la mitad de una cabeza pelada y sus putas uñas pintadas de rosa. ¡Tiene siete años, por el amor de Dios!
 - Hey.— Sam retrocede. Kate toma sus propias decisiones. Yo no tengo nada que ver.

Jesse se burla, y recurro a tomar el asunto en mis propias manos antes de que explote.

— Así que tengo a alguien que requiere mis servicios.— Pongo el papel que Cole me dio en la barra.



Jesse y Sam inmediatamente se inclinan hacia adelante, distraídos según lo planeado, y miran el papel.

- Raya reflexiona Sam.
- ¿Cómo supo de ti?— pregunta Jesse.
- A través del club.— Mi respuesta provoca la habitual mueca de Jesse cuando hago referencia a Hux. Me río a mí mismo. Bueno, si no hubieras vendido La Mansión, no me vería obligado a buscar otro lugar para jugar.
 - Tienes que dejar ese estilo de vida— me dice Jesse por milésima vez.
- ¿De qué otra manera se supone que voy a desestresarme entre el trabajo y Georgia?— Respondo con indignación.

	• .
_	ıtas.

Me burlo.

- No tengo tiempo para esa mierda.
- Estás rondando los cuarenta. Es hora de asentarse.
- Vete a la mierda escupo. Estás rondando los cincuenta, y la única razón por la que te estableciste fue porque, por algún milagro, encontraste a una mujer que podía lidiar con tu culo irrazonable.
- Tengo cuarenta y seis años y no soy irrazonable.— Asiente, como si estuviera de acuerdo consigo mismo. No sé por qué todo el mundo sigue repitiendo como si fuera un maldito loco que no tiene razón.— Su botella se detiene a mitad de camino entre sus labios cuando nos observa a Sam y a mí mirándolo prácticamente boquiabiertos. Soy perfectamente razonable.
- Lo que sea. De todos modos, continúo, sabiendo cuando estoy luchando una batalla perdida. Tengo a Georgia cuatro días a la semana. Entre ella y el trabajo, no hay mucho tiempo para otra cosa. Hux es relajante. Es lo que soy. Lo que me gusta.

Ignoro las caras interrogativas de mis dos compañeros y ordeno un trago. No estoy mintiendo. Es lo que me gusta. Sin compromiso. No hay complicaciones. Sólo sexo crudo y carnal. No confío en las mujeres, y eso no debería ser una sorpresa cuando la madre de mi hija me usó para quedar embarazada así podía intentar pasarlo como de otro hombre. Y no cualquier otro hombre, sino uno de mis mejores amigos. Su obsesión por Jesse casi obstaculiza su felices para siempre con Ava. Y como resultado de su fracasado plan, ahora soy el orgulloso padre de una niña de siete años. Estoy sonriendo de nuevo mientras termino mi cerveza. No hay mal que por bien no venga.



- ¿Qué pasa?— Sam me empuja de mis pensamientos, señalando mi hombro. Sigues encogiéndote de hombros.
- Jodi mi hombro jugando baloncesto con Georgia. Mi noticia los hace reír a carcajadas a ambos.
- Toda esa mierda a la que te dedicas en Hux, y has jodido tu hombro jugando a un juego con tu niña

Jesse se ríe mientras me estiro para masajear un poco los rígidos músculos.

Tal vez tiene razón. Tal vez estoy demasiado viejo para toda esa mierda.



Capítulo 2

Después de mi hija, mi mayor pasión en la vida es mi negocio, el cual he construido en una de las agencias inmobiliarias más competitivas de la ciudad. Después una reunión informativa con mi personal el viernes por la mañana, observo mientras el equipo sale de la sala de conferencias antes de recoger mi móvil y marcar el número que Cole me dio. Suena tres veces antes de que alguien lo coja.

- Mi nombre es Drew.— Digo, formal como de costumbre mientras recojo el listado de propiedades en la mesa delante mío. Cole Hux me pasó el número.
 - Oh hola. Entonces, ¿cómo hacemos esto?
- Nos encontramos. Hablamos. Si estás contenta, nos organizamos desde allí. Esta parte es aburrida como la mierda pero necesaria.

Todo para llegar al punto donde puedo hundir mi polla en algún coño nuevo.

Respiro y me deslizo en mi silla, silenciando a mi depravada mente.

— Has sido muy recomendado— dice, casi pensativa. Por supuesto lo fui. Ella lo quiere frio y sin emociones. No conseguirá a nadie más impasible y distante que yo. — ¿Cuándo nos podemos ver?

Me hundo en mi silla y paso mi mano a través de mi mentón, mentalmente revisando mi agenda. Tengo a Georgia de vuelta mañana.

- Estoy libre esta noche, o tendrá que ser el próximo fin de semana.
- Estoy libre esta noche.

Arqueo las cejas. Ella está interesada.

Esta noche— le confirmo.



Por qué no. Pasará el tiempo más rápido hasta que pueda recoger a Georgia por la mañana.

- ¿A qué hora?— No siento ninguna vacilación en su voz. Es una agradable sorpresa. No es raro que los novatos retrocedan cuando las cosas comienzan a ser real.
- Estaré allí desde las siete. Pregunta por mi cuando llegues.— Me levanto de la silla y recojo los montones de papeles de la propiedad.
- Sólo una cosa más— exclama, en calma, espero lo que sea que vaya a preguntar. ¿Qué me pongo?

Sonrío mientras camino a la puerta y la abro, sintiendo su primer indicio de duda.

— Esta no es una cita, Raya. La única expectativa que tengo es un coño mojado.

Ella se ríe un poco, bajo y gutural.

- Bueno, yo pedí algo impersonal, supongo.
- Lo tienes— . Cuelgo y arrojo la pila de detalles inmobiliarios en el escritorio que pertenece a Andrea, una de mis principales agentes.
 - Actualiza estos y delega. Los quiero vendidos al final de la semana.

Su suspiro es profundo.

— El apartamento georgiano en West London me está dando dolor de cabeza.— Coge los detalles y los escanea. — Características originales con un gran potencial, pero nadie puede ver más allá de la suciedad de ese lugar.



— Alguien inteligente lo hará— respondo, alejándome. — Mantenme al tanto. Estaré mañana por la mañana durante una hora antes de recoger a Georgia.— Salgo a la bulliciosa calle y me dirijo a mi última reunión antes de conocer a Rava.



El olor es un cóctel de sexo y alcohol al momento que atravieso las puertas de Hux, con los ojos entornados hasta que se acostumbran al resplandor de la luz. Asiento con la cabeza a Shelby, la mujer latina tetona que trabaja la recepción la mayoría de las noches.

Estoy esperando a alguien

¿Nombre?

— Raya.— La cruzo, rodando el dolor de mi maldito hombro.
— Ya está aquí.
Me detengo y miro a mi reloj. Ni siquiera son las siete. Está más nerviosa de lo que pensaba
— ¿Dónde?
Su pluma señala delante de mí, a la puerta del corredor a la derecha.
— Salón.

El salón es un espacio tranquilo, lleno de sofás de terciopelo púrpura y arte erótico gritando sexo. Al entrar, escaneo el lugar, viendo infinidad de hombres trajeados y mujeres charlando y bebiendo, su previa de relajación de viernes por la noche en marcha antes de entrar en el club y seguir adelante con su verdadera relajación. Es la escena habitual, nada nuevo. Excepto una cosa ...

Me refiero a la mujer solitaria en el extremo del bar y me sonrió a mí mismo, vestida con pantalones de cuero y una simple camisola de encaje negro. A pesar de que ella está sentada, puedo ver sus largas piernas. Perfectas para envolverlas alrededor de mi cintura.

Se pasa una mano por su cabello rubio platino, tirando hacia atrás los mechones que enmarcan su rostro, dándome una visión completa de ella. Es hermosa, piel perfecta, pómulos altos, labios llenos. Sus rasgos son casi brutales en su impacto, lo suficiente como para hacer que un hombre parpadee de dolor por mirarla fijamente.

Pero también siento una tristeza que emana de todos los poros de su impresionante cuerpo. Sus dedos delicados lentamente giran un teléfono móvil, mientras mira alrededor del bar capto un vistazo sus ojos. Son de color marrón oscuro y lucen como si desesperadamente quisieran brillar con alegría, pero albergan demasiada tristeza. Es joven, tal vez a mediados de los veinte años, y eso me hace preguntarme qué podría haber ocurrido en su corta vida para albergar una aparente angustia.

Deslizando mis manos en mis bolsillos, lentamente avanzo hacia ella, recordándome que ella está aquí para ser follada, no para ser descifrada.

— ¿Raya?— Pregunto cuando me acerco a su lado, girándola en su taburete hasta que está frente a mí.

En un instante veo que algo cambia en ella, sus ojos castaños repentinamente brillan, disolviendo cualquier pesar. Ese brillo, aunque sé que es un frente, hace hincapié en lo hermosa que realmente es. Le extiendo mi mano.

— Gracias.

Me tiende su mano y vuelve a mirar a la mía. Luego sonríe, pareciendo casi divertida. Me toma por sorpresa, sorprendido por el brillo de su expresión. Le da a su belleza una nueva arista, una calidez que hace que mi estómago revolotee. Esto contradice completamente su petición de desapego, y en este momento me alegro, porque estoy seriamente asombrado. Sacudo mi admiración mientras inclina un poco su cabeza, haciendo que una capa de su cabello caiga sobre uno de sus brillantes ojos. El impulso de empujarme hacia adelante y apartárselo casi me abruma.

— Encantada de conocerte, Drew.

Su agarre de mi mano es apretado, seguramente queriendo verse confiada, cuando sé que en realidad son sus nervios los que la hacen apretar tan duro.

— ¿Hay algo gracioso?— Pregunto, manteniendo mi expresión de piedra.

Alejo mi mano de ella, tratando de no fruncir el ceño cuando el calor de su tacto se desvanece de mi piel. Tomando un taburete a su lado, mi mirada se queda en la de ella mientras se ríe con la misma risa profunda y ronca que escuché en el teléfono. El sonido resuena en mi cabeza, y tengo que esforzarme mucho para no sonreír ante su desconocida diversión.

- Lo siento.— se voltea para encarar el bar, todavía jugando con su móvil. No esperaba ...— interrumpe y traga. Noto su clavícula expuesta, el camino desde su garganta a su hombro una línea perfecta de carne sensible suplicando por mis labios. No eres lo que esperaba.— regresa su atención a mí, sus ojos marrones ahora llenos de apreciación.
 - ¿Y qué esperabas?
- No lo sé.— Mira hacia otro lado, y me encuentro tomando su rostro para girarlo. Ella no se aleja, me permite sostenerle la mandíbula mientras me mira.
- BM
- Te sientes atraída por mí.— Lo declaro como un hecho. A lo que asiente en mi agarre.
- Aunque eres un poco mayor de lo que esperaba.
- Ouch— . Me río ligeramente ante su franqueza. Mucho para sin emociones.
- No es un problema, sin embargo— . se apresura a tranquilizarme.

Tranquilidad que no necesito, sin embargo por alguna extraña razón, me alegro de que no le molesten los años de diferencia que nos llevamos.

- Entonces empezamos bien. ¿Cuantos años tienes?
- Veinticuatro.— Frunce los labios, nerviosa. ¿Eso es un problema para ti?
- No, en absoluto. Libero su rostro, registrando su alivio. ¿Quieres una bebida

Hendricks, por favor. Solo.

Señalo al camarero y ordeno nuestras bebidas, sintiendo los ojos de Raya en mi perfil todo el tiempo. Hay un malestar hirviendo a fuego lento dentro de mí, algo extraño e inquietante, y no puedo lograr identificarlo. Generalmente no *siento* en absoluto. Por lo menos no por aquí. Todas mis emociones están reservada para Georgia. Sin embargo, la mujer sentada a mi lado está despertado una intriga más allá de lo duro que voy a venirme cuando la folle. Es inquietante. ¿Por qué está aquí? Quiero saberlo, pero definitivamente no debería preguntar.

Le acerco su bebida y la observo mientras toma un sorbo. Traga y respira profundo.

- ¿Es esto habitual?— Pregunta, levantando su copa. Quiero decir, lo de las bebidas.
- ¿Quieres ir directamente a la parte de follar?

No logra disimular su ligero encogimiento, y aunque permanezco imperturbable en el exterior, estoy sonriendo un poco por dentro. Honestamente, sus nervios me excitan. Lo que podría hacerle. Cómo puedo hacerla sentir. Esto aumenta el flujo de sangre a través de mis venas.

— Pensé que se supone que debíamos hablar— , dice en voz baja, casi insegura. — Averiguar si puedes darme lo que estoy buscando.

Decido seguirle la corriente.

- ¿Qué quieres de esto?— Inclino mi whisky a mis labios mientras me estudia.
- Soy una mujer. Tengo necesidades.— levanta su barbilla en una muestra de seguridad.

Silenciosamente digo que son puras mentiras.

— Entonces ten citas— . respondo con rapidez.

Se ríe suavemente, obligándome a apaciguar el placer dentro de mí ante el sonido agitándome.

- Cuando sales con alguien, Drew, quieren conocerte.Me mira con una expresión que sólo puede describirse como determinación. Y maldita sea si con eso me hace querer conocerla un poco más. La gente de aquí no quiere conocerse, ¿verdad?
- Estoy de acuerdo— , aunque no parezco tan seguro como debería. Así que estás aquí para enrollarte sin riesgo de ... ¿que? ¿Sentimientos
- Y olvidar por un tiempo.— rápidamente aleja la mirada, un pequeño ceño fruncido en su cara perfecta, como si no quisiera haberlo dicho.

Su respuesta me tiene sosteniendo el líquido en mi boca, aumentando mi curiosidad. Lo trago, golpeándolo de nuevo.

Puedo hacer eso. Haré que olvides tu nombre, dónde estás y por qué estás aquí.— La



vida tal y como la conoce dejará de existir una vez que le ponga mis manos encima.

Raya asiente con la cabeza, lenta y reflexivamente, mientras regresa sus ojos a los míos.

— No tengo ninguna duda que lo harás.

Sé que puedo. Bajo mi bebida y la coloco cuidadosamente sobre la barra. Todo la conversación, aunque es interesante, me está molestando. Tengo que desahogarme un poco y no esperare hasta que Raye decida si soy el hombre para el trabajo. Al levantarme de mi taburete, le ofrezco mi mano mientras escaneo el salón para mi víctima. Veo a Karen en la esquina sola, su atención en su móvil mientras bebe vino. El duro abogado está a punto de ser duramente derribado.

- Solo avísame cuando estés lista.— Miro hacia atrás a Raya cuando ella no toma mi mano, la encuentro mirando a Karen, también. ¿Raya?
 - ¿Eso es todo?— Pregunta.

Retiro mi mano, notando su decepción.

— Nos hemos encontrado. La pelota está en tu cancha desde aquí.

De repente, la sorpresa enmascara su decepción.

- No sé nada de ti.— niega, sin duda recordándose a sí misma que no es lo que quiere.
- Como he dicho, esto no es una cita. Todo lo que necesitas saber es que tengo una polla y tengo habilidad, y con ellas puedo volar tu mente.



Me alejo, mi sangre ahora bombeando.

Karen levanta la mirada mientras me acerco, una sonrisa agradecida rizando sus labios rojos. Coloca su móvil sobre la mesa suavemente, cada movimiento lento y seductor.

- Alguien parece que está en una misión.— Empuja la silla de terciopelo frente a ella con el dedo del pie de su estileto y apuntando con la cabeza. Únete a mí.— Discretamente separa sus muslos hasta donde su falda lo permite. Está desnuda debajo, y mis ojos se arraigan allí, toda mi sangre dirigida hacia mi verga. Doblo mi cuello y balanceo mi hombro.
 - Ya he hablado bastante por esta noche.
- —Veo.— Karen lanza sus ojos hacia Raya, pero me resisto a mirar. Parece un poco devastada por tu partida.
 - Le dije que había terminado con lo de hablar.
- Parece que ella no. Karen se levanta y se pavonea, sus ojos bailando con diversión mientras pasa a Raya.

Por primera vez, tengo una idea de su altura, sus ojos a la altura de mi barbilla, aunque los tacones que está usando le están dando ventaja.

— Estoy lista ahora.

Su expresión es feroz y decidida mientras alcanza mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

La habitación parece encogerse, llevándose el oxígeno consigo. Mi polla se hincha, mi piel tiembla de excitación, y mi mano se flexiona alrededor de la suya. Solo así consigo encontrar algo de valor para hablar.

— Por aquí.— Mi voz es inusualmente áspera y baja, mis pensamientos perforando mientras la conduzco a través del salón.

El vestíbulo, un mar de mármol negro, frío en su dureza pero decrépito en su oscuridad, amplificando el chasquido de sus tacones mientras me sigue, su agarre apretándose alrededor del mío. Los candelabros apenas iluminados por encima nuestro reflejan la luz de los fragmentos blancos incrustados en el mármol que nos rodea, suaves destellos de luces centelleantes conducen el camino.

Miro por encima de mi hombro mientras empujo a Raya, y la resolución en esos profundos ojos marrones de ella, haciendo que ese brillo oculto atraviese, incluso una fracción, envía mi deseo a niveles casi insoportables. Ese brillo será un brillo ciego una vez que haya terminado con ella; No forzado o falso.

Entrando a una habitación privada, la empujo y le suelto la mano. El chasquido de la cerradura, agudo y final, perfora el silencio. Me quedo detrás, descansando contra la puerta, dándole tiempo, dejándola absorber todo. La jaula en la esquina, La cruz de San Andrés, El columpio suspendido del techo, La enorme cama de cuero, El caballo bondage. Todo.



Su cuerpo está rodando con su respiración, sus brazos laxos a los costados.

Mi mente normalmente estaría girando con planes, lo que voy a hacer y dónde lo haríamos. Pero ahora no puedo pensar más allá de simplemente desnudarla. Poner mis manos en su piel. Mis labios en los suyos.

Interiormente me estremezco y parpadeo aclarando mi visión. *Continua y haz lo que mejor haces*, Drew. Follala hasta el olvido. *Hazla gritar desesperadamente por más.*

Me muevo, cerrando el espacio entre nosotros, y alejo el cabello de su cuello. Se relaja inmediatamente ante mí, su cabeza cae hacia atrás, su inhalación profunda. Estudio la extensión de su tersa, suave piel, mi mirada baja hasta su clavícula.

— ¿Estás lista para perderte por completo?— le pregunto.

Jodeme, creo que voy camino olvidar mi nombre, también. Su olor es estimulante y debilitante al mismo tiempo. La sensación de ella en mi piel es eléctrica, y ni siquiera estoy desnudo todavía.

Una necesidad en mí, una desesperación que nunca había experimentado antes, me quita toda racionalidad. ¿Por qué? ¿Qué es esto? Cada mujer con la que he estado ha sido sexy y me ha excitado. Pero Raya irradia una suave, casi inocente sensualidad que nunca he visto antes. Es una poderosa cualidad que posee, y es aún más sexy porque no se da cuenta de que la tiene. Es seductora sin esfuerzo, pero su incertidumbre es clara, incluso si está luchando por ocultarlo. Miro a las mujeres aquí y sé lo que quieren, pero por qué lo quieren no es algo que me interese. Me complazco y lo doy. Eso es todo. Ahora, sin embargo, estoy sintiendo una poderosa satisfacción, incluso placer, al ayudarla a escapar. No es un placer físico, sino un placer profundo del alma. Me siento privilegiado al ser el único que hace eso por ella.

Jesús, esta mujer está estimulando una curiosidad en mí que está librando una guerra en mi cabeza. Ese pequeño desliz suyo en el bar tiene mi mente girando. ¿Qué quiere olvidar? ¿Por qué no quiere que un hombre la conozca? Y, más significativamente, ¿por qué diablos siento que quiero saberlo?

— Creo que ya estoy perdida— murmura.

Sacudo la cabeza. *Ve al grano, Drew*. Los negocios no implican dominar la mente de esta mujer. Se trata de joderla sin sentido.

Realineo mi enfoque y soplo una corriente fresca del aire a través de su cuello, presionando.

— Mis labios en tu piel,— susurro. Se estremece, al igual que yo.— Mis dedos follandote, estirándote, preparándote para que me tomes.Bajo mi boca y muerdo la delicada carne de su hombro. Su cuerpo se inclina hacia atrás en el mío, con la cabeza volteada hacia un lado. — Mi polla sumergiéndose en tu coño.— Deslizo mi mano sobre su barriga y la jalo hacia atrás, rodando mi erección en su culo.



Es difícil, pero me resisto al impulso de desnudarla, de arrojarla sobre la cama y de hundirme en ella aquí y ahora, recordándome por qué está aquí. Y también por qué lo estoy yo. Pero, maldita sea, el contacto físico sólo está aumentando mi hambre. Quiero entrar en su cuerpo. Quiero entrar en su mente.

Apoyando mi barbilla en su hombro, camino hacia el caballo de esclavitud, sintiendo sus dedos enlazándose con los míos donde mi mano descansa sobre su panza. Flexiono mi agarre, apretando su mano en la mía, una demostración poco característica de tranquilidad. Pero me resulta natural aliviarla, y no estoy en condiciones de cuestionarlo ahora que la estoy tocando. Su corazón late tan fuerte que puedo sentirlo hundirse en mi pecho.

Espera. Mis pasos vacilan cuando me doy cuenta.

No es su corazón.

No respondo, me alejo de su calor.

— Quédate ahí — ordeno tajantemente, luchando por ponerme otra vez en marcha.

Recojo una venda para ojos del armario y la alisó con mis dedos mientras me muevo hacia ella, cuestionando mi intención de cubrirle los ojos. No mueve un músculo, no se resiste ni intenta ver dónde estoy. Permanece inmóvil mientras ato sus extremidades firmemente.

¿Estoy tratando de evitar sus ojos? ¿Para ocultar el brillo que está metiéndose bajo mi piel?

No. Esto es simplemente para aumentar sus sentidos. Este soy yo y lo que hago.

Jesús, ¿qué pasa con todo el análisis?

Sacudo mi mente aclarándola y empujo, alcanzando el dobladillo de la camisola de Raya y quitándosela por encima de su cabeza. La dejo caer al suelo, mis ojos no abandonan la extensión de su espalda sin sujetador. Inhalo y bajo la cremallera del costado de su pantalón de cuero, revelando el primer vislumbre de encaje negro. Mis dedos le acarician la piel, y el calor me barre como fuego ardiente. Otra inhalación, salvo que esta vez retrocedo para recogerme. Respiraciones profundas.

Empujo mis hombros hacia atrás, ignorando el dolor punzante, luego tomo una larga inspiración y lo intento de nuevo, extendiendo la mano hacia la cintura de sus pantalones y bajándolos lentamente por sus piernas. Con cada pulgada de su piel revelándose, mi respiración se vuelve más y más superficial, hasta que estoy completamente sin aliento. Sus labios entreabiertos y respiración poco profunda, mientras se quita los tacones y sale de sus pantalones, me dice que ya estoy teniendo éxito en cumplir con su petición. Está olvidando. Esta más allá de mí, no sé por qué, pero me hace sentir realizado. Contento.



Me veo obligado a tomar otro momento, levantarme y retroceder, lejos de ella, tomando cierta distancia. No funciona. La energía eléctrica generada por la cercanía de nuestros cuerpos continúa chisporroteando y agrietandose. Es debilitante, mi cabeza y cuerpo en un caos. Simplemente no puedo evitarlo, pero desearía saber que le estoy ayudando a olvidar. Está tomando todo en mí no exigir una respuesta a esa pregunta que está enterrada en mi cerebro. Estas reacciones que estoy teniendo no son normales. No me gustan. Pero no puedo detenerlas.

Me limpio la frente con el antebrazo y vuelvo a concentrar mi atención en desnudarme, mis manos tiemblan con la tarea. Miro hacia abajo a mi polla, sofocando un gemido al verlo chorreando. Esto nunca ha sucedido antes. Sé que si envuelvo mi puño alrededor de la base, con un solo toque me habré corrido. Soy famoso por mi resistencia, mi control, mi ritmo, mi ingenio. ¿Qué es esta mierda? Gruño, pura frustración, y tiró las bragas de encaje negro de Raya por sus piernas, arrancándole un pequeño grito al hacerlo. Es sólo un sonido, un sonido de anticipación que he escuchado de cientos de mujeres antes de ella, pero de su boca es el afrodisíaco más poderoso que he encontrado. Tan potente como su cuerpo desnudo delante de mí. Más dominante que su piel pidiendo mi toque. Casi tan vertiginoso como las preguntas girando en mi mente.

Me acerco al aparador y agarro unas esposas y una barra separadora, teniendo una severa palabra conmigo mismo. Cuando vuelvo a ella, dejo caer la barra al suelo y aterriza con un ruido sordo, haciendo que se sacuda un poco. Colocando mi palma en el centro de su espalda, la empujo hacia adelante hasta que su frente se apoya en el caballo. Ella está inclinada sobre él, su culo en perfecta exhibición.

— Brazos encima de tu cabeza — le ordeno.

Obedece inmediatamente, llevando sus muñecas hasta los aros en el extremo. Rodeo el caballo, mis ojos en su cara mientras descansa sobre la almohadilla de cuero, sus labios llenos se separaron ligeramente. Desabrocho las esposas y las aseguro sobre sus muñecas, dándoles un buen tirón cuando he terminado.

- Si quieres que me detenga en cualquier momento, solo di la palabra.
- ¿Qué palabra?— pregunta sin aliento.

Sonrío para mis adentros.

— *Basta*, Raya. — alejo el pelo de su cara y bajo mi boca a su mejilla. — La palabra es basta — . Mi lengua le lame la sien, mis ojos se cierran con deleite. — Quiero oír tu placer. — deslizo mi mano en su cabello y lo empuño. — Asegúrate de que escuche tu placer.

Asiente, su torso rodando.

Mi mano empuñada suaviza y acaricia su cabello, sostengo su cara serena mientras sujeto su pelo, deseando admirar cada ángulo.

— Buena chica.



Recojo la barra separadora y me arrodillo detrás de ella, empujando sus piernas. Una vez más, sigue mi orden sin pregunta u objeción. Es perfecta. Tan perfecta.

Acomodo la barra entre sus piernas, ajustando su ancho. La prolongación de sus piernas las hace lucir más largas, más flexibles, más asombrosas. Trazo las puntas de mis dedos desde su espaldas hasta sus pantorrillas, detrás de sus rodillas, bajo sus muslos suaves. Mi tacto suave me recompensa un gemido, me retiro, disfrutando el sonido, así como de la visión ante mí.

Está desnuda y restringida. Por mi. Sacrificial. Es lo más hermoso que he visto. Tan hermosa, me quedo un rato admirándola.

Camino hacia atrás hasta el aparador para no perderme la vista, agarro un condón y lo deslizo ciegamente. Con el corazón bombeando, suspiro y me coloco detrás de ella, llevando mi mano a su nuca y arrastrándola por el centro de su espalda. Mi tacto provoca una ondulación de su espina dorsal y un gemido bajo y feliz.

- No creo que haya estado tan desesperado por poner mi polla en una mujer.— Mi dedo

traza el pliegue de su culo apretado hasta que encuentra su camino, el pequeño aro musculoso tensandose. — Relájate, Raya,— ordeno suavemente, trabajando mi dedo en círculos.— Sólo un pulgar.

— Oh Dios,— suspira, los esposas desplazándose.

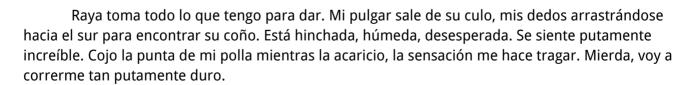
Mi mano libre alcanza su nuca y masajea mientras continúo trabajando su culo, su cuerpo suavizándose con cada círculo de mi pulgar.

- Eso es todo. Presiono un poco más y abro su abertura, haciéndola sacudirse. Se pone a jadear. Respira. Empujo un poco más, soltando su cuello y agarrando mi polla palpitante, empezando a trabajarla lentamente. Mi gemido es animal, casi un gruñido.
 - ¿Recuerdas lo que te dije, Raya?
 - No recuerdo nada.

Sonrío. Entonces estoy haciendo algo bien. Pero aun así le doy una bofetada en el culo por olvidarlo, una picadura de una bofetada. Grita, sus piernas se doblan un poco.

- Inténtalo de nuevo. Mi pulgar empuja de nuevo dentro de ella, ahora sin suavidad.
- Escuchar mi placer. Jadea, sin aliento. Quieres escuchar mi placer.
- Entonces, ¿dónde está?— Pongo mi polla en la entrada de su resbaladizo coño y trazo círculos al compás con mi pulgar.

Gime. Luego suspira. Mi sonrisa es victoriosa, Satisfecha. Pero ya estoy más allá de tontear. Mi propia necesidad está convirtiéndose en demasiado como para contenerlo. Así que rodeo mi dedo pulgar, y luego aprieto mi polla en su resbaladizo coño, montándola en el caballo en un grito. Mis ojos se cierran y dejo que el sonido barra sobre mi piel mientras mi cabeza cae hacia atrás y mis caderas bombean, embistiendola implacablemente, una y otra vez, golpe tras golpe, sin descanso, sin posibilidades de recobrar el aliento. Nada. No demuestro piedad. Sin embargo, también estoy a merced del placer que encuentro, la carga de mi ritmo cardíaco, el hervor de mi sangre. Mis dientes rechinando, mi piel mojada, y mi mente se pierde. Desaparece.



- Mi verga dentro de ti, Raya. Follandote. Dime cómo se siente. Mis piernas se extendieron un poco, mi mano hundiéndose en la carne de su cadera mientras rodeo su clítoris lentamente, un contraste con el atronador ritmo de mis golpes. Dime.
- Mierda, Drew.— Está jadeando, sus manos luchando contra las restricciones, sus piernas atadas. ¡Estoy ahí! Mierda, estoy allí.



Me retiro rápidamente y me quito el condón, mi mano tomando el mando mientras la golpeo duro en el culo. mi cabeza cae hacia atrás y mis caderas bombean, embistiendola implacablemente, una y otra vez, golpe tras golpe, sin descanso, sin posibilidades de recobrar el aliento. Nada. No demuestro piedad. Sin embargo, también estoy a merced del placer que encuentro, la carga de mi ritmo cardíaco, el hervor de mi sangre. Mis dientes rechinando, mi piel mojada, y mi mente se pierde. Desaparece.

Raya toma todo lo que tengo para dar. Mi pulgar sale de su culo, mis dedos arrastrándose hacia el sur para encontrar su coño. Está hinchada, húmeda, desesperada. Se siente putamente increíble. Cojo la punta de mi polla mientras la acaricio, la sensación me hace tragar. Mierda, voy a correrme tan putamente duro.

- Mi verga dentro de ti, Raya. Follandote. Dime cómo se siente. Mis piernas se extendieron un poco, mi mano hundiéndose en la carne de su cadera mientras rodeo su clítoris lentamente, un contraste con el atronador ritmo de mis golpes. Dime.
- Mierda, Drew.— Está jadeando, sus manos luchando contra las restricciones, sus piernas atadas.
- ¡Estoy ahí! Mierda, estoy allí.

Me retiro rápidamente y me quito el condón, mi mano tomando el mando mientras la golpeo duro en el culo.

La ayudo a recostarse sobre el caballo mientras asiente, silenciosa mientras me ve asegurar sus manos nuevamente. Su cabeza cae a un lado, su respiración áspera aún, su rostro cubierto con mi semilla. Llámame depravado, pero lo dejo, limpiando sólo una gota lejos de la esquina de su ojo con mi dedo meñique. Sonríe suavemente, y por razones que probablemente nunca entenderé, me saca una sonrisa también.



— Lindo piercing — murmura, desviando su mirada lentamente de mi polla a mis ojos.

Mi sonrisa se ensancha mas cuando paso por encima la barra de separación entre sus muslos, acariciando sus pequeños pechos mientras avanzo. Colocando mis manos sobre sus rodillas, me sumerjo y descanso mis labios en su panza. Arquea su espalda, cerrando sus ojos. Me corrí hace sólo un minuto, sin embargo, la vida está pulsando de nuevo en mi polla una vez más. Se me agua la boca mientras centró mi atención en su magnífico coño.

- Habla conmigo, Raya.— La punta de mi dedo descansa sobre su clítoris. ¿Qué deseas?
- Tu boca. No se anda con vueltas. Quiero tu lengua en mí.

Empujo un dedo dentro de ella, barriendo alrededor de las suaves paredes, acerco mi cara, pasando mi nariz por el cabello enmarcando su dulce coño.

— Hueles bien — murmuro, cerrando los ojos y dejando que su olor me embriague.

Mi lengua se detiene en su clítoris. Gimo, y Raya se corcovea del caballo, sus piernas

desesperadas pero incapaz de cerrarse. La lamo de abajo hacia arriba, mi lengua dura y firme.

Comienza a murmurar lo que suenan como oraciones mientras me burlo de ella, enloqueciéndola, la empujo hasta el límite. La construyo, atormentándola con mi lengua, antes de retirarme, dejando que su tensión retroceda antes de volver a entrar. Los sonidos de ella gritando y suplicando por su orgasmo mientras la lamo es oro. Juego con ella por una eternidad, prisionero de su coño por sus constantes súplicas. No necesito que me diga que esto va a ser poderoso para ella, tal vez incluso demasiado de soportar. El conocimiento me estimula. Cierro mi boca sobre ella y chupo vorazmente, empujando sus muslos más separados. Grita, todo su cuerpo disparándose hacia arriba. Saboreo su clímax. Lo siento golpear mi lengua.

Jo-de-me.

Lo trago, el sabor es vertiginoso. Nunca antes alguien me capturó en el momento tan completamente. Nada de lo que ocurrió fue forzado. Me siento completamente aturdido mientras doy vueltas a mi lengua a través de sus pulsantes pliegues, tomando cada gota de ella y consumiéndola, devorándola, dejándome emborracharme completamente en ella. Jesucristo, es deliciosa.

Raya finalmente se calma, aunque está lejos de estar tranquila, su cuerpo tiembla en consecuencia. Su cabeza está laxa, caída a un lado, pero sus ojos están abiertos y mirando fijamente a través del cuarto. Parece desorientada. En estado de shock. Lo entiendo.

Renunciando a su dulce coño, me agacho y libero sus piernas, luchando por recuperarme cuando termino. Bajo mi torso frente a ella, su cara cerca de la mía, sus ojos en mi perfil, mientras desato las esposas, frotando algo de vida en sus muñecas.

— ¿Estas bien?— Pregunto.



Asiente mientras la ayudo a incorporarse. Esta inestable, y aunque yo tampoco estoy muy estable, la levanto y la llevo a la cama, mi cara se aprieta con el terrible y profundo dolor en mi hombro.

Colocándola sobre el colchón, voy a buscar un paño, lo mojo antes de volver y sentarme en el borde de la cama. Esto está fuera del protocolo, pero limpiarla parece razonable ya que he eyaculado por toda su impresionante cara.

- Gracias suspira y cierra los ojos mientras paso el paño suavemente sobre sus mejillas.
- De nada.

Termino y miro a su pacífico rostro por unos momentos, sabiendo que he saciado su necesidad de olvidar, pero aún sintiendo una profunda e inapropiada necesidad de saber *que* le he ayudado a olvidar. Todos en este club tienen sus razones para sumergirse en este decrépito pozo de placer. Algunos necesitan control, algunos anhelan poder, y otros, como yo, simplemente adoran joder sin ataduras y sin sentimientos. La excitación. Los juegos de poder. No lo *necesito*. Lo quiero.

Esta mujer lo necesitaba. Nunca he visto a nadie tan perdido en el momento, y, lo más preocupante, nunca me he sentido tan perdido.

Sus ojos se abren y me encuentran estático en el borde de la cama. Sonríe, modesta y perezosa, estirando su cuerpo.

- ¿Por qué me estás mirando?
- No te estaba mirando; te estaba admirando.— Me sorprendo ante mi respuesta sincera. Riendo silenciosamente, desconcertado, me pongo de pie.— Hay una ducha por allí.
 - Creo que esperaré hasta que esté en casa.

Se levanta y encuentra sus pantalones, metiendo sus piernas a su vez. Se está yendo. Me doy cuenta de que marcharse es protocolo, pero siento el extraño impulso de detenerla. Tomar más de ella. Tratar de entenderla. Sin embargo, no debería hacerlo. Hicimos un acuerdo. He hecho lo que ella me pidió que hiciera. Emocionalmente, mantengo a las mujeres a una distancia muy segura. Siempre lo hago. Ahora no debería ser diferente.

- De nada— . Prácticamente gruñí, recuperando mis bóxer del piso y poniéndomelos. Se me traba el hombro, obligándome a usar mi mano sobre mi cuerpo para masajear el dolor.— Mierda.
 - ¿Qué pasa?— pregunta Raya, pero me niego a mirarla.

Es más seguro mantener mis ojos para mí mismo. Dejando que se vaya.

— Nada, me lastime cuando ...— Me desvanezco y cierro la boca antes de revelar algo que no debo. — Me lo lastime.



- Déjame ver.— Ella está delante de mí en un instante, pero retrocedo aún más rápidamente.
- No pasa nada.— Me subo los pantalones. Y vuelve otra vez; el dolor atravesandome, llegando a mi estómago y haciéndolo revolverse. Mis pantalones golpean el piso y siseo, apretando fuertemente mi hombro. Hijo de puta.
- Si, bien.— Raya aleja mi mano. Soy terapeuta deportiva. No está bien.— Su palma rodea mi hombro, su toque me deja luchando por el aliento y la razón. Acuéstate.
- No es una buena idea.— Casi me río, mi polla se contrae como si protestara por mi rechazo.

- ¿Por qué?

¿Por qué? Porque la simple idea de que me toque me pone duro.

— Tengo que estar en algún sitio.

Su mano, todavía sobre mi hombro, tantea en mi carne firmemente, y el movimiento furtivo tiene mis ojos cerrándose y a mi cuerpo doblándose bajo el alivio que me da.

- Oh Dios, eso se siente tan bien.
- ¿Sí?

Mis ojos cruzan detrás de mis párpados.

- No te detengas.
- Metete en la cama, Drew.

Cruzo la habitación y estoy sobre mi frente en un abrir y cerrar de ojos. Lo que ella diga.

De pie al lado de la cama, ella se quita los zapatos, y luego sus pantalones de cuero golpean el piso.

Mis ojos los siguen.

- ¿Por qué te los quitas?— La observo otra vez, evitando sus largas piernas.
- No son muy interesantes que digamos.

Se arrodilla en la cama y monta mi culo. Oh, Jesús, ¿qué he hecho? Sus manos, suaves pero firmes, caen sobre mi espalda.



— Relájate. — ordena suavemente, trabajando su toque en mis rígidos músculos.

Relajarse. Es más fácil decirlo que hacerlo.

- ¿Siempre montas a tus clientes medio desnudos?
- Sólo a mis favoritos.

Su respuesta es seria, y me río un poco, obligando a mi cuerpo a suavizarse. Pero mi risa se desvanece y se transforma en un silbido cuando sus nudillos trabajan en mi hombro derecho.

- Estás lleno de nudos,— medita, moliendo en el músculo. ¿Estresado?
- No.— Me estremezco, tratando de alejar el dolor.
- Quédate quieto. Su cuerpo cae hacia delante, su rostro aproximándose al mío. Le echo un vistazo y encuentro sus cejas perfectamente arqueadas. Entonces su boca se curva, también, y sus ojos apuntándome. ¿O necesito atarte?

Muy graciosa.	Rápidamente cierro los ojos antes de poder beber más de su
hermosura. — ¿Qué es un	nudo, de todos modos

— Tus músculos están superpuestos. Lesiones, estrés o a veces simplemente la deshidratación puede hacer que se fusionen entre sí. Los masajes frecuentes son una buena cura, pero también un gran preventivo. Es importante mantener la flexibilidad de los músculos. ¿Cómo te lo hiciste? — Pregunta, tomando mis brazos y colocándolos en la almohada sobre mi cabeza.

Encontrar una razón para mi lesión que no implique mencionar a Georgia es más difícil de lo que debería ser. Esta mujer está haciendo estragos con mi estado de ánimo generalmente estable.

— No lo sé.

Sus manos golpean en mi carne, y enseguida una ola de hormigueos le sigue. *Dulce Jesús*.

— Voy a eliminar un poco de la rigidez. Cuando te diga que respires, respira profundamente. No lo sueltes hasta que yo te lo diga.

Asiento y pronto pierdo mi batalla para mantenerme callado, gimiendo cuando sus nudillos trabajan en la hendidura por mi omóplato.

- Allí.— Gimo, en algún lugar entre el dolor y el alivio. Justo allí.— Sus nudillos se hunden profundamente.
 - ¿Ahí?
 - Dios, sí.
- Respira—, ordena, y obedezco, inhalando, sintiendo su presión en el lugar, su fuerza sorprendente. Retenlo—. Su otra mano alcanza mi muñeca y tira mi brazo hacia un lado, la presión de sus nudillos en ese punto dulce nunca vacilando. Y exhala.

El aire sale de mis pulmones y sus nudillos vuelven a rodar por el área.

- Mierda, eso fue divino, murmuro, sintiéndome drogado.
- Y otra vez.— Empuja de nuevo en el lugar y amasa unas pocas, sólidas veces antes de bloquear de nuevo, empujando en el músculo. Aspira.

Sigo su orden y quedo en mi oscuridad, dejándola tomar el control total. Puedo sentir los nódulos profundamente en mi carne, moviéndose bajo su sólido toque.

Y exhala.— Suspira, como si fuera un alivio para ella, también.

Pasa una buena media hora trabajando en el área, y con cada respiración dentro y fuera, el dolor profundo se desvanece, hasta que todo lo que siento es un alivio puro. Sus manos son puta



magia. Me siento somnoliento, totalmente fuera de sí, pero cuando sus palmas se deslizan hasta mi nuca y trabajar los músculos allí, estoy totalmente alerta de nuevo. Y mi polla también. Raya desliza suavemente sus manos por mi espina dorsal y moldea círculos perfectamente presionados allí por unos *increíbles* minutos. Puto infierno. Respiro profundamente, apretando mis puños mientras la sangre golpea en mi polla.

— Estas listo.— Se baja de mi espalda y empieza a ponerse los pantalones. — Deberías tener uno al menos una vez a la semana.

Una vez al día suena mejor. Por ella. Me quedo donde estoy, boca abajo, la cabeza apoyada en mis antebrazos. No me moveré. *No me puedo mover*.

— Puedes levantarte ahora.— Deslizando sus pies en sus tacones, jala la banda de su pelo y sacude su cabello.

Señor, mátame ahora. Mi polla está gritando.

— En realidad, no puedo.

Tampoco ella, sus ojos me recorren todo el cuerpo, su brillo cada vez más y más brillante.

— Ohhhh.— Sus labios aprietan juntos, y definitivamente se sonroja. Parece una locura después de lo que acabo de hacerle. — Lo siento,— se encoge de hombros.

Mi polla no está escuchando mi petición de calmarse de una puta vez, y no será probable mientras Raya todavía estee cerca, así que enfrento las consecuencias, suspirando mientras me levanto de la cama.

- Supongo que es uno de los riesgos del trabajo.
- Sí, han habido algunos momentos incómodos.— Se ríe un poco, apartando sus ojos de mi ingle.

Internamente frunzo el ceño mientras me visto, no me gusta la idea de que otros hombres logren que ella les ponga las manos encima.

— ¿Dónde trabajas?

Pregunto antes de poder detenerme, mis dedos deteniéndose a medio abotonar los botones de mi camisa. Acabo de romper una de mis reglas principales. Y, más molesto, uno de las de Raya. No llegar a conocernos el uno al otro. Debería patearme a mí mismo cuando veo sus ojos apagarse un poco, el brillo juguetón desapareciendo como si nunca hubiera estado allí.

En tus palabras, Drew, esto no es una cita.

Su personaje, de luz y casi juguetón, cambia en un abrir y cerrar de ojo. De repente, está



cautelosa y distante. Y lo odio, porque siento que no es natural que sea tan cerrada. Es un esfuerzo para ella. Antinatural. Al igual que es antinatural para mí dar una mierda, pero estoy condenado si puedo detener que me importe.

Pero debo hacerlo.

— Bien — murmuro, negándome a mí mismo.

Ella suspira y camina los pocos pasos necesarios para llegar a mí. Sus pasos son cautelosos, y mis ojos la siguen hasta que está parada pecho-a-pecho delante mío. Mi puto corazón latiendo mientras desesperadamente busco la luz que sé que está enterrada profundamente en sus ojos. Se ha desvanecido y joder, me odio a mí mismo por haber presionado con mi estúpida pregunta. Se para de puntillas, apoyando sus labios en mi áspera mejilla. Un cosquilleo corre sobre mi piel.

— Gracias— murmura.

La tierra se mueve, así como mi cabeza, atrapando sus labios con los míos, mis brazos tirándola hacía mí. No recuerdo la última vez que besé a una mujer. Sólo la besé porque eso es todo lo que quería. La beso sin que esto nos lleve a alguna parte.

Soy amable. Suave y explorando. Y es jodidamente bendito. Su cuerpo está relajado, sus pechos empujando en mi pecho, mis brazos alrededor de ella. ¿De dónde viene esta compulsión? ¿Esta necesidad de complacerla? De ayudarla.

- ¿Por qué estás aquí, Raya?
- La cosa sin ataduras es atractiva.
- ¿Por qué?

Se aleja, y lloro la pérdida de su calor hundiéndose de mi traje a mi piel.

- Debería irme dice en voz baja.
- ¿Necesitas un paseo en cualquier parte? Otra regla rota. Maricón. Perdido. Pero, maldición, a la mierda las reglas.
 - Eso es dulce, pero estoy bien.

¿Dulce? He sido descrito como muchas cosas, pero dulce no es una. ¿Qué mierda? No soy dulce. Aclaro mi garganta, todo viril, y ella sonríe un poco, como si estuviera al tanto de mi madura lucha interna.

— Adiós, Drew.— Se vuelve y la veo alejarse. No mira hacia atrás. No sé si estar contento o devastado.





Capítulo 3

Mientras me siento en la mesa de conferencias el sábado por la mañana, las voces de mi personal son un jaleo de nada. Mi mente, maldita sea mi mente, todavía está en Hux, y mi polla, mierda, mi puta polla todavía está enterrada hasta las bolas profundamente dentro de Raya. Cada vez que giro mi hombro y no siento dolor, estoy de vuelta en esa cama con sus manos encima mío. Disfruté de ese masaje tanto como disfrute follándola.

No dormí mucho anoche, ni siguiera después de vaciar casi toda una botella de whisky con Sam. A veces en la vida, las cosas se arrastran hacia ti sigilosamente y te cogen desprevenido. La maldita madre de mi hija lo hizo. Literalmente. Coral me tomó por sorpresa, aprovechó mi estado de borrachera y nueve meses después tuve una niña. Raya me ha tomado por sorpresa, aun así hay algo en ella; su suavidad, su atractivo natural, que hace que sea demasiado fácil bajar mi guardia.

Eso y su aire de misterio. ¿Cuál es su maldita historia?

— ¿Qué crees, Drew?

Mi pluma deja de repiquetear, y miro a través de la mesa para encontrar a todos mirándome. Me he perdido todo. No tengo ni idea de lo que se ha discutido.

— Si, bien.— Me levanto y recojo mi teléfono. — Tengo que recoger a Georgia.— Necesito distracción, y mi niña es la manera perfecta. — Hasta el lunes.

Corro por la ciudad, emocionado. Sólo han pasado tres días, pero se sienten como siglos.

Cuando llego a la casa de Coral, veo a Georgia en la puerta esperándome. Su pequeña cara es un cuadro, sonrío, dejándome salir del coche.

Papi!— se lanza por el sendero como una bomba, sin zapatos ni abrigo, una coleta en su pelo negro, la otra mitad suelta y volando alrededor. Me agacho y me preparo para su tackle, riéndome cuando se estrella contra mí.

Hola, palomita.

— Hola.

Sus labios caen sobre mi mejilla y sus brazos me estrangulan. Todo es bastante adorable, nuestro reencuentro es un aventura feliz, pero mi alegría se hunde cuando Coral se pasea por el sendero, sus ojos escaneando cada centímetro de mi metro noventa mientras me levanto con mi hija envuelta alrededor.

— Georgia, estás medio vestida— la regaña, sacándola de mis brazos y arrastrándola de vuelta a la casa. Me mira por encima del hombro. — ¿Vienes?— Me pregunta.

Fuerzo una sonrisa.

— No, gracias.— Prefiero caminar a través de las ardientes profundidades del infierno.

Coral no ha ocultado sus ganas de querer conciliar. Que broma. No sé cuántas veces necesito decirle que no hay nada que reconciliar porque no había relación en primer lugar.

— Oh, me olvidé de preguntar.— Se detiene y me enfrenta. — ¿Podrías tener Georgia el próximo fin de semana? Sé que es técnicamente mi tiempo, pero las chicas van a salir y es el único fin de semana que pueden.

Es de no creer. Cuatro días a la semana tiene para sí misma, y aun así necesita hacer planes para cuando se supone que tiene a Georgia. No es que me moleste. Significa que tengo más tiempo con mi pequeña.

— No hay problema.

Retrocede, un poco sorprendida.

Gracias.

Pensó que me negaría. ¿Porque lo haría? ¿Sólo para fastidiarla?

- ¡No tardaré mucho, papi!— Georgia fuerza a su madre fuera del camino y se acerca a la casa, reapareciendo momentos después con su abrigo y zapatos, pero todavía con sólo una coleta.
 - Ven aquí, tonta.— Me arrodillo y le sujeto el resto de su cabello en un mono.
 - ¿Podemos jugar al baloncesto otra vez, papi?
- No, tu siempre ganas.— Mi hombro comienza a doler de nuevo, ante la sola mención del maldito juego. ¿Qué tal el cine?— Sugiero, abriendo la puerta. Salta y me permite abrocharle el cinturón.
 - ¿Podemos ver La Bella y la Bestia?
 - Claro que podemos. Le planto un beso en la frente. Y luego iremos por comida para



llevar y nos relajaremos en casa. ¿Qué dices?

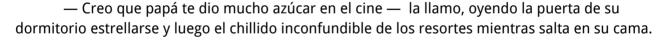
- 1			~			
·Dodomoc	s hacer nuestra	う もいへんつ べん	campanac	acratal 1 ai	n mantac v a	าเพากาสาด
— / F O U E I I I O S	Hacel Huesii	i nenua ue	Lannuana S	eu eia: 700i	II IIIaiiias V c	31111UHAUAS:
Ĺ. J.						,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,,

— ¡Sí!—	, Canto, emocionado	. Tampoco lo	estoy fingiendo	. — Tengo alg	o para ti.—	Saco el
teléfono móvil c	que he estado espera	ndo darle. — .	Ahora puedes l	lamarme cuar	ndo estés co	n mamá.

Sus ojos, como brillantes piedras preciosas, se ensanchan de asombro.

- ¡Dios mío, papi!— Lo coge de mis manos y de inmediato comienza a juguetear con los botones.
- Mi número ya está agendado.— Señalo a la pantalla. Y es sólo para que me llames o me envíes un mensaje de texto. O yo te llame y te mande un mensaje. Nada más, ¿de acuerdo
 - De acuerdo.
- Buena chica.— Dejo caer un beso en su cabello, cierro la puerta y me subo al frente, viendo a Coral mientras me alejo. Está en la puerta, observándonos, una niebla de malgastada esperanza girando a su alrededor.

Abro la puerta de mi apartamento y sonrío mientras Georgia entra y corre como un huracán. Mi hogar se siente como un hogar de nuevo cuando ella está de vuelta.



Tirando mis llaves sobre la mesa, voy directamente a la nevera y saco una cerveza, hurgando en mi bolsillo por mi móvil cuando suena. Es de la oficina.

- Andrea.— saludo, caminando a través de la sala para encontrar que Georgia ya ha arrastrado los edredones de nuestras dos camas.
 - Hola.— dice Andrea, sonando un poco exasperada. Tenemos un problema.
 - ¿Qué pasa?— aterrizo en una silla y tomo un sorbo de mi cerveza.
 - He tenido que enviar a Henry a casa. Ha estado vomitando por toda la oficina.

Hago un mohín.

Lindo

— Se supone que estaría tasando una casa en Belgravia. No puedo cubrirlo.

Se me caen los hombros.

- Andrea, tengo a Georgia.— Al mencionar su nombre, mi hija entra en la habitación con una pila de almohadas en los brazos, dejándolos caer al centro del piso antes de regresar a los dormitorios.
- Lo sé, y no te lo preguntaría, pero el vendedor ya ha tenido otros dos agentes y está muy interesado en ponerlo en el mercado.

Suspiro.

- Envíame los detalles.— Soy un hombre de negocios, y no dejo que el negocio se me escape de los dedos, especialmente los negocios en Belgravia.
 - Gracias, Drew.

Cuelgo y voy a buscar a Georgia, mis entrañas ya apretándose con culpa.

- Oye, palomita.
- Papi, ¿quieres ser mi bestia?,— Pregunta, dando vueltas en el lugar.
- Bueno, eres innegablemente Bella.— Me siento en el borde de su cama y la dejo subir a mi regazo. Así que supongo que puedo ser tu bestia.— Tironeo de su coleta y ella se ríe.
 - Eres una bestia muy guapo.

Me río, de pie con ella pegada a mi frente. — Muchas gracias, Belle— frunzo los labios y me complace a mi exigencia de un beso mientras camino a la cocina. — Ahora, tengo una propuesta para ti.

Retrocede, su carita se arruga con desconfianza.

— Solo estamos fingiendo, papá. No puedo casarme contigo.

Mierda, es la cosa más linda del mundo.

— Tengo que ir a trabajar por una hora.

Me siento fatal cuando sus diminutos hombros caen, la decepción nublando su hermosa carita.

Sólo por una hora, lo prometo.

Puedo ir?



- No, palomita. Irás a un sitio mejor.— Vuelvo a poner la cerveza en la nevera.
- ¿Dónde?
- Es una sorpresa. La bajo a sus pies. Ve a buscarte el abrigo y los zapatos.

Corre, la promesa de una sorpresa reemplaza la decepción por la emoción. Podría estar precipitandome. Ni siquiera he comprobado. Busco en mi lista de contactos y voy directamente al jefe.

Ava contesta al segundo timbre.

- Oye, tú.
- Necesito un gran favor.



Llegamos a casa de Jesse media hora más tarde, y Georgia está fuera de mi coche tan pronto como me detengo, chillando de emoción en el momento que Maddie aparece en la puerta con una colección de muñecas Barbie.

- Gracias, Ava. Te debo una.
- No hay problema. Tómate todo el tiempo que necesites.
- ¿Dónde está Jesse?

Señala al otro lado de la entrada, y lo diviso entre los árboles con su hijo Jacob, jugando a la pelota. Cubro mi boca con ambas manos y grito. — ¡Falta!.

Jesse levanta la vista y saluda, apartando la vista del balón por un segundo. Un segundo es todo lo que toma.

— ¡Gol!— Jacob tira su camiseta del Manchester United por encima de su cabeza y comienza a dar vueltas a su padre, con los brazos en el aire mientras canta. Me río, aunque mi amigo está menos que divertido.

Nos vemos!— Salto en mi coche y corro por la ciudad hacia Belgravia.





Capítulo 4

Disfruto de la impresionante hilera de terrazas blancas de estilo georgiano en la calle de lujo, con mi mirada flotando por el camino hacia los jardines privados que también cuentan con canchas de tenis. Es una de las mejores ubicaciones en estos alrededores y sería una increíble adición a la cartera de Davies. Las propiedades de por aquí son como polvo en oro, millonarios esperando en su oportunidad por algo nuevo entrando al mercado. Tengo mi encanto y verdaderamente encendido.

Subo los escalones a una puerta negra brillante con herrajes de oro, todo muy pulido como era de esperar, mientras compruebo el nombre del vendedor en el mensaje que Andrea me envió. *Ríver*s. ¿Señora.? ¿Señora.? Un rápido golpe con la elaborada aldaba es suficiente antes de enderezar mi traje y poner la sonrisa que necesito cuando estoy en el modo de negocios.



La puerta se abre.

Y mi sonrisa cae.

- ¿Raya?— Retrocedo, al igual que ella, su sonrisa cayendo, también.
- Drew, ¿qué haces aquí?— Mira de izquierda a derecha. Estoy esperando a alguien.
- Si.— Saco mi tarjeta de mi bolsillo y la sostengo. A mi.

Empieza a darse cuenta mientras mira fijamente mi tarjeta.

- Davies Otro paso atrás. ¿Eres Davies de Davies & Asociados?
- Y ahora sabes lo que hago para ganarme la vida.

Luce informal con una amplia camiseta de seda y pantalones anchos, su pelo en una coleta alta con mechones cayendo sobre su cara. Y sin maquillaje. ¿Cómo puede alguien lucir tan impresionante sin maquillaje?



¿Es la dueña de este lugar? Maldito infierno, ni siquiera puse un pie en el gran palacio georgiano, pero ya sé que estamos hablando de decenas de millones. He tratado con propiedades como esta interminables veces, pero *nunca* antes se ha sentido tan intimidante.

— Sabes, si esto es demasiado incómodo puedo irme.

Estoy suplicando, *rogando* propiamente, que diga que no. Esta mujer ha estado en mi mente, arrastrándose por toda mi piel, desde el momento en que puse mis ojos en ella. Y ahora mi curiosidad acaba de irse por las nubes. La oportunidad de potencialmente eliminar algunas capas e intentar que responda a algunas de mis constantes preguntas es demasiado tentador para resistir. Por no hablar de la necesidad de volver a sentirla contra mi piel.

— Umm ...— Se muerde el labio, claramente dividida, mientras espero conteniendo el aliento que decida. — Está bien.— Sacudiendo su cabeza, abre la puerta. — Adelante.

Mi corazón late más fuerte cuando entro en ... su casa?

- Gracias.
- ¿Quieres beber algo?— Su pregunta está llena de incertidumbre mientras conduce el camino por el pasillo hasta unas escaleras.
 - Un poco de agua sería bueno.— Necesito algo de humedad en mi boca rápido.
- La cocina está en el sótano.— Me lleva bajo algunas escaleras de madera pulida, y entramos en la cocina.

Me fuerzo en apartar mis ojos de ella para poder escanear el espacio.

— Lindo— digo, absorbiendo la habitación perfectamente tradicional, toda de madera de cerezo y mármol oscuro, con puertas dobles que conducen a un pequeño patio. Los focos que brillaban desde el techo se reflejan en los mostradores de piedra, enviando fragmentos de luces ámbar a través de las paredes de color crema.

Raya busca un vaso de agua y me lo entrega. Nuestros dedos se rozan. Nuestros ojos se encuentran. Descargas eléctricas hormiguean por mi brazo. Traga.

— Debería mostrarte los alrededores.

Esto es dolorosamente incómodo.

— Por supuesto.

— Bueno, esta es la cocina. — se mueve alrededor y se pasea hacia una habitación contigua. — Comedor informal y espacio de relajación — Tres enormes sofás de cuero están dispuestos en forma de U alrededor de un televisor colgado en la pared. — Estoy aquí abajo la mayor parte del tiempo.



Estoy aquí abajo la mayor parte del tiempo. ¿Nosotros no?

— ¿Cinco pisos?— Pregunto, sin molestarme en tomar notas.

Estoy bastante seguro de que mis manos no estarían estables de todos modos, así que comienzo mentalmente a almacenar detalles en el espacio vacío que tengo en mi mente , Lugar que Raya no está acaparando.

— Incluyendo el sótano y el ático, si.— Nuestras miradas chocan, pero ella rápidamente aleja la suya otra vez.

Aclarando mi garganta, vagando, mi tranquila mente empieza a ponerse mareada. Es una terapeuta deportiva. ¿Cómo demonios se puede permitir este lugar? Mis ojos se dirigen a una colección de fotografías al otro lado del pasillo, cuidadosamente dispuestas en una mesa consola. Mis pies me llevan hasta allí antes de que pueda detenerme, mi curiosidad fuera de control.

Hay por lo menos una docena de imágenes, todas de Raya en varios lugares del mundo. Está frente al Louvre haciendo una voltereta, frente a la Casa Blanca haciendo una vertical, fuera de un templo meditando. Sonrío, completamente impresionado por la belleza que brilla en cada imagen, por la fuerza de su felicidad. En cada foto, está radiante, esté o no mirando a la cámara. Y entonces mi sonrisa se desvanece al ver la última fotografía. Me acerco sin pensar, viendo a la pareja de pie en las nubes en la parte superior de una montaña. Raya y un hombre.

Mis hombros se sacuden mientras ella me pasa rápidamente, tomando la fotografía y poniéndola boca abajo. Me estremezco ante el breve contacto.

— Hay un gimnasio por aquí, un sauna y un jacuzzi.

Sigue su camino, dejándome inmóvil en la mesa consola, mis ojos pasando entre la espalda de Raya y la foto que ahora no puedo ver.

Mi ceño es demasiado profundo para ocultarla mientras la sigo por un corredor estrecho, emergiendo en un gimnasio bien equipado.

— ¿Te ejercitas mu...?

Mi brazo roza el suyo cuando entro, el calor quemando las palabras restantes de mi pregunta. Trago con dificultad, parpadeándole una mirada. No me mira, pero está sosteniendo su brazo donde la acabo de tocar.

— No realmente.— Cabecea hacia otra habitación. — El spa está por allí.

Hago un esfuerzo en la puerta, escaneando el lugar de cerámicos blancos.

— ¿Todo funciona?— Le pregunto, luchando por regresarnos a los negocios.



— Sí.— Retrocede fuera de la habitación, girando sobre sus pies descalzos. — Te mostraré las otras plantas.

¿Cómo voy a manejar otros cuatro pisos?

— ¿Seis dormitorios?— pregunto, siguiéndola por el pasillo y subiendo las escaleras de la cocina.

Sus pantalones capri me dan una vista perfecta de sus tobillos delgados, mis ojos colocando esa barra expansora allí otra vez.

— Siete,— dice sobre su hombro. — Todas dobles, cinco en suites. Menos el salón principal y el comedor formal.

No importa cuánto lo intente; Mi mente está demasiado ocupada en Raya como para prestar alguna atención a la casa que he venido a tasar. Apenas registro la grandeza, difícilmente absorbo el exquisito lujo que me rodea. Sólo veo a Raya.

Esta mujer irradia sexo. Es enigmática. Es la tentación personificada, y es una lucha constante no agarrarla y besarla. O atarla y obtener la información que mi aturdida cabeza está exigiendo. No puedo quitar mis ojos de ella. No puedo amortiguar el flujo constante de preguntas. Es como un imán, tirando y empujándome lejos.

Mi corazón palpitando en mis oídos al momento en que subimos las escaleras, mi control doblegandose cada vez que nuestros ojos se encuentran. Estallará pronto. Puedo ver una repetición de anoche rodando en sus oscuros ojos, su mente claramente no se centra en darme un recorrido, sus manos tiemblan cada vez que señala algo, su respiración laboriosa cuando habla conmigo.

Cuando entramos en el primer dormitorio, hago un punto al ignorar la cama. En el segundo dormitorio, hago lo mismo. En el tercer dormitorio, estoy gritando internamente. Para el cuarto dormitorio, estoy empezando a temblar con la fuerza que me está tomando ignorar el hecho de que la tengo en una casa a solas con siete putas camas todas gritándome que estropee las sábanas perfectamente hechas. Al quinto dormitorio, apenas pongo un pie, en el sexto dormitorio simplemente meto mi cabeza dentro, y de nuevo, me tropiezo con Raya y se me pone la piel de gallina, sintiendo el pánico comenzando a expandirse.

- Lo siento!— Balbuceo.
- Mi culpa.

Apoya su mano en mi antebrazo, y un calor como ningún otro me quema el torrente sanguíneo. Nuestros ojos se encuentran. Mi hambre se convierte en hambre; hambre de ella, del contacto piel-con-piel. De entrar en su mente. Pero todo eso desafía su petición de permanecer impasible. Y sé con seguridad que no necesito esta complicación en mi vida. Mis sentimientos ahora son simplemente debido a un dolor de polla y un apetito fuera de lugar por respuestas a las preguntas que me gustaría mandar a la mierda. No confío en las mujeres, y definitivamente no

debo confiar en esta misteriosa y esquiva mujer. Pero, ¿está luchando contra la atracción gravitatoria que está distorsionando todo, también? Dios mío, necesito irme. Ahora.

Empiezo a dirigirme hacia las escaleras, sintiendo que las paredes se cierran alrededor de mí, pero cuando paso el dormitorio siete, mi ritmo urgente se detiene y estoy atrapado dentro. El mundo deja de existir y yo inhalo, oliendola en cada superficie de la habitación. Una vez más, mi razón me abandona. La cama, la ropa que tenia puesto anoche sobre el respaldo de un sillón de gamuza rosado, sus tacones tirados a un lado. El dolor ardiente dentro de mí se amplifica, y mi cabeza nada con el recuerdo de cada segundo que la he tenido restringida y a mi merced. Pero de alguna manera, ahora me doy cuenta de que yo estaba completamente a *su* merced. Justo como ahora. Esta mujer está agitando algo dentro de mí.

Oigo el ligero parche de sus pies descalzos sobre la gruesa alfombra crema y lentamente dirigí mis ojos hacia un lado. Está mirándome. Leyéndome. Absorbiéndome. ¿Qué está pensando?

— Mierda.— Yo respiro, y antes de que pueda reconsiderar mi intención, la he agarrado y ha pegado mi pecho al suyo, forzándola contra una pared cercana.

Nuestras bocas, a sólo una pulgada de distancia, luchan por el mismo aire. Alcanzando su rostro, trazo la línea de su pómulo, su mirada se filtra en la mía. Mi mundo sigue, como esos momentos congelados en el tiempo cuando puedes ver con perfecta claridad cada pequeña cosa antes de ti. Cuando puedes apreciar su belleza y maravillarte con los detalles.

Levanto mis antebrazos y los apoyo en la pared a cada lado de su cabeza, enjaulándola, mi cuerpo empujando al suyo un poco más.

— Tus ojos — susurro buscándolos, mientras ella busca los míos. — Estaban vivos cuando te tuve en esa habitación.— Eso era lo que faltaba cuando la vi por primera vez en el bar. Vida. Tal vez hasta propósito. — No sólo querías lo que podía darte. Me querías. También me quieres ahora.— No puedo ignorar el brillo cegador en su mirada.



Están vivos.

Asiente mientras respira con dificultad en mi rostro.

- Se suponía que debías ser frío.
- ¿Te hice olvidar?
- Sí.
- Entonces hice la mitad de mi trabajo.
 Puedes perdonarme por no haber cumplido la otra mitad de nuestro trato?

No lo sé.

- ¿Por qué?
- Fui a Hux para evitar las complicaciones derivadas de las emociones. Para perderme por un tiempo sin preocuparse por la confianza. Había planeado ser tan fría e impasible como lo pedí, pero no pude. No contigo. No se suponía que fuera tan increíble.
 - ¿El sexo?
- No. Es... asombroso. Tú ... traga y mira hacia otro lado, obligándome a acariciar su rostro con el mío.
- Dime—, exijo, necesitando oírlo. Necesitaba confirmación de que no estaba solo en esa habitación. Que no estoy solo en esta locura.
- Te preocupaste. Fuiste tierno en la aspereza. Considerado. Me hiciste sentir como si el mundo comenzaba y terminaba conmigo. No quería nada de eso. Pero me gustó.

Fue algo que no pude evitar.

— ¿Y por qué no querías ninguna de esas cosas, Raya?

Niega con la cabeza, sus ojos se apagan, y quiero rugir mi frustración. Y de repente me asusta que mi pregunta pueda borrar el brillo de su mirada completamente, empujo mi boca a la suya. Es hora de que ella lo olvide de nuevo, y ahora estoy preparado para ayudarla. Sólo por ahora, pero me hago un silencioso juramento. Voy a averiguar cuál es la historia de esta mujer, aunque sea lo último que haga.

Tan pronto como nuestras lenguas se encuentran, me vuelvo loco. Pierdo la razón. Me pierdo completamente. Completamente alucinado en la suave brisa del aliento de esta mujer. Está arrastrándose por mi cuerpo en un instante, sus manos en mi pelo, empuñando y tirándolo impacientemente. Mis pies me llevan a la cama, la urgencia cegándome, necesidad latiendo en mis venas. No puedo ver nada, sentir nada, no siento nada, excepto a ella. Las reglas desaparecen. El sentido me abandona. Las preguntas desaparecen. El deseo me controla. Y Raya está conmigo cien por ciento.

La beso de verdad. Me deleito en el contacto de nuestras bocas y encuentro un nuevo tipo de pasión. Una pasión que no es parte del proceso de tener sexo, sino parte de una necesidad ardiente que nunca he experimentado. Estar cerca de una mujer. La profunda conexión de nuestras bocas, el sabor asombroso de ella, el duelo de nuestras lenguas; suave y lento, pero aun así batallando. Este beso es todo.

Mis manos luchan por desnudarla mientras ella corresponde, nuestras manos y brazos se enredan en la urgencia de quitarnos la ropa. Ella trata de levantar mi camisa sobre mi cabeza sin desabrochar todos los botones, y mi cabeza queda atrapada en el material.

- Mierda. — Maldigo, tirando de los lados, los botones volando.

Tomo un respiro para encontrar algo de sentido común, para encontrar la paciencia para conseguir desnudarme sin destrozar mi traje entero. Pero no hay razón.

Raya se ríe mientras me arranco los pantalones. ella prácticamente los arranca por mis piernas, llevando mis boxer, calcetines y zapatos con ellos. Y una vez que ambos estamos desnudos, me agarra la polla, la yema de su pulgar masajeando sobre el anillo de plata perforando en la cabeza. Trago varias veces, empujándola de vuelta a la cama. Su cuerpo aterrizando en el colchón haciendo que su olor se levante de la ropa de cama, golpeándome la nariz y aumentando mis sentidos.

Sus piernas se separan, y caigo entre sus muslos, tomando su boca. La punta de mi polla roza su entrada, la sensación me vuelve loco, mi beso endureciendose. Con un movimiento rápido de mis caderas, estoy dentro de ella, empujando hacia adelante con premura.

— Carajo,— ladro en su boca, gruñendo a través de mi gemido, cayéndome a pedazos encima de ella cuando sus caderas se elevan y me toma completamente.

Me veo obligado a tomarme un momento, acallando mi cuerpo, pero mi lengua continúa explorando. Las largas piernas de Raya se enrollan alrededor de mis caderas, ella rompe nuestro beso, arqueandose y echando la cabeza hacia atrás. Mi boca se desliza hasta su cuello, mordiendo y chupando, desesperado por más de ella. Estoy tan cómodo dentro suyo que incluso el más mínimo de los movimientos se siente tan sensible mientras sus manos ocupadas recorren mi espalda. Esto, Esto se siente como algo en mí que ha estado ausente por demasiado tiempo.

Mientras rodeo mi lengua sobre su garganta, me preparo para el primer golpe, aliviando mi polla en su calor. El gemido de Raya me obliga a alejarme de su cuello, sus brazos echados hacia atrás en la almohada buscando algo a lo que agarrarse. Estirándome, pongo mis manos con las suyas y dejo que me sujete con una fuerza impensable, sus dedos entrelazados con los míos. Sus ojos vidriosos me miran mientras me contengo en su abertura, luchando contra el tirón magnético intentando arrastrarme dentro.



Jadea, su impecable piel brillando, sus ojos comenzando a chisporrotear.

— ¿Cómo pasó esto?

¿Cómo? Ella me embruja, así es como.

— Deja de preguntar.

Me hundo en su coño, completamente borracho de ella. se levanta de la cama, sus manos apretando las mías aún más firme. Un movimiento de mis caderas la tiene gimiendo. Dos la tiene temblando. Tres la tiene gritando al techo.

Sellando su boca, permito que la exigencia de mi cuerpo se haga cargo. Quiere fluir fácilmente dentro y fuera de ella, cada una de las retiradas mesurada, cada avance preciso. Cada gemido ensordecedor. Cada beso nublando la mente.

¿Qué es esta locura? Cada golpe es doloroso en su intensidad, pero duele tan jodidamente bien. Con los ojos abiertos, la beso suavemente, igualando mi minucioso ritmo, viendo su clímax construyéndose en el oscurecimiento de sus ojos. No necesito preguntar si está lista. Hay demasiados signos: sus músculos tensándose, esos ojos tan salvajes, su piel húmeda de sudor, la fuerza de sus manos en las mías, el tirón de su tibio y resbaladizo coño arrastrándome mas y mas profundamente.

Miro hacia abajo a su cara aturdida, manteniendo el ritmo constante, no dispuesto a perderme la increíble vista de su liberación.

— Vente.— ordeno, y lo hace, su cara se contorsiona de placer mientras grita, su cuerpo temblando contra mí violentamente.

La sola visión me arrastra hacia las profundidades de la indulgencia como nunca he experimentado antes en mi vida, mi cuerpo moviéndose, mi polla arremetiendo, mi mandíbula duele por la tensión mientras lucho por abrirme paso. Jadeo, con la cabeza colgando mientras la habitación gira alrededor de mí, distorsionando todo.

Todo excepto su cara. Está luchando por respirar, mirándome con asombro.

— No estoy buscando una relación.

Sus palabras son sólidas, aunque un poco inesperadas.

Asiento, aceptando.

— Ni yo.

Sonríe, y la vista es vertiginosa.

- Entonces, señor Davies, ¿cuánto vale mi casa
- No tengo ni puta idea.— lo admito.

No note nada. Sólo a ella.

Se ríe, con la cabeza echada hacia atrás. Su movimiento ofrece un cuello que ningún hombre podría ignorar. Mi boca baja y besa la tersa piel, todo el camino hasta su barbilla, sus manos van a mi espalda, tirándome hacia abajo. Sostiene mi peso, y tan pronto como estoy cómodo, mi mente se sale de control tratando de procesar lo que acaba de ocurrir. La verdad es, no tengo ni puta idea tampoco. Un instinto que nunca supe que tenía acababa de capturarme completamente y me llevó fuera de curso. No se que es lo que eso significa. Me vi obligado a ser suave. Amable. ¿Amoroso?

De repente me siento sofocado en lugar de cómodo con mi cara hundida en su cuello.



¿Acabo de hacer el amor con una mujer?

La pregunta debería hacerme saltar de la cama en pánico, pero no tengo fuerzas para perderme el calor de su cuerpo contra el mío. Incluso la simple tarea de alejarme toma demasiada fuerza de voluntad.

fuerza de voluntad.
Me mira, preocupada.
— ¿Estás bien?
— Sí.
Sonrío un poco en un instintivo intento de aliviarla. Y tal vez a mi también. Creo que acabo de hacer el amor con una mujer. No hago el amor con las mujeres. No las miro a los ojos. No hundo mi nariz en su piel e intento almacenar su olor. Mierda, esto es cada vez más aterrador a cada minuto, y aunque tengo el sentido común de ponerle fin a todo, ese sentido está siendo enterrado por algo más fuerte. Más poderoso. Ella.
En una inhalación profunda, comienzo la desafiante tarea de levantarme, recuperando mis pantalones del piso y poniéndomelos. Miro hacia abajo a mi camisa cuando mis dedos se deslizan sobre el material, buscando los botones. No hay botones.
Me encojo de hombros en la camisa arruinada de todos modos, luego encuentro que Raya ya está completamente vestida y arreglando su pelo. Sólo verla haciendo algo tan simple hace que mis rodillas se tambaleen.
— No usé un condón.— Nunca, jamás he tomado a una mujer sin protección.
— Estoy tomando la píldora. Y estoy limpia, si esa es tu próxima pregunta.
— En realidad no lo era.— Admito. Mi cabeza está llena, pero con toda la mierda equivocada. — Estaba pensando lo increíble que se sintió.
Su sonrisa es casi tímida, y me pregunto si ella se da cuenta de lo que acaba de suceder.
— Un contraste enorme con lo de anoche.
Me río en voz baja. No tiene ni idea.
— Voy a echar otro vistazo rápido,— le digo, retrocediendo. — Probablemente sea mejor que vaya por mi cuenta.— Sonríe, y lucho para contener la mía. — ¿Te encuentro en la cocina?
Raya se muerde el labio, pero sé que no es intencionalmente seductora. No necesita

intentarlo. Ella es sencillamente sexy, y esa es sólo una de las cosas que me parece tan atractiva

sobre ella. Así como su belleza brutal y el hecho de que ha encontrado sentimientos en mí que nunca supe que existían.

Gemí bajo mi aliento y me obligo a salir de su habitación, frotando círculos en mis sienes mientras salgo. Me siento tan estresado. Cegado porque no creo haber disfrutado tanto del sexo en mi vida. Sexo simple y directo, sin ninguna distorsión añadida. Ni siquiera sabía que lo tenía en mí.

Me paso una buena media hora haciendo lo que realmente vine a hacer. Pero mi mente está constantemente en su dormitorio con ella debajo de mí. Mirando, sintiendo, tocando, consumiendo.

Cuando vuelvo a la cocina, Raya está hojeando una revista con una taza de té en la mano. Una cosa tan simple, pero tan jodidamente sexy. Sonríe y coloca su taza abajo, empujando la revista lejos.

- ¿Entonces?
- Es increíble, Raya. La mayoría de los otros en esta fila se han convertido en apartamentos en los últimos años. Este es uno de los únicos dos que quedan en su estado original. Es una instalación bastante perfecta para alguien que tenga el dinero.

Se ríe con esa risa ronca, y el sonido pica en mi sensible piel.

- ¿Entonces es vendible?
- Tengo varios empresarios en mis libros buscando algo en este sentido. ¿Tiene alguna hipoteca?

Niega, y yo exhalo mi incredulidad mientras tomo un taburete frente suyo.

- Raya, ¿te das cuenta sobre cuánto dinero estás sentada?
- Bueno, no, ya que no me has dicho cuánto vale.— Arquea sus lindas cejas y toma un sorbo de té.

Se está haciendo la modesta. Sé que ha tenido otros agentes aquí. Es consciente de exactamente cuan grande es el cofre del tesoro en el que está sentada.

— Treinta millones, fácil. Empujaría a treinta y cinco. Está en asombrosas condiciones, todo de buen gusto, y todas las cosas importantes cuidadas como ventanas, electricidad, calefacción, cocina y baños. Alguien podría mudarse y no gastar un centavo.

Mi valoración no es una sorpresa para ella, como sabía que no lo sería.

- ¿Su comisión? — pregunta ella.



Apenas logro detenerme de declarar que mis servicios serían gratis si tuviera que perderme en ella otra vez.

_	Es	nego	ciak	ole.
---	----	------	------	------

	 Entonces vamos a negociar. 	Junta sus manos y lad	lea la cabeza. —	Golpéame con tu
mejo	r oferta.—			

Mi sonrisa lastima mis mejillas. Es jodidamente adorable.

— Tres por ciento.

Frunce el ceño. Es terriblemente falso.

- Uno.

Me río.

- Me gustas, Raya, pero no tanto.— Esa es una mentira descarada. Dos.
- Hecho.— Ofrece su mano en una sonrisa. Un placer de hacer negocios usted, señor Davies.

Sacudo la cabeza con asombro, tomando su mano.

- Tendré el contacto redactado.
- De acuerdo.

Sus ojos caen a mis labios. Y los míos en los suyos. Nuestras manos aún están fusionadas. Mi piel se funde, mi corazón en desacuerdo con mi mente. Hay sólo unos metros entre nuestras rodillas. Entonces ese espacio se llena repentinamente, ambos lanzándonos de nuestros taburetes y estrellándonos el uno al otro: cuerpos *y bocas.* Sus labios, todavía hinchados, se enfrentan a los míos con una fuerza que nunca conocí. Una fuerza desesperada.

La tengo en la encimera en un abrir y cerrar de ojos, mi cuerpo acurrucado entre sus muslos, mis manos acariciando su cara. La energía crepita y chispea, sus sonidos de gratificación alimentan mi alma. Jesucristo, esta mujer podría ser mi perdición. Podría hacerme olvidar quién soy. *Todo* lo que soy.

Estoy alternando entre estar asustado y totalmente intrigado por eso, mis pensamientos dando vueltas. Su boca es revitalizante, su piel intoxicante, su aroma me pone súper alerta. Tengo hambre de todo lo que puedo conseguir, mientras acaricia mi nuca, empujando su pecho en el mío.

Me hago una festín con ella, sintiendo, tocando, besando. Frenético. Desesperado. Como si



no la hubiera tenido hace unos minutos.

Una vez más estoy perdido, pero las preguntas que han girado en mi cráneo desde que conocí a Raya repentinamente regresan con toda su fuerza, y ahora han crecido ... esta casa, esa maldita fotografía. Están construyendo una pared alta que mi deseo está repentinamente luchando por atravesar.

El hombre de esa foto. ¿Es eso a quien quiere olvidar? ¿Soy un tipo de rebote, una forma de ayudar a distraerla? No quiero distraerla. Quiero hacerla olvidar por completo. Quiero ese brillo en sus ojos brillando en mí todos los días. Mi auto confesión es como una bofetada en mi cara. ¿Que me esta pasando?

Suavemente alejándome de ella, le sostengo los hombros a una distancia, luchando por estabilizar mi respiración.

— Tengo que ir a recoger mi ...— Mi mente no me pertenece. Georgia se mantiene lejos de esta parte de mí, y Raya no debe ser diferente. — Mi amigo.

Puedo sentir sus ojos escaneando mi cara, tratando de leerme, y es por eso que me niego a hacer contacto visual con ella. Me muevo hacia atrás, dejándola en el mostrador.

— ¿Drew?— La llamada suave de mi nombre me fuerza a levantar la mirada. Pero ella no dice nada, y me doy cuenta de que sólo quiere ver mi cara, tal vez para tratar de leerme. Su pequeño ceño fruncido me dice que ha sentido mi súbito recelo. — ¿Estás bien?

No, no, no lo estoy.

— Tengo que irme.

Me volteo y me alejo, sujetando mi chaqueta para ocultar la falta de botones de mi camisa.

Una vez que salgo, bebo el aire como si fuera agua en un desierto. Me preocupa que me haya resultado tan difícil liberarla. Me preocupa lo fácil que me pareció adorarla en lugar de follarla. Me preocupa lo mucho que pierdo la racionalidad en su presencia. Me preocupa lo curioso que soy acerca de la vida de Raya. Cuántas preguntas tengo, y de las que no voy a obtener las respuestas.

Estoy jodidamente preocupado.





Capítulo 5

- Pareces un hombre perturbado, Drew.— Jesse me encuentra en el pasillo, su dedo hundido en un tarro de mantequilla de maní.
- ¿Tienes cerveza? Necesito una cerveza. lo paso y encuentro mi camino a la cocina, sirviéndome de la nevera. ¿Dónde están Ava y los niños?
- En el trampolín.— Se sienta en un taburete, estudiándome mientras su dedo va y viene del tarro a su boca.

Miro por la ventana hacia el jardín, viendo cuatro cuerpos rebotando alrededor. Contento de que no hay moros en la costa, me uno a mi compañero, tomando un buen trago de mi cerveza.



- Algo extraño acaba de pasar.— Corté directamente a la persecución.
- ¿Extraño como?
- Creo que acabo de hacer el amor con una mujer.

Frunce el ceño.

- Estamos cuidando a tu hija porque necesitabas ir a una cita de trabajo.
- Fue una cita de trabajo. le confirmo. Pero la mujer de la que te hablé, la que conocí en el club anoche. Ella respondió a la puerta. Y terminamos en su dormitorio.

Jesse se ríe.

— Maldito pervertido.— Y luego la risa se ha ido. — Espera. ¿Qué quieres decir con que crees que le hiciste el amor?

— Bueno, definitivamente no solo la jodi.— Me río entre dientes, sintiéndome cada vez más sorprendido por el instante. — Anoche la jodí en el club. Estuvo bien. Tan jodidamente bien. Pero aún así fue una follada.— Eso es una tontería total. — Hoy definitivamente no la jodí.
— ¿La miraste a los ojos?
— Sí.
— ¿Tienes cosquillas por todas partes?
— Dios, sí.— Tengo una nueva batalla con esos hormigueos.
— ¿Has perdido toda razón?
Me río interiormente.
— Bueno, no usé un condón.
Silencio. Silencio que me vuelve loco después de unos pocos segundos dolorosos.
— ¿Jesse?
— Drew — suspira.
— ¿Qué?
— Acabas de hacer el amor con una mujer,— afirma, con tanta naturalidad. — Drew Davies acaba de hacer el amor con una mujer.
Su risa es tortuosa, y la confirmación de mis miedos me tiene paseándome de un lado a otro por su cocina.
— Jesús.— Respiro, mi pánico estableciéndose con la confirmación de lo que ya sabía. — Lo pidió frío e impasible. Siento que la he estafado.
— ¿Por qué quería eso?
— No lo sé, y me está volviendo loco porque realmente quiero saber.
Se está riendo de nuevo, esta vez más fuerte.
— Gracias por tu ayuda, amigo. ¿Georgia ha estado bien? .
Excelente. No le diré que papi la dejó por otra mujer.

Me estremezco ante el mismo pensamiento, la culpa empezando a masticar en mi

— Esta mujer vive en una	casa que vale por lo menos treinta millones,— le digo, asintiendo
con la cabeza cuando los oios de	lesse se ensanchan. — Y no hay hipoteca en ella.

- ¿Es definitivamente suya?
- He revisado los títulos de propiedad. Es suya. Lo comprobé al segundo que me fui.
- Mierda. Las mejillas de Jesse se inflan.

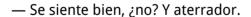
Mierda, efectivamente.

- Es una terapeuta deportiva.— Rodé mi hombro, recordando sus manos explorando mi cuerpo agudamente. El calor. El alivio. La gloriosa sensación de su piel en la mía. Me río, tomando más cerveza. Fue una puta tortura estar en esa casa con ella a solas. No podía abofetear mi cabeza en orden, y la parte más jodida es que no tenía ningún deseo de encadenarla. Sólo quería hundirme en ella y disfrutarla.
 - Condenado.

Miro a mi amigo.

- ¿Eh?
- Estás condenado, Drew.— Jesse se levanta y enrosca la tapa en su tarro, vagando a través de la nevera y poniéndolo en el estante adentro. ¿Te sientes loco?
 - Insano.

Sonríe, descansando de nuevo en la encimera con sus grandes brazos cruzados sobre su gran pecho. Tengo que admitirlo, teniendo en cuenta que el tipo está en sus cuarenta y tantos, está en la flor de la vida.



- Más aterrador.— admito, mientras Ava atraviesa la puerta, sus respiraciones cortas, sus mejillas enrojecidas.
 - ¿Qué da miedo?— pregunta, tomando una botella de agua de la nevera.

Jesse se le abalanza y la abraza por unos irritantes momentos, mientras se retuerce en sus brazos.

El amor. El amor es aterrador.— Él envuelve sus antebrazos alrededor de sus hombros y la empuja de nuevo en su pecho. Sonrío. Su amor es tan poderoso y rico hoy como lo fue hace ocho años. Fue puro y devastadoramente tóxico, asaltado por desafíos, pero aquí están tan fuertes como siempre.



Y luego mi sonrisa cae cuando registro lo que acaba de decir Jesse.

- Espera.— Ava está fuera de los brazos de Jesse en un instante, ignorando su ofendida expresión y gruñido bajo. ¿Quién está enamorado?
 - Nadie.
 - Drew.

Mi respuesta y la de Jesse chocan, y ahora estoy gruñendo.

- Conocí a alguien.— Admito, y los ojos de Ava bailan de alegría. Soy rápido al soltarlo. Acabo de conocerla.
 - Y le hizo el amor— dice Jesse, recogiendo a su esposa y devolviéndola a donde la quiere.
 - ¿Drew Davies hizo el amor con una mujer?— Ava jadea. Tengo que llamar a Kate.

Ruedo mis ojos dramáticamente.

— Está bien, dejémoslo ahí.

La boca de Jesse cae en la mejilla de Ava.

— Tiene esa confundida, insana, mierda loca sucediéndole.

Ella se ríe.

— Nadie se vuelve tan loco como tú, Mi Señor. ¿Quien es ella?

Me enfurruño. Bastante por dejarlo allí.

- Su nombre es Raya.
- Y vive en una gran puta casa que vale la pena de treinta millones de dólares añade Jesse.

Hay mucho que todavía no sé acerca de Raya. La tristeza, la casa, el hombre. El misterio está incrustado en su piel, pero lo usa como una barrera para mantener a la gente lejos. Quiero entrar tan mal, y eso me aterroriza.

— ¿Qué tienes que perder, Drew?— pregunta Ava seriamente, luchando por salir de los brazos de Jesse.



Me río. ¿Qué tengo que perder?

- Mi mente. Además, es por Georgia.
- Vamos,— canturrea, acercándose y apoyando sus brazos en el mostrador, inclinándose. — estar enamorado no te hará un peor padre, Drew. Necesitas empezar a confiar. No todas las mujeres son tan chifladas y engañosas como Coral.

Lo sabía. Por supuesto, lo sabía. Pero confiar es más fácil decirlo que hacerlo cuando ya has sido jodido. Imagínate si realmente me hubiera interesado Coral. El sabor amargo de su traición todavía persiste, tan fuerte ahora como lo fue entonces. Eso es lo que mantiene mi relación de vida libre. Estoy bien por mi cuenta. Georgia y yo. Mi tiempo como papá se mantuvo a una distancia segura de mí más que atrevida elección de relajación. Además, Raya tiene secretos, y claramente no quiere compartirlos. La confianza no es sólo un problema para ella.

— De todos modos,— continúa Ava. — Ya que estamos hablando de chiflados, los hombres pueden serlo, también, ya sabes.— Dirige su mirada lentamente hacia Jesse.

Él lo niega.

- ¿Yo?
- Voy a buscar a Georgia.— Y con eso, se marcha, lenta y seductora, transformando el indicio de ofensa de Jesse en apreciación.
- Será mejor que me vaya.— Dejo mi cerveza a medio terminar. Gracias por cuidar a Georgia por mí.
- En cualquier momento.— Mi amigo se me acerca y descansa sus manos sobre mis hombros, sujetando firmemente. Se ve serio. Lo llaman locamente enamorado por una razón.
 - No estoy locamente enamorado, por el amor de dios. Sólo estoy ... desconcertado.
- Bien.— besa mi frente, el gran marica. Mierda, ¿así es como huele?— inhala mi piel profundamente, tarareando de placer.

No sé lo que me invade. Lo empujo lejos, mi cara se arruga en disgusto.

Y Jesse sonríe. Porque lo consigue.





Capítulo 6

Normalmente espero ansioso los lunes. Oír por cuantas propiedades hemos recibido ofertas en el pasado fin de semana, negociando ida y vuelta entre el vendedor y el comprador. Sin embargo, hoy, mientras estoy a la cabeza de la mesa de conferencias, sólo hay una propiedad en mi mente. O más bien, la persona que la posee.

— ¿Qué pasa con la casa de Belgravia?— La pregunta de Andrea detiene el constante golpeteo de mi móvil sobre la mesa, así como la velocidad de mis pensamientos.



- ¿Qué pasa con eso?— Escaneo mi personal, encontrando todos los ojos en mí mientras se levantan de la mesa, la reunión obviamente terminó.
- Bueno,— la cabeza de Andrea se inclina interrogativamente. ¿Estarán alistándose con nosotros? ¿Tienes alguna evaluación?
- No lo creo.— Me levanto y me alejo sin otra explicación, lo cual es muy atípico en mi. Pero de nuevo, he sido muy diferente a mí todo el fin de semana. Llegué a la conclusión anoche de que es mejor para todos si Raya contrata a otro agente, y después de la forma en que nos separamos el sábado: el incómodo ambiente, *yo* incomodo, estoy seguro de que ella lo hará. Georgia hizo un maldito buen trabajo en recordarme quién soy. O la mayoría de lo que soy, de todos modos. La otra parte será confirmada cuando llegue a Hux esta semana. No hay lugar en mi vida para nada más.

Busco un café de la cocina y me enfoco en los detalles de una nueva lista mientras camino de vuelta por la oficina.

— ¿Drew?— Llama Andrea.

Bajo los papeles y tomo un sorbo de café.

— Alguien vino a verte. — Señala hacia la fachada de cristal de nuestras oficinas, donde encuentro a Raya de pie, su cuerpo envuelto en un largo vestido negro con finos tirantes.

La taza de café se congela en mis labios mientras sonríe, levantando su mano en un nervioso saludo. Solo pensar en Andrea observando me empuja a moverme.

Aclaro mi garganta obstruida e intimidándome a la vida.

Señorita Rivers.

Se adelanta.

— Estaba por aquí,— explica, luciendo igual de nerviosa. — Así que pensé en entrar y firmar los contratos.

Estoy sorprendido, pero lucho para no mostrarlo. Salí de su casa el sábado bastante bruscamente, y sé que ella detectó mi desconfianza. ¿Qué sucede?

— Mi oficina.— Señalo el camino, ansioso por alejarnos de nuestra audiencia antes de que alguien reconozca la tensión.

La caminata de Raya es lenta, inestable, y sus ojos clavados en mí a medida que avanza. Estoy obligado a contener mi aliento para evitar su olor. Es en vano. Todo de Raya Rivers está arraigado en mí: su olor, la persistente sensación de su toque, las imágenes inolvidables de ella grabadas en mi cerebro.



Jesse tiene razón. Estoy condenado.

Me muevo al escritorio de Andrea y le doy un resumen rápido de qué detalles incluir en el contrato de Raya mientras toma notas.

— ¿Dos por ciento? — pregunta cuando le digo cuál es la tarifa que acorde con Raya. — Nuestro honorario es tres. Innegociable.

La ignoro y sigo a Raya a mi oficina, abriendo la puerta para ella.

Gracias. — merodea, mirando alrededor.

Toma asiento.— rodeo mi escritorio y me siento en mi silla, voy a mi computadora y giro el ratón alrededor de la pantalla para encenderla. Ese remolino es exactamente como se siente mi estómago.

— Sobre el sábado...— dice Raya, tomando asiento al otro lado de mi escritorio.

Mi computadora alerta un e-mail de Andrea, y la alabo en silencio por su rapidez. Envío el archivo adjunto directamente a la impresora.

— Sólo necesito tu firma en algunas cosas.— Me levanto rápidamente de la silla, recogiendo los contratos de la impresora en el gabinete lateral. — Aquí.— Tumbo la primer hoja con una pluma. — Y aquí.

Raya mira fijamente los documentos, documentos que ni siquiera me he molestado en corregir. La necesito fuera de mi oficina antes de hacer algo estúpido. Como arrojarla sobre mi escritorio. Azotarla. O disparar todas las preguntas sobre ella que todavía rondan mi cabeza.

Su mano tiembla mientras garabatea su nombre.

— Perfecto.— Los recojo y grapo los bordes de cada uno, entregándole uno. — Necesitaremos el nombre de tu abogado.

Me mira, y rápidamente le echo un vistazo, maldiciéndome a mí mismo por notar esa tristeza en sus ojos y maldiciéndome una vez más por preguntándome cuál es la causa.

- Drew ...— respira, ligera exasperación en su voz.
- Creo que eso es todo por ahora.— Me meto las manos en los bolsillos para evitar tocarla, y me quedo detrás. Alguien de mi equipo pondrá en contacto.
- Bien.— Se levanta lentamente de la silla, una ligereza de su cuerpo que incluso puedo sentir. Y el silencio más sonoro cae, un millón de palabras pasando entre nosotros, ninguna preparada para ser dicha.



Retrocedo de nuevo, dándole un camino claro hacia la puerta.

— Gracias por venir.

Una tenue oleada de emoción flota sobre su rostro, algo que apenas contiene. Enfado.

- ¿Así que eso es todo? Pregunta.
- Bueno, te he follado. Eso es lo que querías, ¿verdad?

Mis palabras suenan tan frías, tal como pretendía que fueran. Pero no me siento orgulloso.

No me follaste en mi casa, Drew.

Refutarlo que sería tonto. Hubo una hermosa y serena conexión entre nosotros. Sería un gran insulto si yo lo negara. Pero sé que debería. Pero no lo hago. En su lugar, hago una pregunta

	,			
est	ш	nı	n	a
CJL	u	יש	ч	u

- ¿Por qué me contratas?
- Porque confío en ti.

Su respuesta me da un momento de pausa, y leo entre líneas.

— ¿Confías en mí? ¿Para ayudarte a olvidar lo que sea que estás intentando olvidar? Sí, ya no puedo ayudarte mas con eso.

Mis palabras le duelen, su cuello retrocediendo.

- Tu también sentiste algo.
- Creo que la escena, las circunstancias ...— Ondeó una mano desdeñosa en el aire. Sacaron lo mejor de mí. Claramente contigo también.

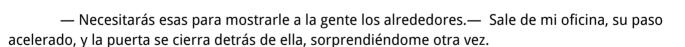
Su resoplido y su sonrisa sarcástica hablan por sí solas.

— Tienes razón.

¿La tengo? Mierda, no quiero tener razón. Joder, ¿Qué es este extraño dolor sucediendo en mi pecho?

Inhala, llevándose todo el aire de la habitación con ello. No puedo respirar mientras la enfrento.

Saca algo de su bolso y lo lanza sobre mi escritorio, el ruido de metal en la parte superior del cristal me hace estremecer.



Mientras miro las llaves en mi escritorio, prometo que nunca más voy a volver a pisar esa caja de tentación. Mi cerebro desaparece allí dentro. O en cualquier lugar alrededor de Raya, de hecho.





Capítulo 7

He pasado los últimos dos días intentando de purgar a Raya de mis pensamientos. No está funcionando. La he visto constantemente, imaginandola. Sin restricciones, sino libre para tocarme, para sentirme, para explorarme como nunca lo permitiré. Y no sólo mi cuerpo. Está en mi cabeza, exigiendo ser escuchada. Se está haciendo difícil ignorarla, y ni siquiera el dedicado tiempo padre-hija me está ayudando.

Tan pronto como he dejado Georgia en lo de Coral después de la escuela, me dirijo directamente a Hux.

Necesito una copa. Un buen trago. Y tengo que venirme, hacer que una mujer grite para ahogar la mierda arremolinándose en mi cerebro.

Casi llego al salón cuando los sonidos de placer de una mujer me detienen en la entrada del bar. Esos sonidos no son inusuales por aquí. Pero éste me perfora la piel, inyectándome una oleada de emociones, muchas de las cuales no reconozco.



Camino por el pasillo y me detengo en una puerta cerrada. El sonido me golpea de nuevo, y tomo el picaporte. Me siento aliviado cuando gira y la puerta se abre. Y luego enfurecido por lo que veo.

Kirk, uno de los regulares del club, levanta la vista, su látigo se detiene a medio camino por la espalda desnuda de Raya. Está desnuda, presionada hacia delante contra la jaula en el rincón más alejado, con los ojos cubiertos de cuero.

Alguien más sobre su piel.

El dolor dentro de mí es insoportable. Inaguantable. Arrancando mi mirada de la dolorosa vista, sacudo mi cabeza a Kirk para que me siga. Su rostro no es enfadado, más bien interrogativa, pero antes de caminar hacia mi, chasquea el látigo por el culo de Raya. Se tambalea en un grito y me estremezco, sintiendo el latigazo directo en mi puto corazón.

Lo empujo fuera de la habitación, buscando a tientas cómo explicar.

— Necesito que la dejes en paz. — Soy sincero y lo digo directamente.

La honestidad en este lugar ayuda mucho. Algunos hombres se vuelven posesivos, y la mayoría de los hombres de Hux lo respetan.

Espero que Kirk lo respete.

Sus ojos se estrechan un poco.

- ¿Ella es tuya?
- Sí— miento. Es la única manera de conseguir lo que quiero, y realmente quiero que la deje tranquila.
 - Creo que tienes que dejárselo claro a Raya.— Se marcha.

Dios, que alivio.

- Gracias, Kirk

Y entonces me enfado. Enojado por estar aquí, enojado de que se abandona tan fácilmente a otra persona. Y enojado conmigo mismo, porque la empujé a esto.

Me permito entrar en la habitación, cerrando silenciosamente la puerta. Ella todavía sigue en el mismo lugar, pero su respiración es tensa. ¿Quiere olvidar? Lo tiene. Levanto mi camiseta por encima de mi cabeza y la tiro en la cama a mi paso, tomando un rollo de gruesas cadenas del gabinete. El ruido de los eslabones a medida que se desenreda, y luego el ruido sordo a medida que golpea la alfombra, mata los sonidos de su respiración. Está conteniendo su aliento.



Arrastrando las cadenas detrás de mí, merodeo hacia ella, mi hambrienta mirada rastreando arriba y abajo de su espalda, mis manos sudando. Enojado cómo puedo estar, sigo apreciando su belleza. Soy hiperconciente, súper sensible. Presionando mi pecho en su espalda, exhalo, y su cuerpo se funde en el mío, el fuego y el hielo dentro de mí en guerra. *Se frío, Drew. Lo pidió frío. Las cosas sólo se distorsionaron cuando se calentaron.*

Me aseguro que su antifaz está seguro antes de lentamente voltearla hacia mí. Sus labios están perfectamente separados, revelando la punta rosa de su lengua. Coloco las cadenas sobre mi hombro para liberarle ambas manos y llevarlas a su cuello, rodeando su delicada carne con mis palmas. Siento tragar contra mis pulgares, con la cabeza ligeramente inclinada. Engancho mi pulgar en su boca. No diré ninguna instrucción; No quiero delatarme, así que lo presiono contra su lengua hasta que chupa, cada músculo que poseo se endurece. Estoy tan tentado a desgarrar su venda y revelarme. Pero no lo haré. Me niego. Sólo soy un hombre para distraerla. Un hombre que quiere joder lo que sea que esté arruinando con su felicidad. Parece que todavía puedo ayudarla con eso después de todo.

Me acerco a su boca mientras jalo fuera mi pulgar y beso suavemente su mejilla antes de

morderla, provocando una respiración desigual. Sus duros pezones acarician mi pecho, y sus manos vuelan hacia arriba. Los atrapo antes de que me encuentren, obligándolos a bajar a sus costados.

— Por favor.— ruega.

Mi polla, dolorida en mis vaqueros, está goteando.

— Shhhh,— la callo, tirando de la cadena de mi hombro.

Jadea al contacto del frío metal en su piel. Sonriendo, entrecruzo la longitud sobre su pecho, el grueso y frío metal une un contraste llamativo contra su piel rosada y cálida. Los grilletes pasan entre sus pequeños pechos, y los llevo hacia abajo, envolviendolos alrededor de su cintura, a través de sus muslos y de nuevo hasta su cuello. La rodeo una vez más y dejo que las dos longitudes caigan por su frente hasta sus muñecas. Un par de esposas aseguran los extremos, y otro par detrás de ella, uniendo la cadena de su espalda a la jaula.

Retrocedo, con un asombro absoluto ante la visión que tengo ante mí: mi chica envuelta en cadenas.

Jadeante.

Desesperada.

Mía.

— Joder ...— Inhalo para mí, un temblor sacudiendo mi centro. Esas cadenas podrían estar envueltas alrededor de mi corazón. Exprimiendo. Mis músculos abandonandome, me arrodillo a sus pies y la miro. Sus tobillos estrechos, sus piernas esculpidas, su vientre suave y pechos perfectos. Y su rostro, sus ojos ocultos. Es una gran pérdida, pero es una que debo mantener.



Alzo la mano y coloco una palma en su cadera, viéndola morderse el labio cuando nuestra piel se encuentra. Lo arrastro suavemente de un lado a otro, adelante y atrás, una y otra vez. Su instinto es intentar doblarse, alejarse de mi contacto. Las cadenas tintinean, metal contra metal en la jaula, seguido por un grito desesperado de frustración. Todavía no ha sentido nada.

Deslizo mi mano entre sus muslos y rozo su empapada abertura. Más tintineo, más gritos, y mi cabeza cae sobre mis hombros, los sonidos sólo me animan. Un dedo adentro, arrastrado por sus dispuestos músculo, y otro grito. Dos dedos, suavemente moldeándola, retirándose y avanzando firmemente. Grita más fuerte.

Sostengo mis dedos dentro de ella, trabajándola, construyéndola, mientras me levanto a mis pies y me saco mis jeans y boxer. Mi boca gravita hacia sus pechos, dividiendo mi atención entre ellos por igual, un beso, una chupada, una lamida, sucesivamente, todo mientras trabaja su coño en un pulsante y húmedo lio de excitación. Sus gritos son un bucle, su cuerpo sacudiéndose, el tintineo de las cadenas recordándole que está atrapada. Que está a mi merced.

Me agacho de nuevo, mordiendo y tirando de su carne entre las cadenas mientras desciendo, y luego lamiendo mi camino de regreso por su cuerpo, comenzando por su coño. Ella grita. Yo gruño.

Y ya no puedo soportar mi propia tortura.

Agarrando mi verga, mis nudillos acarician los eslabones de metal entre sus muslos mientras me levanto, y gruño mientras doy el primer y fuera de este mundo empuje. Me deshago contra ella, buscando la fuerza para apañármelas hasta llegar al final de esto. Llega con la realización de una palabra.

— Drew.— murmura sin aliento.

Alzo la mano y le arranco la venda de los ojos, de repente desesperado por ver esos ojos. Los fragmentos de luz que se derraman al segundo que parpadea me ciega. Respira en mi cara, su interior abrazando mi polla, empujándome más profundo. Mucho más profundo. Más profundo en su cuerpo, y más profundo en su mundo.

Nuestras miradas están bloqueadas mientras balanceo mis caderas, acercando la parte trasera de sus muslos y empujándolos a mi cintura. Sus manos atadas se cierran sobre mi cuello. Hay tanta energía irradiando de sus ojos, estoy convencido de que ella debe estar enchufada al sol. La intensidad, el calor, el color vivo, todo está brillando sobre mí, iluminando la habitación. *Iluminandome*.

Me muevo en ella suavemente, consciente de la dura jaula de metal a la que está encadenada. Y con cada golpe, jadeo. Con cada marcha atrás, trago. Nuestras respiraciones entrecortadas resuenan alrededor nuestro, empapadas en un anhelo que es palpable. Apretando a mi alrededor, deja caer su cabeza hacia atrás, manteniendo sus ojos en los míos, apoyando sus brazos ligeramente sobre mis hombros mientras nos llevo hacia el olvido.



Es como la calma antes de la tormenta, el centro de un tornado. Silencioso pero ensordecedor, tranquilo pero mortífero. Me asfixio cuando me doy cuenta, mi piel tan sensible, mis dientes rechinando para ayudarme a superarlo. Semen caliente la llena y se tensa en mi agarre, sus muslos aplastándome entre ellos. Ella monta las olas de su liberación en silencio, rodando contra mi cuerpo, su cuello perdiendo todo el control para mantener su cabeza erguida. Nuestras frentes se encuentran a medio camino, nuestros ojos se cierran por unos minutos sin aliento.

Mi respiración todavía disparada, me salgo de ella, incapaz de contener un siseo mientras su carne acaricia mi sensible polla. La bajo a sus pies, desatándola y desentrañando las cadenas de su cuerpo mientras me observa, y luego las coloco en una pila a sus pies.

Me pongo mis jeans y mi camiseta y deslizo mis pies en los zapatos, volteándome hacia ella. No ha movido un músculo, sus ojos observando cada movimiento mientras me acerco lentamente y desciendo, colocando un suave beso en la comisura de su boca.

Luego me voy.



Capítulo 8

El cielo es gris cuando me dirijo a trabajar el viernes por la mañana, lanzando una lúgubre por todo Londres, y, para mi suerte, los cielos se abren cuando estoy a medio camino del aparcamiento a mi oficina.

Los paraguas aparecen a mi alrededor mientras me echo a correr, esquivando los charcos y la gente, mi cuerpo inmediatamente pesado por el agua que mi traje está cargando. Entro a la oficina y dejo caer mi maletín.

- Maldito clima— murmuro, encogiéndome de hombros me quito la chaqueta. Estoy empapado, mi camisa blanca pegada a mi torso.
 - Buen día.

Levanto la vista para encontrar a Andrea mirando mi pecho. Cada músculo expuesto a través de la delgada tela de mi camisa, y aunque no soy tímido de mi cuerpo, me apresuro a la baño de hombres.

— Dame diez minutos— le pido, cerrando la puerta tras de mí.

Voy directamente al secador de manos y giro el rociador sobre mi pecho esparciéndome aire caliente. El espejo refleja la imagen de una rata ahogada a un hombre, su atuendo arrugado, su pelo empapado y cayendo por toda su cara.

— Gran comienzo del día.

Me doy por vencido. Me veo desastroso, mi apariencia generalmente impecable condenadamente vergonzosa.

Una vez instalado en mi escritorio, miro fijamente mi teléfono, mentalmente advirtiéndome a mí mismo no hacerlo. *No llames a Hux*. No necesito ni quiero saber si Raya ha vuelto.



— Mierda.

Me inclino ante mi inquietante curiosidad y deslizo mi móvil. No hay manera discreta de preguntarlo, así que voy al grano y le pregunto a Cole si Raya ha estado allí otra vez. Contengo la respiración esperando su respuesta. Y el aire borbote cuando me dice que no. No, no lo ha hecho. No quiero estar aliviado, pero estoy aprendiendo rápidamente que controlar lo que quiero es inútil en lo que concierne a Raya.

- Gracias, Cole.— Cuelgo mientras Andrea se pasea, viéndose alegre.
- Tengo buenas noticias,— me dice, tomando asiento enfrente.
- Bueno. Pongamos en orden mi día.
- El georgiano en West London. Tengo un pez. Joven y soltera profesional. Annie Ryan. Ha estado buscando durante meses. Creo que esto podría interesarle. Se la mostraré más tarde hoy.
 - Negocia duro.
 - Es arquitecta. Tendrá la visión que otros compradores han carecido.
 - Aún así, negocia duro.

Revisa los papeles en su regazo.

— Están los detalles de la casa de la Srta. Rivers.

Un archivo se desliza sobre el escritorio ante mí, pero apenas lo miro. Envié a Andrea a tomar las fotos, diciéndome a mí mismo que necesitaba permanecer lejos. Frío e indiferente.

- ¿La han publicado en línea?— Pregunto, pareciendo ocupado en mi computadora.
- Sí. Hemos tenido algunas vistas ya y otra esta noche con un Sr. Watts. Tiene montones de dinero y esta impaciente con esta.

Justo el tipo de comprador que me gusta. Respuesta rápida, poco estrés.

— Me reuniré con el.

Las palabras me sorprenden cuando salen de mi boca.

— Okey. — Andrea no lo cuestiona, levantándose de su silla. — Cinco en punto. La señorita Rivers estará en el trabajo así que toma las llaves.



Se va, reduciendo la oportunidad para que me eche para atrás. Por supuesto, podría ir tras Andrea, decirle que tengo una reunión que olvidé, pero algo me mantiene en mi silla.

Tal vez consiga algunas respuestas a mis preguntas. Como quien está en esa fotografía. ¿Realmente quiero saber? Me recuesto y dejo caer mi cabeza en mis manos. No lo sé. Realmente no lo sé, y me está haciendo tocar fondo.



Quince minutos antes de mi cita, me acerco a la puerta de Raya cautelosamente, aunque sé que ella no está aquí. Me dirijo directamente escaleras abajo a la zona donde había visto sus fotos y me detengo abruptamente cuando el armario entra en escena. La foto de ella con el otro hombre ha desaparecido. Todas las demás fotografías siguen estando, pero esa ha desaparecido. Miro el espacio vacío, mi cabeza girando con posibles explicaciones. Ella lo ocultó, una precaución en caso de que yo volviera y husmeara, o se deshizo de ella, porque quiere lo que representa fuera de su vida. Pellizco el puente de mi nariz, tratando de no pensar demasiado en ello. Sin embargo, cuanto más duro lo intento, más fracaso.

— Maldición, Drew.

Un golpe en la puerta delantera me alivia, aunque sólo sea por un instante.

Me dirijo escaleras arriba, abriendo la puerta a mi posible comprador.

— Drew Davies.— Extiendo mi mano al hombre delante mío. — Señor ¿Watts?

Su rostro está inclinado, observando la fachada.

- Sí.— Deja caer su cabeza, una sonrisa cálida en su cara. Un placer conocerlo, Drew.— Su mano en la mía es sólida.
 - Por favor entre.

Tu sabes que un comprador es serio cuando comprueba cada rincón, siente cada pared, prueba y toquetea cada electrodoméstico. El Sr. Watts es serio, haciendo todas las preguntas que yo esperaría de alguien que esté verdaderamente interesado en pagar este tipo de dinero. Vaga por la casa durante más de una hora.

- Está en condiciones espectaculares, como puede ver.— Pasamos por el dormitorio de Raya, y mis pies vacilan en su paso hacia las escaleras. La cama. Las sabanas. Un vestido envuelto en el respaldo de la silla.
 - Voy a echar otro vistazo, si está bien,— dice el Sr. Watts, lanzando sus astutos ojos



alrededor de la alta cornisa del rellano mientras saca una cinta métrica de su bolsillo. — Tomaré algunas medidas.

- Por supuesto. Tomate tu tiempo.— Me dirijo abajo, dejándolo allí. De vuelta en la cocina, me siento en un taburete y saco mi teléfono para comprobar mis correos electrónicos, cualquier cosa que me detenga de mirar alrededor, cualquier cosa para detener mi mente vagando hacia Raya. Que gracioso. Estoy sentado en su puta casa, y, como el idiota que soy, yo solo me metí en esto.
- ¿Hola?— Su voz baja por las escaleras, y me disparo de mi taburete, mirando alrededor, como ... ¿qué? Puedo ocultarme? ¿Huir? Entonces pasos, delicados y medidos, golpean los peldaños de madera. La bola de mi puño se encuentra con mi frente, mis ojos cerrados. ¿Drew
- Hola.— Respiro, abriendo los ojos mientras me preparo para la visión de ella. Está cargada de bolsas, su pelo un lío mojado, su camiseta blanca empapada.
- ¿Lloviendo otra vez?— Pregunto cómo un estúpido, mis ojos cementados al sujetador rosado revelado a través de la húmeda tela. Pezones como balas. Piel rosada y fría. Una probada y pondría su temperatura corporal de nuevo como debería ser. Hirviendo.

Deposita su bolsa en la encimera, y registro vagamente su torso arqueado hacia dentro, su mano despegando la tela de su piel.

- ¿El comprador todavía está aquí?
- Tomando medidas. Es una buena señal.
- Drew!— Chasquea, y mi mirada se levanta de su pecho a su cara. Estrecha sus ojos en mí, y no puedo mentir: la desaprobación duele. He visto cada centímetro de su piel. No debería molestarse ahora, y me molesta que lo haga.



— ¿Debo irme?— Pregunta.

Estoy a punto de decirle que sería prudente cuando pasos pesados bajan las escaleras. Ambos nos volvemos para encontrar el Sr. Watts que se ha acercado.

Me golpeo de nuevo a la vida y jalo mi chaqueta.

— Señor. Watts, esta es la señorita Rivers, la dueña.— Me muevo para unirme a ellos. — ¿Todo listo?

No responde, y me tardo un momento en darme cuenta de que está demasiado ocupado mirando a Raya para oírme. O mirando fijamente a su maldito pecho. Una rabia bestial se apodera de mí, y lo siguiente que sé es que me he movido entre ellos, bloqueándole la vista, protegiéndola.

– ¿Todo listo?— repito, sin gruñir, pero no muy lejos.

Él me mira, y levanto mis cejas expectantes, al diablo con lo que piense. Al infierno con la venta y la comisión. Dios mío, sostenme.

— Sí, lo siento.— De sacude de nuevo a la vida, el bastardo sucio, y retrocede hacia las escaleras, eventualmente volteando y tomándolas rápidamente. Se necesita todo en mí para no perseguirlo y sacarle los ojos.

Redirijo mi atención a Raya, resoplándome a mi mismo, hasta que registró su expresión. Se ve furiosa.

- ¿Qué diablos fue eso?— pregunta ella, toda erizada.
- ¿Qué?
- Eso de ahí.— Apunta detrás de mí, al hombre huyendo de su casa. A falta de cualquier otra cosa sucediéndome, miro por encima de mi hombro, devanando mi cerebro por una explicación por mi comportamiento de hombre de las cavernas. No tengo nada, así que voy con la verdad.
 - Estaba mirando tu pecho.
 - ¿Y qué tiene eso que ver contigo?

Mis dientes rechinan mientras vuelvo a mirarla.

- Fue inapropiado.
- No, lo *tu* que hiciste fue inapropiado. *Y*, mientras estamos hablando de que eres inapropiado,— su dedo se levanta y me señala en la cara, haciendo que mi cabeza se retraiga en mi cuello, ¿Qué diablos estabas haciendo entrometiéndote entre Kirk y yo en Hux?

ni Divi

Eso me saca de mis casillas más que el pervertido que salió de su casa.

- ¿Yo? ¿Qué estaba haciendo yo? ¿Qué diablos estabas haciendo $t\acute{u}$?— Mi temperamento apenas está contenido.
- Has dejado claro que ya no me puedes ayudar. Ya me follaste, no te acuerdas— Usa mis palabras en mí contra, un arma de la que diría es un golpe bajo si no me hiciera un hipócrita. Así que no entres en mi vida y en mi casa y lances tu poder a tu alrededor como si tuvieras algún derecho sobre mí.

Me encojo. Ay. Bueno, eso ciertamente me puso en mi lugar.

Habrá más compradores — murmuro, sonando tan tímido como me siento.

Enojada, Raya es algo interesante.

Toma su bolsa del mostrador, y cae a su lado. Es como me siento por dentro, todo hundiéndose rápidamente. Está enojada conmigo. No me gusta.

- Será mejor que lo esperes, Drew. Y tal vez sea mejor que no seas tú quien guíe las visitas.
- Cualquiera pensaría que estás desesperada por vender.
- Lo estoy.
- ¿Por qué?— Exijo, incapaz de detenerme. Explícate, Raya. Esta casa, esa tristeza constante en tus ojos. Quiero saber. Explícamelo.

Retrocede un poco, pasando de lívida a cautelosa en un instante.

— No te debo una explicación. No te debo nada. — Se vuelve y sube las escaleras, sin mirar hacia atrás. — No necesito nada de ti ni de ningún otro hombre. Son todos iguales.

Algo primitivo y posesivo se apodera de mí, algo más allá de mi capacidad de controlar. No es que lo intente. Vuelo tras ella, atrapándola a medio camino de las escaleras.

Se voltea, sorprendida, y cae de culo unos pasos encima mío. La miro, mi cara de póquer.

— No me digas que soy igual. ¿Consigues estas insanas emociones con otra persona?

No responde, su cara desafiante, su mandíbula apretada.

Empujo su falda hasta los muslos.

- ¿Me detendrás?
- Vete a la mierda, Drew,— respira, ya sin aliento.

Está enojada consigo misma.

Bienvenida al puto club.

Sonrío y bajo sus bragas, mi boca está sobre ella en un santiamén, lamiendo, revoloteando, besando y mordisqueando. Sumerjo mi lengua, muerdo sus labios, hundo mis dedos en la húmeda carne de sus muslos. Sus gemidos llenan mi cabeza, llenan toda la maldita casa. No le doy espacio para respirar. No le doy un segundo respiro. Soy un hombre en una misión, aunque no tengo ni puta idea cuál es esa misión.

La casa entera se balancea con la fuerza de su orgasmo, su grito sin fin, su sacudida violenta. Lo trago todo, saboreo su sabor. Jesús, ¿cómo pude pensar que podría vivir sin esto? El sabor de ella, la sensación de ella, la vida corriendo a través de mí. La satisfacción de saber que la estoy ayudando.



Sus ojos castaños miran hacia donde mi rostro todavía se encuentra, entre sus muslos, su mano alcanza mi pelo, tironeando. Con su orden silenciosa, me arrastró por su cuerpo hasta que estoy contra ella.

contra ella.

— Me debes algo — susurro, besando la comisura de su boca.

Una lenta y perezosa sonrisa.

- ¿Qué?

- ...
- Un orgasmo.— Somos todo dientes y risas bajas, tratando de besar y sonreír al mismo tiempo. Y un masaje, también.— Ruedo mi hombro, haciendo una mueca cuando me levanto y la ayudo a ponerse de pies, arreglando su falda.
- Gracias.— Sube las escaleras, sus ojos coqueteando con los míos mientras pasa, y trae un vaso de agua.

La sigo.

- ¿Quién está en esa foto contigo?

Con el vaso en los labios, me mira.

— ¿Te has dado cuenta de que no está?

Me encojo de hombros.

— Fuiste muy rápida al ponerlo boca abajo.



Tristeza. Esa terrible vertiente tristeza vuelve a su rostro y empaña el brillo. Empanando mi estado de ánimo, así como el suyo.

Mierda, ¿hay lágrimas en sus ojos?

- Sé lo que estás pensando.— dice en voz baja.
- Bien, entonces quizá puedas ayudarme, porque no sé qué pensar.
- ¿Por qué te importa?— Me mira detenidamente, evaluando.

No sé por qué me importa, pero al parecer lo hago. Así que me encojo de hombros. Con mi cabeza en semejante enredo, no tengo mucha esperanza de explicarle a Raya.

Crees que es un ex.— afirma.

-¿No lo es?

Sacude su cabeza en negación.

— Hay un ex. Dean. Nos separamos hace cuatro semanas después de que lo encontré en la cama con alguien.— Una lágrima se desliza por su mejilla.
Bueno, maldición.
— Lo siento.
¿Qué más puedo decir?
— No lo hagas. No cortó ni la mitad de lo profundo que fue perder a mi abuelo el día anterior.
Retrocedo, en algún lugar entre el shock y la repugnancia.
Raya respira profundamente y se dirige hacia el armario donde una vez estuvo la imagen. Abre el cajón superior y saca el marco, mirándolo fijamente en silencio.
Su tristeza satura el aire que nos rodea. Puedo sentirlo, grueso y pesado. Cristo, ni siquiera puedo empezar a imaginar su dolor y rabia. Maldito sea su puto ex. Quiero cortarle las pelotas, capullo sin corazón. Me paseo, hasta detenerme detrás de ella. Instinto es la única explicación que tengo para acariciar mi cara en su cuello.
Le doy un vistazo a la foto, viendo el brazo de Raya envueltos sobre los hombros de un hombre de pelo cano, su rostro irradiando la misma luz que he visto en ella unas cuantas veces. Pero ahora él se ha ido, y se ha llevado el espíritu de Raya consigo.
— Lo extraño mucho.— Su voz se quiebra, y sus hombros empiezan a sacudirse, el dolor arrastrándose en su pequeño cuerpo.
— Mierda.— La giro en mis brazos y la abrazo, el impulso demasiado fuerte, la necesidad abrumadora. Cuando se acurruca, no sólo porque lo necesita, sino porque lo quiere, la abrazo más estrechamente, apoyando mis labios en la parte posterior de su cabeza, cerrando mis ojos y respirándola en mí, sosteniéndola mientras solloza.
— Lo siento.— Sorbe y se aleja, bajando la cabeza, como si estuviera avergonzada.
— No te disculpes.
Apartándose de mí, reorienta su atención en la foto de su abuelo con ella.
Ahora todo lo que me queda es una casa enorme que me dejó y un ex que de repente me quiere de vuelta.
Frunzo mis labios. Lo lleva claro. Me acerco detrás de ella, curvando mis brazos alrededor de

la parte superior de sus hombros, uniéndome a ella para mirar la fotografía.

— Tienes sus ojos— digo, viendo las ganas de vivir en los ojos del anciano, algo que me gustaría ver más en Raya.

Asiente con la cabeza.

— Era tan sabio. Parecía tener la respuesta para todo, ¿sabes?	^o Me dijo que no confiara en mi
ex, pero no le escuché. — Sorbe un poco. — Me dijo que me romperí	a el corazón, y tenía razón. No
lo decepcionare otra vez.	

- Frío e impasible.— murmuro, todo cayendo en su lugar. Esto explica mucho.
- Hux es la solución perfecta.
- ¿Vas a mantenerte así de por vida? Sin citas, ni confianza?— Mis preguntas me convierten en un hipócrita pero, Dios, sería una gran pérdida de tiempo.
- Me queda. Un medio de escape de la vida real. Y no hay áreas grises, ¿verdad? No hay riesgo de cagarla a gran escala. Se gira hacia mí, y retrocedo un poco.

Me duele la cabeza. — Correcto.

—Y tú también vas allí, así que supongo que tampoco quieres grises en tu vida.

¿Cuando se transformó en algo sobre mi? Rápidamente me doy cuenta de que no se trata de mí. Todavía se trata de Raya - Raya y su necesidad de asegurarse que no voy a volver esto en algo más jodido. ¿Es demasiado tarde? Me aclaro la garganta.

— Sí.

Asiente con firmeza. Odio lo decidida que parece.

- ¿Y tus padres?— pregunto.
- Mi madre murió dándome a luz. Mi padre se suicidó poco después.
- Maldito infierno. No puedo evitar mi incredulidad. Mi corazón se rompe por ella. ¿Quien la abrazó antes que yo? ¿Quien la consoló y le enjugó las lágrimas? Nadie. Porque ahora no hay nadie más en su vida, y esa idea es una agonía para mí. El saber lo sola que está. Que quería olvidar. Olvidar que no tiene a nadie. Olvidar todas sus pérdidas, sólo por un momento, porque no hay *nada* que pueda hacer para olvidarlas por completo. ¿Y su ex? ¿Qué clase de hijo de puta es? Me caigo en un estupor, analizando cada pieza de información que ha descargado. Sus niveles de confianza son comprensiblemente bajísimos. *Ella* está tocando fondo
- Mi abuelo dedicó su vida a criarme, Suspira, su voz temblorosa. Me dio todo lo que podía soñar. Nunca esperaba estar sin él, y honestamente no sé cómo hacerlo. Un día era brillante como un botón como siempre, riendo y bromeando, y al siguiente se fue. Un infarto masivo. Así como así.



Me estremezco

_	;Por	aué	vendes	la	casa	Rav	/a?
	יט יב	que	venacs	ıu	cusu	, itu	yu.

- Él pidió explícitamente en su testamento que la vendiera y usara el dinero para seguir mis sueños.— Le sonríe a la foto, aunque su expresión es abrumadora, un esfuerzo enorme. No podría vivir aquí sola, no con el abuelo por donde mire.
 - Entonces, ¿dónde están tus sueños, Raya?
 - Me mudaré a Australia.

Su declaración es como una daga hundida en mi costado.

- Australia.— Apenas puedo decir la palabra. ¿Al otro lado del mundo? ¿Por qué?
- A mi abuelo le encantaba.— Sus suaves palabras confirman mis miedos. Vivió allí hasta que mis padres murieron. Volvió para criarme. Íbamos todos los años para el verano cuando era un niña. Ahora estoy llevando sus cenizas a donde él siempre quiso estar. Necesito alejarme de aquí. Necesito un nuevo comienzo.

Exhalo, alejándome de ella, temeroso de que esté percibiendo mi inestabilidad. *Todo* esto me ha sorprendido, pero la noticia de que ella está dejando Inglaterra me ha sacudido hasta la médula. Y no me gusta. En absoluto. Nada de esto, las noticias y mis reacciones ante ellas.

Jesús, Hux fue un escape para ella, pero sólo hasta que pudiera escapar de verdad. Como dejar el puto país.

- ¿Cuándo te vas?— Bueno, realmente no quería ir allí.
- Tan pronto como venda esta casa.

Me estremezco, sintiéndome como si me hubiera golpeado un rayo.

— Bien.— murmuro.

Entonces ella no estaba enojada porque me he comportado como un hombre de las cavernas, sino porque ese comprador se fue, he estancado sus planes para irse.

— Voy a viajar primero. — Ella sonríe, pareciendo reminiscente. — El abuelo me llevó a tantos lugares, y voy a volver a visitarlos a todos con sus cenizas, como si estuviera de viaje. Luego me dirigiré a Australia y esparciré sus restos. — Raya pone la foto en el aparador y suelta su cabello de su cola de caballo, reacomodándolo mientras camina al otro lado de la nevera, aparentemente sin saber que estoy aquí en un caos. Coge una botella de vino, luego un vaso del armario. — Espero que no te importe.

Claro que no. — también me vendría bien una copa.





- ¿Quieres un poco?
- No.— Eso sería estúpido. Palabras, tantas palabras, palabras que son un revoltijo total en mi cabeza, girando alrededor. No debo añadir alcohol a la mezcla. No aquí. — Debería irme.—
 Empiezo a salir de la cocina. — Voy a, umm ... estar en contacto por cualquier otra visita más.
 - ¿Podrías no ahuyentarlos otra vez, por favor?
 - No, no quiero retrasar tus planes de irte del país. Me enfurezco conmigo mismo.
 - Bueno— dice en voz baja, tomando un sorbo de vino. Aquí ya no hay nada para mí.

¿Y si lo hay? Me giro, perturbado por mi pregunta privada, y dejo a Raya, las paredes cerrándose a mi alrededor.

Tan pronto como estoy afuera, respiro en cierto sentido, trato de aclarar mi mente mientras camino sobre piernas temblorosas a mi coche. Jodeme, me siento como que he estado físicamente sin aliento.





Capítulo 9

— ¿Australia? — Sam repite como loro después de que he pasado media hora dándoles todos los detalles. Asiente, como si estuviera de acuerdo, y sorbe su cerveza. — Es un lugar increíble para vivir.

Jesse golpea la rodilla de Sam, quien, a su vez, desprende el cuello de la botella de sus labios, haciendo que la cerveza gotee por su barbilla.

- ¿Qué? - pregunta.

Los ojos de Jesse ruedan dramáticamente, su amplio pecho expandiéndose bajo su camisa de Ralph Lauren en una inhalación.



— Prácticamente pisoteaste a un tipo.— Brinda conmigo con su copa. — Esa es una jodida enorme bandera roja, colega.

Miro fijamente mi botella con mal humor.

— Era un cabrón.— Sam y Jesse se ríen. — Me alegro de que ustedes dos estén encontrando esto divertido.— Soy una jodida broma aquí.

La palma de Sam se posa en mi buen hombro.

— Nos pasa a todos, amigo mío. Tengo jodidas heridas de batalla de los juegos del gato y el ratón que Kate me hizo jugar, y lo peor de todo, ni siquiera me di cuenta de que estaba malditamente jugando. Las mujeres hacen eso. Te hacen perder el sentido y perspectiva.

No puedo creer que estoy tomando consejos sobre mujeres de estos dos idiotas. Ellos son el peor ejemplo de cómo conseguir a la mujer que deseas. Pero una cosa es segura: ya tengo heridas de batalla. Algunas de ellas visibles. Algunas de ellas no tanto. Me froto la frente, tratando de detener el dolor de cabeza construyéndose

Siento que estoy en una encrucijada de mi vida. Mi siguiente paso es crucial. No sería tan malo si supiera quién exactamente quiero ser. Cumpliré cuarenta años este año, y era feliz con todo lo que soy, lo que tengo, hacia dónde me dirigía, hasta que una fascinante joven se presentó en Hux y mando todo a la mierda. La única mujer en mi vida que me hizo detenerme y pensar por un momento. Pensar en todo. Analizar todo. Maldita sea ella.

Podría pedirle que no se vaya, así de simple. Excepto que no es tan simple. ¿Qué significa eso? ¿Compromiso de mi parte? Me río por la idea. No puedo darle eso. La única mujer con la que me he comprometido tiene siete años y lleva coletas. Pedirle a Raya que se quede significaría decirle sobre Georgia. Y la introducción de Georgia a una mujer está fuera de cuestión a menos que esa mujer esté garantizada para estar en mi vida para siempre, y eso nunca está garantizado. Además, suponiendo que Raya quisiera conocerla. Podría correr por las colinas con la noticia de que tengo una hija. Raya tiene veinticuatro años. Yo estoy rozando los cuarenta.

Me río en voz alta, provocando miradas peculiares de Jesse y Sam. ¿Que estoy pensando? ¿Por qué estoy perdiendo el tiempo jugando al tira y afloja en mi cabeza? Raya está yéndose del país, y parece bastante contenta con eso. De todos modos, mi vida personal no tiene lugar para ninguna mujer excepto Georgia. De vuelta a la realidad.

- Hola, chicos.— Kate entra en el bar, su pelo rojo vibrante en una coleta baja sobre un hombro. Tiene una mancha habitual de glaseado en su mejilla, Sam hace un trabajo rápido al lamerlo cuando se sienta en su regazo.
- Necesito tu ayuda para entregar un pastel— le dice, tomando la cerveza de su mano y poniéndola en la barra.
- ¿Qué obtengo a cambio?— Sonríe, y Kate se sumerge, susurrando algo en su oído. Entonces ella tropieza de su regazo, riéndose cuando él sale disparado y anuncia su salida. Me encantaría parar y continuar con la sesión de terapia, pero he recibido una oferta mejor.— Tomando la mano de Kate, hace todo menos arrastrarla fuera del bar.



- ¿Sesión de terapia?— Le digo a sus espaldas, volviendo mi malhumorada mirada hacia Jesse mientras él se ríe entre dientes. ¿Qué mierda es tan gracioso?
- Nada, Drew. Absolutamente nada.— Recibe un mensaje de texto en su teléfono, y el brillo en sus ojos verdes, el brillo que siempre está allí desde que conoció a su esposa, se refleja en la pantalla.
 - ¿Ava?
- Ava.— suspira, tipeando una rápida respuesta. Sus padres cuidaran a los niños este fin de semana.— Mueve sus cejas descaradamente, sin duda haciendo planes para el tiempo a solas que pasara con el amor de su vida.

Desde que recuerdo, es la primera vez que siento envidia de la felicidad de mis amigos. Tanto Jesse como Sam siguen locamente enamorados después de ocho años. Honestamente nunca pensé que encontrarían mujeres que pudieran manejarlos. Y ahora sólo soy yo. Nunca me había

mم	lestad	lo t	าลรtล	ahora.

— Ella es demasiado joven para mí de todos modos.— Me digo a mí mismo. — Y Georgia es mi prioridad. No hay espacio en mi vida para mucho más.

Jesse se sonríe a sabiendas.

- Podrías dejar Hux atrás, porque estoy condenadamente seguro de que dejaría un espacio para llenar.
 - Aun así, me gusta. Es fácil. Sin compromiso. Sin expectativas. Sin drama.
 - Sí, porque tu vida no es una telenovela ahora mismo, idiota.

Me mofo. Eso pronto será resuelto. Raya se irá cuando la casa sea vendida y mi vida volverá a la normalidad. Toda esta mierda rara pasando en mi cabeza. Todos estos sentimientos extraños. Lejos.

— De todos modos, te arrepentirás, hijoputa.— Jesse se desliza de su taburete y palmea mi espalda. — Tengo que llegar a casa a mi hermosa esposa.

Se va, y mi teléfono suena. Suspiro, respondiendo a Andrea. Parece emocionada.

- La señorita, Annie Ryan, la mujer que analizaba el informe detallado de la georgiana en West London. ¿Recuerdas?
 - Sí.
 - Le encantó. declara alegremente. Oferta sobre la mesa y aceptada.
 - Eso es genial.
 - Y recibimos una oferta por la casa de Raya Rivers.

Mi mano se tensa alrededor del vaso en la barra.

- Eso es bueno.
- Al precio pedido también.
- ¿Así como así? El cuchillo que ha estado encajado en mi costado desde que dejé a Raya retorciéndose. Duramente.
 - ¿Has presentado la oferta a la señorita Rivers?
 - Inmediatamente.



— ¿Y	el	la	ac	eį	ρt	ó?
— ¿Y	eı	ld	ac	eį	υι	U:

— Bueno, por supuesto.— Andrea se ríe, con toda razón, ya que es una pregunta tonta. Y el cuchillo no sólo se retuerce; El hijo de puta se hunde más profundamente. — El abogado ya está en ello. Inspecciones arregladas, contratos en preparación.

Qué rápido. Cualquiera pensaría que está desesperada por irse.

— Estupendo. Estoy de camino. — Cuelgo, termino mi cerveza y me arrastro del bar antes de ahogarme en alcohol.

El paseo por las pocas calles se siente largo, mis piernas pesadas, mis manos en mis bolsillos.

Al momento en que llego, Andrea está preparándose para irse, y el resto de la oficina vacía.

- ¿Estás bien? Pregunta mientras se pone el abrigo.
- Si.— Sonrío secamente, mi manera de decirle que ella es mi empleada, no mi terapeuta, y la acompaño a la puerta. Nos vemos mañana.

Pongo la puerta entre nosotros, luego cierro los ojos y disfruto el silencio. Me caigo en un asiento y hundo mi cabeza en mis manos. *No pienses. No pienses. No pienses en ella, Drew.*

— ¿Hola?

Levanto la vista y encuentro a una mujer joven junto a la puerta, cargada de archivos y un estuche de ordenador portátil, un desgarbado bolso de cuero colgado sobre su cuerpo.



— ¿Puedo ayudarte?

Sus ojos verdes observan mi desplomada postura mientras aleja su pelo oscuro de su cara.

- Vengo a dejar algunos papeles para Andrea. Soy Annie Ryan.
- Has comprado el apartamento georgiano, ¿verdad?

Sus ojos brillan emocionados.

- Así es. Sostiene algunos papeles. Andrea quería que firmara esto.
- Puedo tomarlos.— Me levanto con demasiado esfuerzo y acepto el sobre.
- ¿Puedo tener una copia?
 - Claro. Le señalo hacia el asiento suave junto a la puerta. Toma asiento.

— Gracias.— Sus bolsas se derraman sobre el asiento, su culo cayendo poco después. — Hoy no he parado.

Sonrío, pequeña y apretadamente, y me dirijo a la copiadora. Yo tampoco he parado. Enfurruñado pongo los papeles en el cristal y presiono unos botones, apoyando mis manos en el costado de la máquina mientras hace su trabajo, cayendo dentro de mis pensamientos.

Australia. Maldita Australia. Ella no tiene a nadie y se está mudando a Australia. Hago un mohín internamente.

— Creo que ya están listos.

Mirando por encima de mi hombro, veo a Annie Ryan apuntando a la máquina.

- Eh, claro. Saco los papeles de la bandeja y le doy una copia.
- ¿Estás bien? Pregunta, tomando el papeleo.

La miro, y no tengo ni idea de lo que me invade, ni idea en absoluto, pero de repente estoy hablando y no tiene nada que ver con la propiedad. Tiene justo una cálida y amistosa cara, que me invita a preguntar.

— Eres una mujer, ¿verdad?

Su ceño es profundo.

- Sí, eso creo.
- Si tuvieras planes para mudarte del país y encontrases a un hombre antes de que te fueras, ¿qué le dirías si te pidiera que no te fueras?— Acto seguido , estoy sentado a su lado, poniéndome cómodo.

Annie se ríe, pareciendo un poco incómoda.

— Probablemente no sea la mejor persona para preguntarle. Realmente no hago relaciones.

Me retracto, sorprendido. Es una mujer hermosa, y por lo que sé es inteligente, también. Trabajadora autónoma, ambiciosa, determinada.

- ¿Así que nunca has tenido esa chispa de la que hablan todas esas personas?
- Ni siquiera un chisporroteo. Se levanta, recogiendo sus cosas, sonriendo todo el tiempo. Pero parece que tu si lo tienes.

Me río en voz baja, uniéndome a ella. ¿Qué demonios estoy haciendo? He perdido completamente la cabeza.



- Lo siento.— La pobre mujer sólo vino a dejar algunos papeles. Apuesto a que te alegras de haber pasado por aquí.
- Disculpa que no pueda ayudar más.— Tomando la manija de la puerta, se detiene un momento, y luego mira por encima de su hombro. Supongo que si alguna vez tuviera esa chispa, tendría que seguir mi corazón.
 - ¿Y si no tienes corazón?

Se ríe, sus ojos brillantes.

— Debes tener un corazón, o no estaría en una maraña.

De repente me siento como un completo idiota.

- Estoy preguntando por un amigo, por supuesto.
- Por supuesto.— sonríe a sabiendas.
- Fue un placer conocerte, Annie. Te mantendremos informada sobre el progreso de la venta.
 - Gracias. Espero que tu amigo solucione su pequeño dilema.

¿Pequeño? Me burlo interiormente.

Veo salir a Annie Ryan y cierro la puerta, mirando alrededor del espacio vacío de la oficina. Debería tener un control. Lo siguiente que sé es que voy a dejar que Georgia me ponga uno de sus trajes de princesa. Sacudiendo mi aturdida cabeza, me dirijo a mi despacho, pero apenas he puesto un pie delante del otro cuando un golpe en la puerta detrás de mí me frena. Frunzo el ceño, volviéndome hacia la puerta ... y me congelo.



Raya me mira a través del vidrio, su cara tan seria como podría estar.

El aire infla mis pulmones, el verla aviva el hormigueo por toda mi piel. Simplemente con verla. No la he oído, ni la he tocado. Pero quiero. No debería, pero quiero hacerlo. ¿Pequeño dilema? Es ridículo. Ahora conozco las razones de su tristeza; Mis preguntas han sido contestadas, pero mi deseo por ella no ha cambiado.

Durante un siglo, sólo nos miramos a través del vidrio el uno al otro. Si abro esta puerta, sé lo que va a pasar. Sé que no podré resistir tenerla tan de cerca. Vino a buscarme. ¿Qué quiere, un regalo de despedida? ¿Una buena follada antes de que desaparezca en sus viajes y luego hacer una nueva vida para sí misma en Australia? Caer aún más bajo a su hechizo sería monumentalmente estúpido. ¿Saborear algo, uno de mis favoritos, sabiendo que nunca volveré a hacerlo? De ninguna manera.

Entonces, ¿por qué me acerco al pestillo y abro la puerta? Está más allá de mí, y ahora no hay nada entre nosotros. Sin protección. Sin barreras.

— ¿Qué quieres, Raya?

Camina hacia mí tímidamente, como si se estuviera cuestionando qué está haciendo. Y cuando me alcanza, su pecho presionando el mío, me mira.

— No lo sé.— Sus ojos son salvajes e inseguros. — Pero sé que cada vez que estamos cerca, de repente las cosas son grises. No puedo entenderte. Eres cariñoso y frío. Sé a qué le tengo miedo, pero ¿A qué le temes, Drew?

— A ti.

Mi boca está sobre la suya antes de que pueda pensarlo mejor, y la levanto de sus pies antes de que mi lengua viole la comisura de sus labios. Debemos hablar, pero esto es lo único que sé decir ahora, y cuando sus brazos rodean mis hombros, su boca abriéndose, invitándome a entrar, sé que está bien con esto. Sé que lo entiende.

Con un brazo alrededor de su cintura sujetándola contra mí y otra asegurada en su nuca, camino a mi oficina, mi beso profundizandose, mi sangre corriendo, mi corazón rebotando en mi caja torácica. La pongo sobre sus pie y tomo el dobladillo de su vestido, tirándolo sobre su cabeza, perdiendo sus labios por sólo un segundo en el proceso. Y pierdo los botones de otra camisa cuando la abre, sus manos encuentran inmediatamente mi piel debajo. Mis pasos hacia adelante la alientan a retroceder, nuestro beso se profundiza mientras desabrocha mis pantalones y le empujo las bragas por los muslos.

Estamos por todo el lugar, la desesperación obteniendo lo mejor de nosotros, un lío de lenguas, manos y cuerpos. Saco algo de la fuerza de ninguna parte, estrecho sus manos y rompo nuestro beso, respirando pesadamente. Sus ojos castaños inseguros pronto me invitan a empezar a librarme del resto de mi ropa, todo bajo su atenta mirada. Hasta que estoy desnudo.



- Esto no debía suceder— susurra.
- Sí que debía,— contraataco, levantándola y llevándola a mi silla. ¿Qué más pensabas que pasaría si vinieras aquí, Raya?— Me siento y la apoyo sobre mi regazo.
 - No lo sé. Tal vez me envolvieras en cadenas y serías frío conmigo.

No puedo evitarlo. Sonrío. Podría haberla envuelto en cadenas, pero no había nada frío.

— No creas que no quiero hacerlo. Arriba— Se levanta sobre sus rodillas, mirando hacia abajo entre nosotros mientras tomo mi verga, que actualmente está dura como el hierro, y la guío a su coño hambriento. — Pero por ahora voy a hacerte el amor.

Se hunde, llevándose nuestro aliento en el proceso. Mi gemido es carnal, su suspiro es pacífico.

Con los ojos fijos en mí, mete sus palmas en mis pectorales y rueda sus caderas, aspirando una gran bocanada de aire mientras lo hace. Mi cabeza cae hacia atrás, pero la sostengo con la mirada, cautivado por el deseo en su cara, sus pechos comienzan a rebotar mientras trabaja encima de su ritmo. Pongo mis manos sobre mi cabeza y me agarro al respaldo de la silla, dejando que el placer me reclame. La dejo reclamarme. Su ritmo trabajándonos lento pero constantemente. Tan jodidamente perfecto. Mi corazón igualando su ritmo perfectamente, también constante y sólido. Baja hacia mí, lista para besarme, pero se detiene cuando sacudo la cabeza.

— Déjame verte.

La imagen es demasiado asombrosa como para ceder, incluso para su boca.

Alcanzo el limite, mis caderas comienzan a moverse fundiéndose en ella, y su aliento tartamudea, sus manos comenzando a arañar mi piel.

— Ahí,— susurro, viendo cómo su cabeza se pone pesada, rodando sobre su cuello. — Ahí está.— Una ráfaga de sangre me azota y me preparo para el golpe.

Su respiración desigual indica su clímax, y dejo que mi propia liberación me atraviese salvajemente, mirando a Raya mientras luchamos a través del placer.

Jadea, cayendo en mi pecho, la fusión natural de su cuerpo desnudo en el mío jodidamente perfecto. Apoyo mi boca en su cuello y rodeo mis brazos alrededor de sus hombros, exhalando profundamente mientras suspira y se hunde más profundamente en mí. Se siente tan bien.

- Colgarme por alguien no estaba en mi plan, Drew— murmura, tranquila y vacilante. Especialmente un hombre mayor que le gusta envolver a las mujeres en cadenas. Se suponía que sería frío e impasible.
- Lo intenté— lo admito. Pero Raya tiene un poder sobre mí que dicta una guerra entre mi cabeza sensata cabeza y mi cerrado corazón. Y tú también— le señalo. Parece que ambos fracasamos. ¿Por qué crees que es eso?
 - Siempre encuentras algo cuando no lo buscas.

No se equivoca. La acaricio con la nariz el cuello, tirando de su cara a la mía. Ladeo mi cabeza, viendo ese brillo increíble en sus ojos. Excepto que esta vez no es forzado. ¿Se está colando por mí? Jesús, ¿puede un hombre estar emocionado y asustado al mismo tiempo?

— Te estás mudando al otro lado del mundo, Raya.

Veo la confusión absoluta detrás de sus ojos llorosos. Una lucha con la que me puedo relacionar.

Lo sé. Y estoy loca por cuestionar mi decisión.

¿Por qué?— pregunto, tratando de comprar algo de tiempo mientras resuelvo urgentemente algo de la mierda en mi cabeza.



— Porque si no tienes a nadie, no puedes perder a nadie.

Me hundo donde estoy, mi cabeza a punto de estallar. Podría estar más asustada que yo. Y no sé qué hacer para tranquilizarla, sobre todo porque estoy tratando de tranquilizarme primero.

Mi teléfono suena sobre el escritorio detrás nuestro, parpadeando con un texto. Raya se vuelve y mira hacia abajo a la pantalla, igual que yo. El nombre de Georgia se ilumina en nosotros.

No puedo esperar a verte x

Oh mierda. Es como el peor momento del mundo. Miro a Raya, congelado. Mira fijamente mi teléfono hasta que la pantalla se agota y se oscurece. Piensa que mi niña es otra persona, y la decepción en su cara duele. En este momento, podría ser atado a una rueda giratoria, un lanzador de cuchillos con una terrible puntería lanzándome cuchillas. Y cada uno de las hijas de puta golpeándome. *Bam, bam, bam!*

Raya se ríe un poco entre dientes, agitando ligeramente la cabeza, como si estuviera recuperando los sentidos. Suspira y empieza a separarse de mí, nuestra piel separándose.

— Cuídate, Drew.

Cuídate. Es tan definitivo. Está admitiendo la derrota.

— No.— la detengo, presionándola en mi, no estando listo para dejarla ir.

No obstante, lucha conmigo con todo lo que tiene.

— Suéltame, Drew. He hecho el ridículo antes. No estoy interesada en hacerlo de nuevo. No puedo soportar más dolor. Me romperé.

Eso, joder, me mata.

— Raya, no es así.

Se ríe.

— Oh, Dios mío, soy tan estúpida.— Se rinde en su intento de escapar y hunde su cabeza en mi pecho, escondiéndose de mí. — ¿En qué estaba pensando? Debes pensar que soy tan ingenua.

Con o sin razón, me ofende. Cierro los ojos para reunir cierta paciencia. Estoy desesperado por decirle que Georgia no es lo que ella piensa que es, pero ni siquiera sé por dónde empezar esa conversación. Ni siquiera estoy seguro de que deberíamos tenerla en absoluto, porque entonces ¿qué significa para nuestro futuro?



— No creo que seas ingenua. Es sólo una amiga. — Suelto las palabras, desesperado por tranquilizarla, ya que sé que la confianza es un tema importante para ella.

Es un poco retrógrado por decir menos, ya que estoy mintiendo, pero el punto es, Georgia realmente no es quien ella piensa que es.

- ¿Una amiga?— Veo esperanza en sus ojos de nuevo.
- Una amiga— le confirmo. Confía en mí, Raya, por favor. Y luego le pregunto algo que nunca le he preguntado a una mujer antes en mi vida. Cena conmigo este fin de semana. Antes de esa fecha, necesito encontrar una manera de contarle todo. Que soy un papá, sobre Coral, y la historia.
 - ¿Cenar?
- Sí, cenar— le confirmo. Me parece raro que hayamos follado varias veces, pero nunca hemos cenado.

Se echa para atrás, permitiendo entrar en su visión. Su contenida sonrisa no es agradable. Se está riendo de mí

— ¿Te parece raro?

Nunca, ni una sola vez, me he enrojecido en mi vida. Pero en este momento, tengo el equivalente a cuarenta años de ellos en mis mejillas. Suspiro.

- ¿Quieres cenar conmigo o no?
- Me voy mañana por la mañana.— Se muerde el labio, midiendo mi reacción.

Estoy seguro de que no la decepciono. Mi mirada boquiabierta debe ser terrible.

— ¿Mañana por la mañana?

Jesús, no pierde el tiempo.

- La casa se vendió, y mi abogado se ocupará de los detalles finales.— Sus ojos bajan hasta mi pecho desnudo. Ya no hay nada para mí— dice en voz baja.
- ¿Y si lo hubiera?— Las palabras salen antes de que pueda pensarlo mejor, y su mirada se clava de nuevo en la mía.

¿Me estás pidiendo que no me vaya?

Me hundo debajo de ella, tan jodidamente agotado por todo esto.

No lo sé, Raya. Sinceramente, no lo sé.





— Podría retrasar mi viaje— dice tímidamente, con un ligero encogimiento de hombros. — Ya sabes, para que podamos cenar.

La vida bombea en mis venas otra vez. Eso sería perfecto. Sin presiones. Le hablaré de Georgia, e iremos desde allí.

— ¿Lo harías?

— Por supuesto. Cambiar un vuelo no es demasiado difícil.— Sonríe tímidamente, y algo pasa entre nosotros. Tal vez comprensión. Pero está algo empañado por mi parte, porque mientras conozco todos los hechos, Raya no. Pero pronto lo hará. La empujo de nuevo hacia mí y me pierdo una vez más.

Esperemos que no por última vez.







Capítulo 10

— ¿Has dormido?— pregunta Coral, notando mi barba de varios días, mis ropa arrugada y mis ojos inyectados en sangre.

Sé que estoy hecho un desastre , y por una vez en mi vida no me importa una mierda. No, no he dormido. Después de llevar a Raya a casa, pasé toda la noche preguntándome cómo diablos voy a contarle sobre mi niña. Tengo demasiadas cosas en mi cabeza como para preocuparme por mi apariencia. Así que mi respuesta a la pregunta de Coral es una ceño fruncido. Tiene una toalla envuelta alrededor de su pelo mojado, una pequeña bata que no está del todo cerrada; La hendidura entre sus pechos parece estratégica. No me produce nada.



Tomo la mano de Georgia y nos vamos hasta el coche.

- Papi, ¿estás enfermo?— Su rostro preocupado me mira, sus trenzas flojas.
- Tengo dolor de cabeza— admito. ¿Pero sabes qué lo hará mejor?— Nos detenemos en el coche y enderezo los lazos de se pelo.

— ¿Qué?

Me agacho ante ella.

- Helado en el parque.
- —¡Si!— Chilla y se lanza a mí, así que estoy obligado a poner una mano en el hormigón detrás de mí para apoyarnos. ¿Podemos ir a los columpios?
- Claro que podemos.— La levanto y camino hacia el otro lado, metiéndola en el auto. Puedes empujarme.— Su nariz se arruga, y se ríe cuando le hago cosquillas en su vientre.

Mi idea de una excursión en el parque no era enteramente para el beneficio de Georgia. Necesito desesperadamente el aire fresco para despejar mi dolor de cabeza.

— ¿Estás bien, papá?		

— ¿Eh?— Miro a mi chica mientras caminamos hacia el lago, su mano cubierta por la mía.

Su rostro se arruga.

- Sigues saltando.
- ¿Lo hago?
- Sí, así. Sus hombros se levantan, sus labios fruncidos.

Me río, flexionando mi mano en su mano.

— Lo siento, palomita. Estoy un poco distraído.

La miro por el rabillo del ojo, preguntándome si soy lo suficientemente valiente como para entrar en una conversación con mi hija de siete años sobre una relación. Sólo hemos sido ella y yo. ¿Qué hará con otra mujer en mi vida?

— ¿Qué tienes en mente, papá?— Nuestras manos se balancean entre nosotros, y me mira con preocupación.

No puedo hacerlo. ¿Qué le diría de todos modos? Además, debería esperar la reacción de Raya a mis noticias antes de pensar en preocupar a Georgia con una mujer que puede o no estar en nuestras vidas. ¿Y que si le cuento y Raya huye?



- Me preguntaba si iba a tener una cucharada o dos de helado.
- ¡Tres!— Canta, deteniéndose y saltando sobre el lugar animadamente.

Me río y apunto hacia el lago.

— ¿Podemos brincar?

Se ríe.

- Los chicos no pueden brincar.
- •¿Quieres apostar?— La suelto y doy lo que estoy bastante seguro es un salto.

Claramente mi hija piensa de otra manera, su pequeño cuerpo se dobla de risa, sus palmas van a sus rodillas para sostenerla erguida.

- Eso no es saltar, tonto.— Como una profesional, me pasa con gracia y elegancia, bailando hacia el lago. ¡Esto es saltar!.
- ¡Fácil!— Grito, siguiéndola detrás, sonriendo como loco a sus coletas balanceándose como hélices mientras se va. Mira, puedo hacerlo.

Georgia mira hacia atrás, un poco sin aliento.

— Oh, papá.— Sacude su cabeza, consternada, mientras me apresuro hacia ella, sus piernas pataleando por todo el lugar. — Eres gracioso.

Estoy escupiendo mi puto culo al momento que llego a ella, ahora mis manos están apoyadas en mis rodillas mientras resoplo delante de ella.

- ¿Helado?
- ¡Sí!.

Me doy la vuelta y me agacho para que pueda acomodarse en mi espalda. Sus brazos alrededor de mis hombros, su cara cerca de la mía. Suspiro y nos lleva a nuestra misión.

- ¿Crees que tengan salado caramelo?— Pregunta.
- Eso espero. Es mi favorito también.— Nos llevo a través del laberinto de rosales, inclinándome hacia abajo cuando Georgia exige detenernos para que pueda elegir uno. Solo uno. Y observa las espinas.— La arranca delicadamente del arbusto y la mete detrás de mi oreja.

Escapando por una pequeña abertura en el camino que conduce a la heladería junto al río, la dejo caer a sus pies y traslado la rosa de mi oreja a la suya.



- ¿Por qué no te sientas allí?— Señalo al banco con vista al río, donde los cisnes nadan en círculos esperando por los restos dejados por los transeúntes. Se marcha rápidamente, todavía saltando, todavía avergonzándome. ¡No te acerques demasiado a los cisnes!— Le pido.
 - ¡No lo haré!

Hago mi camino al interior, aliviado al ver que el caramelo salado está en el menú. Ordeno dos sundaes, un ojo vigilando la ventana donde puedo ver a Georgia en el banco, sus piernas balanceándose felizmente.

— ¿Puedo llevarme unas servilletas?— pregunto, preparándome para el lío que está a punto de suceder.

Cuando llego a la puerta, empiezo a sortear los helados en una mano para poder salir.

Deja que te ayude.

Drew's story A This Man novella 3.5 FORE ELLEN MALPAS

- Gracias.— La puerta se abre, y estoy a punto de abrirme paso cuando registro la voz, dejando caer las anclas en mis pies mientras lo hago. Miro hacia arriba y encuentro a Raya sosteniendo la puerta abierta.
- Hola— dice, con el rostro rosado y húmedo por el esfuerzo. Está vestida con lycra, pero no mucho.
- Hola,— murmuro de nuevo. Oh mierda. ¿Qué debo hacer? ¿Has estado corriendo?— Qué pregunta estúpida.
- No, equitación— rueda sus ojos y se acerca, alcanzándome y besando mi mejilla, sus palmas calientes descansando en mi pecho.

Si mis manos no estuvieran llenas y mi mente estuviera en un maldito caos, la abrazaría, la besaría hasta que viera las estrellas, pero en cambio soy una estatua, tensa y preocupada. Tan jodidamente preocupado.

— ¿Estás bien?— Pregunta.

La veo registrar los dos platos de helado en mis manos. Uno para mí, y otro para ... ¿quién? Eso es lo que está pensando. Rápidamente miro al banco donde está Georgia, viendo que está a una distancia segura.

— Sí, ¿tú?

Enderezo los hombros y me arrepiento. Mi necesidad de estar de pie y tratar de actuar de forma normal acaba de ganarme una asesina puñalada en el hombro.

— ¿Sigues teniendo problemas?— Raya pregunta, apoyando su mano en mi hombro y frotándolo.

Me laxo bajo su agarre, gimiendo de placer.

— Probablemente no es una buena idea hacer esto aquí.

Se ríe, suave y ligera.

— Tal vez después de cenar.

Si ella no ha huye después de que le diga mis novedades. En ese sentido, me retiro. Tengo que irme antes de que Raya tenga la oportunidad de preguntar por qué tengo dos helados en la mano.

- ¿Por qué dos helados?

Mierda.



— Tengo hambre.—	Me encoio de	e hombros	bordeando	hacia la puerta

Frunce el ceño, mirando mi forma nerviosa.

- ¿Seguro que estás bien?
- Sí.— Rápidamente me muevo hacia adelante y planto un beso en su mejilla, otro intento de parecer normal. Soy una broma. Te llamo más tarde.

— ¿Papi?

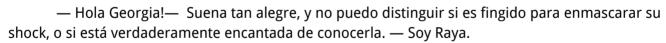
Oh no. Me aparto de la mejilla de Raya y miro con horror mientras su mirada cae a mi lado, donde Georgia la está mirando con demasiado interés en su bonito rostro.

— Soy Georgia— declara, fuerte y orgullosa. — ¿Cómo te llamas?

Cierro los ojos y respiro profundamente, deseando que los efectos anestésicos que el helado está teniendo en mis dedos se propague en todos lados. me arriesgo a echarle un vistazo a Raya, capturando sus ojos lentamente volviéndose de mi niña a mí. Su cabeza ladeada.

— ¿Georgia?— Es una pregunta, de la que ya conoce la respuesta, pero quiere que se lo confirme. "Es sólo una amiga." Raya hace un trabajo terrible imitandome.

Aprieto mis labios, sintiéndolos tan pequeños. Me encojo de hombros. No tengo nada más, ni siquiera la voluntad de sentirme ofendido cuando Raya me frunce el ceño mientras se agacha al nivel de mi hija.





El rostro de Georgia es como una patada en los dientes. Parece tan entusiasmada.

- ¿Conoces a mi papa?
- En realidad no— dice Raya, parpadeando sus ojos acusadores hacia mí. Está ahondando, diciendo sin decir realmente que *pensó que me conocía.*
- La película favorita de papá es *la Bella y la Bestia*. Soy Belle Georgia anuncia con orgullo. Y papá es mi bestia.
- Una bestia, ¿eh?— Raya sonríe. Creo que es una sonrisa cariñosa. Es un poco bestia, ¿verdad?

Otra indagación. Si el suelo se abriera y me tragara, estaría bien para mí. Maldito infierno, necesito hacerlo rápidamente.

- Georgia, ¿por qué no me esperas en el banquillo?— Le entrego uno de los helados y arrojo el mío en la papelera, todo el apetito yéndose. Me vendría bien una copa.
- Vamos a comer helado.— Georgia señala el banco donde me gustaría que se quedase. ¿Quieres venir?

Mis ojos se van a todos lados.

- Estoy seguro de que Raya tiene un día ocupado.
- Sí, lo tengo.— Su mirada se posa en mí con una explosión, y me estremezco. Dios mío, la resolución en su rostro es suficiente para empujarme a la pared detrás de mí. Mañana voy al aeropuerto.
- Genial!— Georgia canta, mientras mis ojos se me salen de las órbitas. ¿Mañana? ¿A dónde vas?
- Lejos, muy lejos.— Raya le da a mi hija su atención de nuevo y se agacha para ponerla a la altura de los ojos. Fue un placer conocerte, Georgia.
- ¡A ti también!— Georgia se escapa hacia el banco, y Raya inmediatamente se gira, corriendo lejos de mí sin otra palabra.

Me paro como un idiota en la puerta, sin saber qué hacer. ¿Que demonios? ¿Simplemente va a escapar?

— ¡Raya!— Grito, persiguiendola. He llegado demasiado lejos ahora para dejarla marchar. — Raya, espera!— Me detengo cuando ella bruscamente se balancea, su cara es pétrea. Sorbo, receloso, retrocediendo un poco.



- Bastardo— hierve, con potente rabia. Te he derramado mi puta vida. Incluso pensaba en no marcharme, y ni siquiera tuviste la decencia de decirme que tienes una hija
 - Iba a decírtelo.— balbuceo, evidenciando mi pánico.
 - ¿Cuando? ¿Después de haber decidido desechar mis sueños de viajar?
- No sabía por dónde empezar,— admito, la desesperanza me consume. Siempre he mantenido a Georgia lejos de las mujeres que he ...
- ¿Jodido?— Termina por mí. Un enorme estremecimiento, y no sólo de mí parte, sino de Raya también. Y luego hay ferocidad en sus ojos. Tanta ferocidad que realmente me asusta. Por supuesto, mi error.— Retrocede, aunque sus ojos todavía albergan una cantidad aterradora de ferocidad. Y yo lo pedí.
 - Raya, no.— Puedo verla retroceder, y no podré ir tras ella. Rápidamente miro por



encima de mi hombro para comprobar a Georgia, encontrándola felizmente pasando el tiempo lejos de devorando su helado. — Es muy importante para nosotros. Siempre hemos sido ella y yo.— Vuelvo a avanzar, no gustándome la distancia que nos separa. — No quería decírselo hasta que supiera lo que me estaba pasando.

Dolida. Esta expresión en Raya es la que más odio, y me desprecio por causarla.

— No se trata de decírselo a ella, Drew. Se trata de decírmelo a mí.— Sus ojos se detienen en Georgia mientras sigue poniendo más distancia entre nosotros. — Estabas dispuesto a dejarme tomar una decisión que cambiaría mi vida sin ser honesto conmigo.— Raya me mira. — Confíe en ti, eso es lo que me pediste. Gracias por traerme de vuelta a la Tierra.— Gira y se aleja, y todo lo que puedo hacer es estar de pie y verla salir corriendo de mi vida.





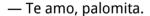


Capítulo 11

Son más de las diez para cuando consigo dormir a Georgia, y nunca una copa de tinto supo tan bueno. En mis boxers, me desplomo en el sofá y recorro los canales deportivos, inquietamente buscando algo que ver. Algo que me ayude a relajarme. No hay paz que encontrar, no cuando me duele tanto la cabeza. Lo que más me molesta, sin embargo, es si Raya se alejó de mí, fue un resultado de mi deshonestidad, o si se intimido por el hecho de que tengo a Georgia. Ambos son igualmente difíciles de digerir. Suspiro, tan jodidamente enojado conmigo mismo.

Abandonandome en la televisión, termino mi vino y me dirijo a la cama. El sueño podría ayudar a aclarar mi mente.

Echando un vistazo a Georgia, camino de puntillas a su cama y escucho los sonidos de su respiración superficial, doblo su pierna extendida bajo el edredón, y beso su frente.



Murmura soñolienta, dando vueltas y acurrucándose.

Casi llego a mi cama cuando un fuerte golpe me ensordece.

— ¿Qué diablos?

Regreso a la habitación de Georgia, encontrando que todavía está durmiendo. Más ruidos. Sigo el eco hacia la puerta principal y abro, alerta y listo para lo que hay detrás.

- Coral?— Suelto la puerta justo a tiempo para atraparla cuando se tropieza.
- ¡Drew! farfulla, luchando con mis brazos para aferrarse a mí. ¡El papá de mi bebé!.
 - Estás borracha, murmuro, arrastrándola pero sin atreverme a soltarla, porque



seguramente aterrizaría sobre su rostro. Una parte de mí quiere dejarla. — ¿Qué estás haciendo aquí?

— Estoy aquí para que volvamos.

Ruedo mis ojos, arrojándola sobre mi hombro.

— Nunca estuvimos juntos en primer lugar, Coral.

Avanzo a grandes zancadas a través del vestíbulo y la dejo caer en el sofá, no tan bruscamente como debería. Se revuelve y se retuerce para incorporarse.

- Mira en que estado estas. ¿Cómo has llegado hasta aquí?
- Un taxi.— Coge mi camiseta y me jala hacia adelante. Llévame a la cama y envuélveme en esas cadenas que tanto te gustan.
 - Coral, baja la voz. Georgia está durmiendo.

Me la quito de encima y voy volando hacia la cocina para buscarle un poco de agua, luchando contra el impulso de echarla. Podría odiar a la mujer por lo que me hizo, pero, me guste o no - y no me gusta - es la madre de mi niña. Le rompería el corazón a Georgia si le pasara algo. Tengo la obligación de asegurarme de que la perra borracha se mantenga fuera de peligro mientras que personalmente no pueda cuidarse por sí misma. Tomo una botella de agua de la nevera y vuelvo a la sala de estar, encontrando a Coral desplomada.

— Aquí.



Desenrosco la tapa y la sostengo por ella. Con un ojo cerrado, coge la botella, errándole por lejos.

- Por el amor de Dios, Coral. Me siento a su lado y le doy de beber agua.
- Ves. Puedes ser amable conmigo.
- No lo hago por ti. Lo hago por mi hija.
- Es mi hija también, ya sabes.

Todo es un balbuceo.

— Desafortunadamente, sí, lo sé. Pero no lo sería si Sam no te hubiera pillado escapando de mi apartamento la noche que te aprovechaste de mí.

Esto es raro. Ni una sola vez hemos hablado de ello. Ni una vez en ocho años. Casi no pude mirar a la mujer durante todo el embarazo.

Cuando Georgia nació, mi atención estaba firmemente en mi bebé, mientras que la atención de Coral estaba en mí. Fue uno de esos hermosos momentos en la vida, una nueva vida nacida, un tiempo en que el odio y las quejas deben ser olvidadas. Podía decir por el rostro esperanzador de Coral que ella pensó que podríamos avanzar desde allí. Yo podía seguir adelante, seguro. Simplemente no con ella.

- ¿Por qué nadie me quiere?— Gime, estrellándose a mi lado.
- Porque eres una perra tramposa y manipuladora— bromeo, medio actuado, pero en su mayor parte serio.

Me golpea el muslo desnudo.

— Tu también estás soltero. Nadie te quiere tampoco. O a tus cadenas.

Arrastrando su pesada cabeza hacia arriba, se mofa de mí.

- Te dejaría envolverme en tus cadenas.
- Coral, si te envuelvo en mis cadenas, nunca te dejaría libre, y no porque estuviera encendido.
 - Eres malo conmigo.
- Voy a dejar dormir a tu borracho culo en mi apartamento.— Me levanto, y con mi falta de apoyo se aplasta en el sofá sin esperanza de levantarse de nuevo.
 - ¿Debería cerrar la puerta de mi habitación para que no me violes otra vez?

Se ríe, y con diversión.

— No tendrías a Georgia ahora y lo sabes.

No puedo discutírselo.

— Traeré una manta.

Cuando he encontrado una manta tejida y regreso al sofá, ella ya está roncando.

— Qué desastre. — me digo, cubriéndola, arropándola con más cuidado del que se merece.

Suspiro, sacudiendo la cabeza. Entonces voy y caigo en mi tan esperada cama.



Capítulo 12

Me siento raro esta mañana. Mientras estoy recostado en mi oscuridad soñolienta, intento envolver mi mente soñolienta alrededor de mis recuerdos soñolientos. Ruedo a mi lado y choco con algo, y sonrío. Raya.

Entonces lo recuerdo todo - sus palabras, ella huyendo de mí. Entonces, ¿quién es ...? Mis ojos se abren.

— Buen día.

Coral está tendida a mi lado. Y está desnuda. Jodidamente desnuda. Excepto por una sonrisa de suficiencia..



— ¡Qué mierda, Coral!— me levanto, demasiado aterrorizado como para prestarle atención al dolor que acaba de atravesar mi hombro. — ¿Qué diablos haces en mi cama?

Se escabulle y se pone una de mis camisetas, mientras sale de mi dormitorio como si pudiera vivir aquí.

— ¿Café?— Grita.

Miro hacia abajo mi cuerpo, encogiéndome cuando veo que estoy desnudo, también.

— ¿A qué diablos estás jugando?— Grito, pisoteando detrás de ella mientras me pongo unos boxers.

La encuentro ayudándose en la cocina, para nada afectada por mi furia.

— Tienes que irte.— Me adelanto y le quito una taza vacía de su mano, golpeándola a un lado

Sonríe, satisfecha. Es tanto como puedo hacer para no darle una bofetada.

— ¿De qué estás tan asustado, Drew?

Mi mandíbula inmediatamente duele con la fuerza de mi mordida.

— No tengo miedo, Coral. Estoy lívido. Lárgate.

Resopla, negándose a permitir que mi rabia la afecte mientras me pasa. Mi cabeza cae atrás, buscando en los cielos por cierta mesura.

El timbre es la única cosa que evita que Coral sea estrangulada. No puede haber testigos.

— ¡Voy yo!— grita, bailando hasta la puerta principal mientras le gruño a su espalda. Se balancea en la puerta abierta.

Y yo muero.

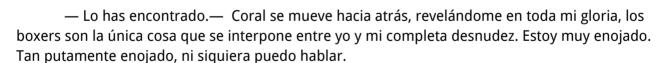
— No ...— Susurro.

Raya no me ha visto todavía, sus ojos fijos en Coral, que está envuelta seductoramente en el marco de la puerta vistiendo prácticamente nada.

— ¿Puedo ayudarte?

Raya frunce el ceño.

— Estoy buscando a Drew.



La cara de Raya es un cuadro de devastación, pero estoy paralizado por mi ira, ni siquiera puedo mover mis putos ojos, y mucho menos hablar. Como si esto no pudiera ponerse peor, también aparece Georgia, convirtiéndolo en una hermosa escena sana de una puta familia feliz.

— ¡Mamá!— Grita, corriendo hacia los brazos de coral. — Hola Raya. Mamá ella es amiga de papá. Su nombre es Raya.

Coral echa una mirada interesada en mi dirección.

Amiga de papá, ¿eh?

Los ojos de Raya se encuentran con los míos. El shock y el dolor abundan. Y hay lágrimas. Putas lágrimas, causadas por mí. Quiero apuñalarme repetidamente.



— Lo siento — se atraganta. — No debería haber venido.— se gira rápidamente en sus sandalias y huye.

La puerta cerrándose de golpe me trae de regreso a la vida, seguido de Georgia corriendo hacia la cocina en busca de Coco Pops. No puedo ver bien por la niebla roja deslizándose por mi visión. No puedo respirar más allá de la ira que llena mis pulmones.

— Parecía agradable — dice Coral frívolamente, escabulléndose delante mío. La tomo del brazo, agarrándolo duramente. Me ha presionado demasiado. Me agotó la paciencia.

Dirijo la ira de mis ojos sobre ella.

— Te odio.— Mantengo mi voz baja, consciente de que Georgia está en la habitación de al lado.

He sostenido mi civismo durante siete años en presencia de mi niña. No voy a cambiar eso ahora, no importa lo mucho que estoy hirviendo.

- Lo siento; ¿No debería haber contestado la puerta? Su rostro es tan petulante.
- Vete.
- Oh, Dios mío.
 Se ríe, fría y cruel, jalando su brazo de mi agarre y señalando a la puerta.
 ¿Quieres decirme que tienes sentimientos por ella?
 Su sonrisa es astuta. Maliciosa. Sabía exactamente lo que estaba haciendo en esa puerta.
 ¿Por qué diablos te querría?
 pregunta.
 Todo lo que sabes que hacer es follar. ¿Y qué edad tiene, veinte?
 Más risas.
 Jesús, Drew. Un poco más jóvenes y estarás saliendo con las amigas de la escuela de Georgia.
 - Cállate, Coral.
 - Además, se va a Australia.

Retrocedo, alerta.

— ¿Como sabes eso?

Se encoge de hombros, como si no tuviera importancia.

— Te envió mensajes de texto. Podría haber respondido por ti.

Mi boca cae abierta.

¿Qué hiciste qué?

Corro hacia el dormitorio para encontrar mi teléfono, frenéticamente cargando los mensajes. Y ahí está, un mensaje de Raya diciéndome lo arrepentida que está por su reacción, pero



en shock. Pregunta si podemos hablar. Y yo le respondo diciéndole que venga. Vino aquí con esperanza. Para tratar de arreglar las cosas. Y en su lugar recibió una fuerte dosis de Coral.

Rabia.

Urghhhhh!

Me vuelvo y encuentro a Coral en el dormitorio conmigo, con una merecedora de bofetada mirada de satisfacción en su rostro. Que Dios me ayude antes de estrangularla. Me acerco, con las fosas nasales ensanchandose y muevo mi rostro cerca del de ella.
— Lárgate antes de que te eche fuera.
— Bien.
— Y llévate a Georgia.
Me vuelvo y me dirijo al baño, mentalmente planeando lo que tengo que hacer. Coral estando aquí ha sido como un matorral desintoxicante en mi vida. Retrocediendo, sí, dado que es la mujer más tóxica que he conocido. Pero es la claridad en medio de mi caos. ¡Qué tonto soy!
Estoy tan apegado a mis hábitos, que me enterraran con mis malditas cadenas. Cadenas que ahora están envueltas alrededor de mi corazón y se han afianzado a cada segundo. Necesito encontrar a Raya. Necesito derramar mi corazón. Necesito dejar de evadirlo. Dios, ¿qué debe pensar? Hija secreta, mujer secreta.
 No puedo llevar a Georgia— dice Coral, deteniéndome en la puerta del baño. — Tengo cosas que hacer.
Se pone su vestido y recoge su bolsa. No tiene cosas que hacer. Está tratando de obstaculizar mi intento de rescate.
— Coral, por favor.— No voy a pasarme rogándole a este punto. Necesito arreglar esto, y no puedo hacerlo con Georgia a cuestas.
Sonríe, tensa y condenada.
— Adiós.
— Te odio — hiervo, golpeando el marco de la puerta.
— ¿Por qué cambiar el hábito de toda una vida?— se va, la maldita zorra.
El marco de la puerta recibe otro golpe al mismo tiempo que la puerta principal se cierra.

Me precipito a la cocina para encontrar a Georgia sirviéndose Coco Pops, el tazón desbordando. Chilla cuando la levanto del taburete, la cuchara colgando de su boca.

- ¡Papá!— La leche de chocolate deja un rastro detrás de nosotros mientras la acarreo de la cocina al baño. Papi, ¿qué estás haciendo?
 - Iremos a una aventura. La pongo de pie y enciendo la ducha.
- ¿Una aventura?— Está emocionada antes de saber donde esta aventura nos está llevando. ¿De qué tipo?

La pongo en la ducha, pongo un poco de champú en su cabello y comienzo a enjabonarlo.

Su inocencia es hermosa, una luz en mi mundo oscuro. Agarro una toalla, la envuelvo y bajo al nivel de su cara. — ¿Recuerdas a Raya?— Pregunto.

- ¿Tu amiga?
- Sí, pero no sólo quiero ser su amigo.— doy una rápida exhalación, preparándome para contarle el asunto. Quiero ser su novio.— Me siento como si acabara de confesar un pecado.

La cara de Georgia está totalmente en blanco. ¿Qué está pensando?

— ¿La amas?

¿Amor? Suspiro, mis ojos vagando por los suyos por un momento, mientras pienso. Mucho. ¿De eso se trata? ¿El dolor, el estado de constante confusión en el que me encuentro? ¿La posesividad, las reacciones salvajes? Dios mío, estoy enamorado?

— Sí,— susurro, juntándolo todo, cada pieza haciendo clic en su lugar como una parte importante del rompecabezas. — Creo que si.— Regreso mi atención a mi pequeña, rezando para que ella acepte esto.



La cara de Georgia es una imagen de shock. No puedo culparla. Papá nunca tuvo una novia. Tomo la parte superior de sus brazos, sosteniéndola firmemente.

- Palomita, esto no cambiará nada. Seguirás siendo la número uno.
- Pero también lo será Raya.
- Bueno, tal vez.

Eso sí al meno me escucha. Me da una oportunidad para explicar, y entonces tengo que impedir que se vaya. Eso es lo que más me preocupa. Que se vaya de todos modos, sin importar mi desesperado intento de detenerla.

Cuando miro a mi hija, veo algo construyéndose, y justo cuando estoy seguro de que está a punto de empezar a llorar, literalmente estalla.

— ¡Rápido!— Sale disparada del cuarto de baño, su velocidad increíble. — ¡Necesitamos encontrar a Raya y decirle que la amas!— Hay un conjunto de golpes y ruidos, todos los cajones abriéndose y cerrándose. — ¡Llevaré un vestido bonito!.

Si tuviera tiempo, lloraría de alivio. Pero no lo hago. Así que coincido con la urgencia de mi hija y corro a la ducha.

Después de diez minutos, estoy corriendo alrededor de mi apartamento vistiéndome en movimiento, buscando mis llaves.

- Georgia, ¿has visto las llaves de papá?
- ¡No!.
- ¡Maldita sea!— Doy vuelta cada cajón de mi cocina hasta poner mis manos en el juego de repuesto. Vámonos.

Para cuando llegamos al garaje, estoy sudando. Me apresuro a través de mi espacio de estacionamiento, mi espacio de estacionamiento está todo menos mi coche. Me tardo una fracción de segundo en averiguar dónde está.

- ¡No!— Grito, pataleando y pisoteando donde debería estar mi coche, dando vueltas, mirando hacia abajo, como si pudiera encontrar mi Mercedes en una de las grietas en el hormigón.
 ¡Es increíble esa mujer!— Saco mi teléfono y le marco a Coral, alejándome de la cara alarmada de Georgia y me encojo, tranquilizando y bajando el tono de mi voz, pero apenas consigo contener mi violencia.
 - Tomaste mi coche— siseo cuando responde.
 - ¿Planeando ir a algún sitio?

La fuerza de mi apretón alrededor de mi teléfono cortaría su respiración en segundos si la sujetara por el cuello. Ojalá tuviera su cuello.

- Eres malvada, Coral.
- Oh, supéralo. Te estoy haciendo un favor.

Cuelgo antes de destruir siete años de esfuerzo en mantener mi odio a la madre de Georgia contenida cuando está cerca. Entonces hago una llamada de emergencia.



BM

Media hora más tarde, Sam se detiene en su Porsche, con la capota baja y Jesse en el asiento del pasajero. Georgia corre hacia el coche, fuera de sí con entusiasmo.

— ¡Tío Jesse! ¡Tío Sam! ¡Iremos a una aventura para encontrar a Raya y decirle que papá la ama!.

Es la segunda vez en dos días en que me he enrojecido.

- ¡Qué emocionante!— Sam salta fuera y jala el asiento hacia delante para que Georgia suba.
 - No te burles,— murmuro, siguiéndola al asiento de atrás y abrochándola.

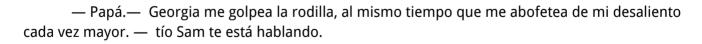
Sam vuelve al asiento del conductor rápidamente y alejándose en la carretera principal.

— Esto es emocionante.— Jesse estira el cuello hacia atrás, poniendo Georgia en su mira. — ¡Papá está enamorado!.

Mi intención de gruñirle es interrumpida cuando Sam toma una esquina rápidamente, forzándome a agarrarme de su reposacabezas.

- Jesús, Sam, cálmate. Georgia está en el maldito auto.
- ¡Más rápido!— Canta ella.
- ¡Sí, más rápido!— Jesse se ríe, con los brazos en el aire. ¡Así, Georgia!.

Su risa, una risa que en circunstancias normales haría que mi corazón se hinchara, sólo amplifica mi ansiedad. Mi corazón no es capaz de hincharse, porque está encadenado en mi pecho, y la única persona que tiene la llave para liberarlo, permitirle latir de nuevo para algo más que sólo Georgia, podría haber renunciado a intentar abrirlo. Y ese sería el fin para mí. Como el último clavo en un ataúd que me mantuvo a salvo durante tanto tiempo. Ya no quiero estar a salvo. No quiero estar solo. Quiero a Raya.



Miro hacia el espejo retrovisor.

- ¿Qué?
- ¿A donde?

— ¿Adónde?— Repito como un loro, rebuscando en mi cabeza la dirección de Raya. — Belgravia.



FORE ELLEN MALPAS

- ¿Y cuál es el plan?— Jesse se gira para mirarme.
- ¿El plan?
- Jesús, es peor de lo que pensaba.— Suspira, frotándose su frente. ¿Qué vas a decirle? La pobre mujer piensa que estás liado con Coral y una niña.
- ¿Que es liado?— pregunta Georgia cuando mis palmas caen sobre sus oídos, protegiéndola de la conversación de adultos.

Miro feo a Jesse.

— Por favor, siento que ya la estoy marcando lo suficiente de por vida.

Rueda los ojos.

- Entonces, ¿ qué vas a decirle?
- Voy a decirle que no se marche.
- Sí, tal vez necesite algo más que eso.
- Voy a decirle que me gusta. Mucho.

Sus manos se mueven en círculos, indicando que debería continuar, excepto que no sé a dónde ir después. Mis poderes de persuasión serán limitados con Georgia alrededor. No podré hablar sobre nuestra conexión, nuestra química, o el asombroso sexo. Cómo sus manos son como hierros en mi piel cada vez que me toca. Que mi mente está constantemente en ella, imaginándola en cada posición, incluso en mi cama cada noche. Cómo aligera mi vida más allá de Georgia. Que prometo cuidarla para siempre. Cómo me ha dado un nuevo propósito.



— Llora,— Sam le dice por encima del hombro. — A las chicas les gusta cuando un hombre llora por ellas.

Niego, horrorizado por la sugerencia.

— Eso no está sucediendo.

Jesse se ríe, profundo y divertido.

- ¿Alguna vez has derramado una lágrima?
- No— retorciéndome en mi asiento, incómodo con las punzadas de algo en la parte posterior de mis ojos.



Estoy literalmente temblando cuando Sam se detiene frente a la casa de Raya. Todavía no tengo ni idea de cómo convencerla de que se quede, convencerla de que soy digno de su confianza y valgo la pena. Sam silba mientras mira hacia la propiedad impresionante, y Jesse levanta sus gafas de sol para ver mejor, mientras que Georgia está de pie en el asiento de atrás mirando impresionada.

- ¿Tiene más dinero que tú, papá?
- Señal de encogimiento de pelotas.— Sam respira.
- ¿Encogimiento de pelotas?— Pregunta Georgia, completamente confundida. Las pelotas no pueden encogerse, tío Sam.— Comienza a reírse. ¡Tonto!

Me doy por vencido, golpeando la nuca de Sam antes de balancear mi cuerpo sobre el borde del coche.

— Espera aquí.

Camino por la calle, mi mirada pegada al cartel de VENDIDA exhibida afuera. Nunca me he sentido tan vulnerable. Tan esperanzado y desesperado. Una gran parte de mi cerebro está tratando de asustarme, gritándome que estoy perdiendo el tiempo, que ni siquiera entenderá mis explicaciones. Pero repelo el miedo y la preocupación, y me aferro a la mínima esperanza, levantando mi mano para golpear la puerta.



Casi me caigo contra la maldita cosa cuando un hombre la abre.

— ¿Quién demonios eres tú?— suelto antes de poder detenerme, consciente de la agresión en mi postura y mi tono.

No importa que este bien podría ser el abogado de Raya, o tal vez incluso un amigo. No tengo fuerzas para la paciencia.

— Ese no es asunto tuyo.— Su expresión es feroz, su pecho hinchado y amenazante. Su hostilidad me dice que no es ninguna de esas cosas.

Espera. Por favor, dime que este no es el cabrón de su ex. ¿El hijo de puta que se cago en ella? Miro detrás de él, viendo pilas de cajas en el pasillo, cuadros de las paredes, bolsas de basura llenas.

— ¿Eres Dean?

Levanta las manos, caminando hacia atrás.

— No sé quién eres, pero no quiero ningún problema.

Ha cambiado su actitud. Debe ser el repentino espasmo enojado de mi cuerpo.

- ¿Dónde está Raya?— Pregunto, peligroso y bajo, luchando por mantener mis manos a los lados para evitar partírselas en la cara.
 - Se ha ido.

Reacciono por impulso, estirando el brazo y agarrando su camisa con mis manos, sacándolo de la casa de Raya.

- ¿Entonces qué estás haciendo aquí?
- Necesitaba saber a dónde se dirigía.

¿Qué? ¿Para intentar recuperarla? Oh no. La paciencia desaparece por completo, pierdo la razón, empujándolo lejos y golpeándolo. Mi puño se conecta directamente con su cara, y se estrella contra el suelo en un patético lamento, apretando su nariz.

- ¡Papi!— El grito de Georgia es mejor para despejar la niebla que ser mojado en agua helada. Me balanceo de un lado a otro y la encuentro corriendo hacia mí, Jesse y Sam persiguiéndola.
 - Raya ya se ha ido.

Levanto en brazos a Georgia y la llevo de vuelta al coche, al mismo tiempo cavando a través de mi bolsillo buscando mi teléfono. El correo de voz de Raya chasqueando directamente. Las cadenas alrededor de mi corazón se tensan aún más.



- Raya, soy Drew. Estoy en tu casa. Donde quiera que estés, por favor regresa. Por favor, no te vayas.
 - ¡El te quiere!— grita Georgia.
- Shhh!— Jesús, donde quiera que esté, probablemente estará corriendo allí ahora. Necesito hablar contigo. Explicarme. La mujer en mi casa esta mañana es la madre de Georgia. Nunca ha habido nada entre nosotros, lo juro.
 - ¡Son sólo amigos!— Georgia me apoya, Dios la amo.

¿Amigos? Apenas, pero me llena de felicidad en mi desgracia que mi niña crea eso.

— Tienes que creerme, Raya. Por favor, solo llámame.— Cuelgo, levantando a Georgia al costado del coche en el asiento trasero mientras llamo a mi última esperanza.

Andrea responde después de dos timbres.

Drew's story A This Man novella 3.5 FORE ELLEN MALPAS

- Necesito el nombre y el número del abogado de Raya Rivers. Ahora.
- Te lo mando por mensaje.

Me meto dentro y enmarco el rostro de Georgia con mis palmas.

- Ojalá no hubieras visto eso.
- ¿Por qué lo golpeaste, papá?
- Porque fue malo con Raya. Eso enloqueció a papá.

Jadea, disgustada, y salta a sus pies en el asiento trasero.

- ¡No puedes ser malo con Raya! ¡Mi papá la ama!.
- ¡Georgia!— La arrastro hacia abajo, mi teléfono sonando.

Un rápido golpecito en el mensaje me da el nombre y el número del abogado de Raya. Llamo, y tan pronto como responde, me lanzo en un montón de mierda. Le digo quién soy: no es mentira. Le digo que el comprador está amenazando con retirarse de la venta, una gran mentira. Le digo que necesito hablar con Raya con urgencia, pero al parecer no puedo comunicarme con ella, sin duda no es ninguna mentira.

- Bueno, no es posible, señor Davies. Su vuelo sale a Singapur a las dos.
- ¿A las dos?— Mis pulmones se reducen a nada mientras mis ojos descansan sobre la brillante pantalla del salpicadero de Sam. Ya son pasado el mediodía.



Termino la llamada, sintiéndome entumecido. Llego muy tarde. La he cagado en mi única oportunidad, me arruiné en el proceso, un sádico en la peor forma.

- ¿Qué?— pregunta Sam, esperando una dirección, con las manos flexionadas en el volante.
- Ya se ha ido.— Murmuro, mirando el reloj, otro minuto pasando, la proverbial bomba de tiempo. La cuenta atrás para mi completa ruina. El vuelo sale a las dos.
 - Podemos hacerlo. Jesse va directo a su teléfono. ¿Cuál Aeropuerto?
 - No lo sé.



No lo có

—	¿Número	de vue	lo?
	rianiicio	ac vac	

Suspiro, mi cabeza refugiándose en mis manos.

— No lo sé.

En el tiempo que Sam tarda en salir del estacionamiento, Jesse anuncia nuestro destino.

— Heathrow, terminal cinco. Tendré el número de puerta en un segundo.

Me inclino hacia adelante en mi asiento, agradecido por su determinación de ayudarme a arreglar mi desastre, pero sabiendo que estamos yendo a ninguna parte.

— Estamos en el centro de Londres. Si el tráfico es amable, podríamos llegar a Heathrow a la una y media. Habrá abordado y no hay manera de que atraviese la seguridad.

Me asombro cuando Jesse de repente se estira y agarra mi camiseta, tirando de mí hacia adelante hasta que estoy virtualmente en su regazo.

— ¿Crees que estaría donde estoy ahora si dejara que cosas tan triviales se interpongan en mi camino?

Sam se echa a reír.

- Ninguno de tus problemas era trivial, gilipollas.
- ¿Qué es gilipollas?— Georgia pregunta detrás de mí.

Sam me da una mirada disculpándose

— Nada, pidge.— Le devuelvo la mirada.

Jesse suspira, liberándome de su apretado agarre.

- Como en "Tres malditos hombres y una pequeña dama."
- ¿Que es...?
- Nada todos cantamos, y Sam pisa el acelerador, lanzándome de regreso a mi asiento.





Capítulo 13

Asunto trivial.

El equipo de personal del aeropuerto detrás de las barreras que están actualmente entre nosotros y el área de control de seguridad definitivamente no es un tema trivial. Cualquier esperanza que tenía se desvanece a nada.

- No hay ninguna posibilidad en el infierno que estemos pasando por allí.— Miro a mi teléfono, una carrera contra el reloj. Y estoy perdiendo. Ya está en el avión.
- Sólo tienes que ser creativo.— Sam consigue dos pasaportes, un par tarjetas de embarque enganchadas a las páginas.

Lo miro mal, horrorizado.

- ¿Dónde diablos las has conseguido?
- Los tomé prestados.— Se encoge de hombros como si no hubiera cometido un delito, al mismo tiempo que arruinó los planes de viaje de dos pobres desprevenidos. No te preocupes; Los devolveré.
 - Sam, no puedes hacer eso.

¿Qué tipo de impresión le daré a Georgia? Hasta ahora, me ha visto golpear a un hombre, ha participado en una persecución a alta velocidad por Londres, oído todo tipo de palabras inapropiadas, y ahora es parte de un robo. Me iré al infierno.

— Tonterias— Jesse arrebata los pasaportes de la mano de Sam y los empuja en mi pecho. — Si te hace sentir mejor, no voy a usar estos para mí y Sam.



Tiene dos pasaportes más.

— Oh, Dios mío,— respiro, tratando de razonar en silencio.

Es por una buena causa, me digo a mi mismo. Y los devolveremos tan pronto como encontremos a Raya. Raya. Mi objetivo se realinea en un momento. Tomo los documentos y sostengo los códigos de barras en la barrera hasta que giran, permitiéndonos pasar a mí y a Georgia.

- Necesito que actúes normal— le digo, tomando su mano y dirigiéndome hacia el área de seguridad. Jesús, no puedo creer que la estoy involucrando en mis delitos En realidad, tal vez deberías quedarte con el tío Jesse y el tío Sam.
 - ¡No!— Se detiene donde está y patea su pequeño pie. Quiero encontrar a Raya.
 - Está bien,— susurro, barriendo el área nerviosamente. Sólo no grites.

Nos unimos a la fila más cercana, mis ojos constantemente revisando el tiempo. Una bandeja de plástico es empujada delante nuestro, una orden ladrada para que lo llenemos. No dejo nada al azar, asegurándome que todo lo que pudiera activar la alarma del detector se haya ido de nuestros cuerpos.

Mientras camino por el arco, estoy conteniendo la respiración, rezando para que la alarma no se dispare. Y cuando Georgia pasa, se ve rígida, como si moverse lo menos posible pudiera hacerla menos visible. Al segundo que ha pasado los guardias, agarro su mano, agarro nuestras cosas y empiezo a correr a través de la tienda Duty Free convenientemente colocado.

- Busca la puerta cincuenta y ocho, Georgia.
- ¡Allí, lo veo!— Señala hacia un letrero que ilumina el camino hacia Raya.
- Buena niña.

Después de otros cinco minutos corriendo, comienza a lloriquear y me veo obligado a recogerla, sus pequeñas piernas no construidas para ir de prisa o la distancia todavía. Su cuerpo rebota en mis brazos mientras corro y seguimos las indicaciones, esquivando a la gente, sus pequeños dedos se clavan en mis hombros firmemente.

— ¡Por allí, papá!.

Sigo su brazo, mis pasos disminuyendo hasta que me detengo. La señal de la puerta cincuenta y ocho está brillante, la única luz en mi mundo repentinamente negro. El área está vacía, ni un alma esperando abordar, cada asiento libre. Y la puerta del túnel que conduce al avión está cerrada. El dolor es un nudo en mi garganta, llenándolo, haciendo que cada trago sea áspero y doloroso.





- ¿Llegamos demasiado tarde?— Georgia se desliza de mis brazos y corre hacia la extensión de vidrio adyacente a la puerta, con las palmas de las manos abofeteando la ventana mientras observa.
 - Llegamos tarde.

Caigo en el asiento más cercano y observo cómo el avión se aleja lentamente de la puerta, perdí mi juego. Mi chica se ha ido.

Con los codos en mis rodillas, deslizo mis manos en mi pelo y miro al suelo. La gota de agua que salpica entre mis pies es la primera de muchas.





Capítulo 14

No puedo soportar mirar a Jesse y Sam a los ojos cuando regresamos. El dolor obstruyéndome la garganta todavía no me permite hablar. El leve movimiento de mi cabeza les dice que nuestra misión fue un fracaso, aunque mis pies arrastrados, hombros caídos y desdicha hablan por sí mismos. Recibo un apretón en el hombro de cada uno de ellos, un gesto de simpatía, cuando lo que quiero es que me golpeen. No sólo para sacarme de mi miseria, sino para castigarme por ser tan idiota.

El viaje de vuelta a la ciudad es dolorosamente silencioso, ni siquiera Georgia respira una palabra. Simplemente complace mi necesidad de cercanía, abrazándome a mi lado. No me consulta cuando Jesse se ofrece a llevársela con él para jugar con Maddie. Ella necesita ser un niño mientras su papá se regodea en su dolor y llega a un acuerdo con el hecho de que es un imbécil digno de premio. Y mi trofeo es el puto dolor en mi pecho que nunca dejará de doler. Un recordatorio constante de mi error.



Con pies pesados, camino penosamente a la cocina, agarro una botella de vino tinto y me arrastro a mi dormitorio. Desbordado de arrepentimiento, remordimiento, y un montón de otras emociones de mierda, me caigo de espaldas en la cama y miro el techo. Esas cadenas apretando mi corazón son firmes, impenetrables, pero esa puñetera cosa llamada devastación todavía encuentra su camino por los gruesos eslabones y rasga un agujero en el músculo.

Para que, no lo sé, pero llamo a Raya. Tal vez para darle una actualización de los acontecimientos de los cuales es completamente inconsciente. O tal vez sólo para que sepa cuan hecho pedazos estoy. Enviándome directamente al correo de voz, lo cual no debería ser una sorpresa ya que está a mitad de vuelo, pero el recordatorio de que se ha ido todavía duele como el infierno.

Conecto mi teléfono al altavoz, dejándolo caer en la cama a mi lado para poder desenroscar la tapa del vino mientras le dejo un mensaje.

— Fui al aeropuerto hoy.— Tomo un trago y hago mi mejor esfuerzo en apreciar el sabor de algo que con suerte me entumecerá cuando llegue al final de la botella. — Georgia vino conmigo.— Me río un poco, todavía no creyendo en lo que he involucrado mi hija. — Mi amigo robó unos pasaportes y tarjetas de embarque para poder llegar hasta las puertas.— Sonrío, pero es forzado y triste. — Mi niña puso la mejor cara de póker. Tiene siete años, por todos los santos.— Me río, tomando otro trago. — Fue una aventura para ella. Una aventura para ganar a una chica para su papá.— Exhalo, frotándome la frente. — Estaba tan emocionada.— Inclinando la botella a mis labios, trago probablemente el equivalente a una copa entera de una sola vez, jadeando y limpiando mi boca. — Pero llegamos demasiado tarde.— Pieza por pieza, mis esperanzas desaparecen. Mi felicidad se deshace.

— Raya, me asusté.— Suspiro, frotándome la cabeza. — No tengo excusa. Me provocaste algo que nunca había ocurrido antes, y me asustó. Mi estilo de vida, mi hija. Todo se hizo tan real. Iba a hablarte de ella. Yo simplemente no sabía por dónde empezar.— Cierro los ojos apretadamente, el remordimiento comiéndome vivo. — Debería haber tenido más fe en ella. Y en ti.

Terminando la botella de vino, la arrojo sobre la cama, empezando a sentir el glorioso mareo del alcohol apoderándose de mi cabeza. — Georgia me preguntó si te quería. ¿Y sabes qué? Lo hago. ¿Qué otra cosa podría explicar esta locura?

Oigo un golpe en la puerta de mi casa y frunzo el ceño, esforzándome para levantarme y responder. Cojo mi teléfono de la cama y apago el altavoz, llevándolo esforzándome — Eres muy joven, Raya. Y estoy tan viejo y jodido. Con una niña.— Me tambaleo por mi salón, parpadeando las estrellas emergiendo en mi visión. — Me gusta amarrar a las mujeres en cadenas, también.— Llego a la puerta principal y apretó la perilla. — Y ahora estoy borracho y ...— Pierdo la línea cuando abro la puerta. — Y tú estás aquí,— respiro, mi teléfono desplomándose a mi lado.

— Estoy aquí, — Raya confirma suavemente, levantando su teléfono. — Recibí tu mensaje cuando estaba por abordar el avión. — Su pulgar a ciegas recorre la pantalla en blanco. — Pero mi teléfono murió y no pude devolverte la llamada.



Con la mano laxa sobre la puerta, miro fijamente, perdido en el momento, preguntándome si estoy soñando. Preguntándome si estoy viendo cosas. Escuchando cosas.

- No estabas en el avión,— murmuro, mirando a los ojos que me han consumido completamente desde el momento en que los encontré. No hay tristeza ahora. Ni apagados, fosas sin vida. Sólo veo una cosa. Esperanza.
- No estaba en el avión.— Da un paso adelante. Y necesito que me digas que no he cometido un grave error.

El oxígeno me despierta cuando inhalo. Mi corazón comienza a latir contra esas puñeteras cadenas, estirándolas, forzándolas a renunciar a su poder. Sostengo mi teléfono. No más ocultar cosas. No más interrogatorios. No más precaución y miedo.

— Soy un hombre que ronda los cuarenta y por primera vez en mi vida, estoy hecho trizas por una mujer. Tú, Raya.

Su sonrisa, aunque pequeña y nerviosa, es tan jodidamente brillante.

— No me importa cuántos años tengas. No me importa que tengas una hija. Y me encantan tus cadenas.

Cerrando el último espacio entre nosotros, me mira, con las manos en mi pelo, aferrándose, decidida.

- Sin mi abuelo, no sabía qué hacer conmigo misma. Un pequeño beso es presionado en mis labios. Sé que él habría visto en ti todo lo que yo veo. Fortaleza. Devoción. Sé que me hubiera dicho que vales la pena arriesgar.
- No soy un riesgo, Raya. Lo prometo. No quiero ser otra razón que te lastime, y haré cualquier cosa para asegurarme de no hacerlo.— Tiene que creerme.

Sonríe.

— Lo sé.

El alivio me ahoga. Se construye tan rápido y tan furiosamente dentro de mí, no tiene escapatoria.

Aparte de mis ojos. Exhalo y la arrastro hacia mí, mi cara cayendo directamente en su cuello, necesitando olerla, sentirla. Necesitando tenerla en carne y hueso y en mis brazos ,— te he dejado un mensaje de voz muy largo,— susurro. Quiero recordar lo que dije, quiero repetir todas y cada una de las palabras, lenta y concisamente, pero se han ido, desaparecido de mi mente, algo más reemplazándolas.



Raya.

En mis brazos.

Y, en realidad, sólo tres de esas palabras son importantes, las tres que gritan más fuerte. Los tres que necesito decir una y otra vez.

— Te amo.





Epílogo

- Espero que seas feliz aquí le digo, entregándole las llaves a Annie Ryan.
- Gracias, Drew.— lanza las llaves en su mano, mirando alrededor del pasillo. Creo que voy a ser muy feliz aquí.

Tomo la perilla de la puerta principal y lo abro mientras ella patea unas pocas cartas a sus pies, pilas de correspondencia que nunca se leerán. Saliendo a la calle, hago una revisión rápida de mi teléfono. No hay llamadas perdidas. ¿Dónde están?

- ¿Algún plan para remodelar el lugar un poco?— Escaneo la calle, de izquierda a derecha. Nada. Porque eres arquitecta y todo.
- Un fin de semana fregando y una mano de pintura es todo lo que necesita por ahora. El segundo dormitorio será mi estudio.

Sus ojos verdes brillan con emoción, no puedo evitar sonreír.

- ¿Estás esperando a alguien?— mira detrás de mí, escudriñando la calle vacía bordeada de árboles.
- Sí,— le marco a Raya, empezando a preocuparme. ¿Recuerdas ese momento realmente incómodo cuando te pedí tu opinión sobre algo totalmente inapropiado?— Llevo mi teléfono a mi oído, y Annie sonríe, amplia y brillante.
 - Oh, ¿el problema de tu amigo?

Ruedo los ojos.

– Sí.

Y la chica que estaba yéndose del país.



FODI ELLEN MALPAS	
 Oh, ¿te refieres a mi novia? Sueno tan extraño diciendo eso. 	

— ¡Ah, Drew!— Annie golpea ligeramente mi bíceps. — Así que le pediste que no se fuera.

Mi teléfono suena y frunzo el ceño, haciendo otro escaneo rápido de la calle.

- Lo hice. Se supone que se reunirá conmigo aquí con mi hija.
- ¿Tienes una hija?

Suena sorprendida. Pero lo más impactante es que tengo novia.

— Sí, pero tengo la sensación de que ya no soy su persona favorita.

Annie se ríe, empezando a recoger algunos de los sobres cubriendo el piso de su nuevo vestíbulo.

- Estoy feliz por ti.
- Sí, también yo.

Su brazo se extiende hacia la carretera. — Oh, ¿son ellas?

Crujo mi cuello, mirando rápidamente en la dirección que señala, sonriendo ampliamente cuando encuentro a Raya y a Georgia saltando por la carretera de la mano.

— Son ellas.— La paz y la dicha me envuelven en su cálido abrazo y aprieta firmemente. — ¿No son la cosa más hermosa que has visto?



Se detienen en la parte inferior de los escalones, los brazos llenos de juguetes de peluche y algodón de azúcar.

— ¡Hola, papá!— Georgia sacude la cabeza para quitarse el pelo de la cara. — ¡Hemos estado en la ferial!.

Me vuelvo hacia Annie.

— Mejor me voy.

Asiente detrás de mí.

- Te sientan bien.
- Lo sé.— Sonrío, deslizando mi teléfono de nuevo en mi bolsillo. Tal vez tu seas la próxima víctima del amor, Annie.

Ella se burla, verdaderamente divertida.

- Como te dije, Drew. Ni siquiera un chisporroteo, así que definitivamente no hay chispas.
- No estés tan segura. Estas cosas te muerden el culo inesperadamente.

Sonríe, aunque es para llenar un espacio, algo que hacer, aparte de decirme que no hay ningún culo que morder en su vida probablemente ocurra pronto.

- Disfrútalas.
- Lo haré. Cuídate, Annie. Digo, porque si hay algo que he descubierto acerca de Annie Ryan en el corto tiempo que la conozco, es que es muy feliz cuidándose a sí misma. No necesita un hombre, pero ¿quiere uno?

Bajo los escalones y recojo a mi niña, tomando un bocado de su algodón de azúcar.

- ¿Cuánto de estas cosas has comido?
- No hay chance de que duerma en el avión.

Raya desliza un brazo debajo la chaqueta de mi traje y se pega a mi lado, y como un imán, mi brazo se envuelve alrededor de su hombro y tira de ella, porque no está lo suficientemente cerca .

Dejo un beso en la frente de cada una de mis chicas y empiezo a caminar hasta el coche.

- ¿Estamos todos listos?
- ¡Sí!— Georgia está a punto de estallar de emoción. Tengo dos bikinis nuevos y un vestido brillante, también— declara.
- ¿Bikinis?— pregunto, girando mis nerviosos ojos hacia Raya. Un movimiento de su cabeza, sin palabras, me dice que no me preocupe. ¿Y el abuelo?— pregunto.
- Está listo.— Raya entierra su cara en mi pecho, su palma apoyada en la pierna colgando de Georgia por mi frente.
 - Entonces vamos a llevarlo de vuelta a Australia.

Si la felicidad fuera una cadena, sería de platino con corazones sólidos entre cada eslabón y entrelazados alrededor de mi corazón repleto.

Estoy encadenado, no me equivoque, pero soy más libre de lo que he sido.





No te pierdas **THE FORBIDDEN**, una nueva historia de las tentaciones peligrosas de la autora # 1 de los mejores vendidos del New York Times, Jodi Ellen Malpas, disponible en agosto de 2017.

(The Forbidden no es un proyecto de BM, por lo que no traduciremos el adelanto incluido en All I Am





Agradecimientos

Como siempre, mi incesante aprecio y amor por todos aquellos que han mantenido mi mano por este camino de escritura. ALL I AM fue una oportunidad de volver a visitar a viejos amigos desde cuando aterricé por primera vez en el mundo de la ficción, y fue tan bueno estar de nuevo en sus cabezas. Y a mis lectoras, espero que disfruten de esta extensión de MI HOMBRE y Drew en toda su gloria. Sé que yo lo hice.

JEM xxx



Drew's story A This Man novella 3.5 FORE ELLEN MALPAS



Jodi Ellen Malpas nació en Northampton. Mientras trabajaba en la empresa de construcción de su padre fue ideando la trama de su primera trilogía y creó el personaje de Jesse Ward. En 2012 decidió autopublicar Seducción, el primer volumen, y la masiva respuesta de sus lectoras la animó a terminar los demás. Catapultada hasta el número uno del New York Times, la trilogía MI HOMBRE (Seducción, Obsesión y Confesión) se ha convertido en el fenómeno digital y ha coronado a Jodi Ellen Malpas como la nueva reina de la novela erótica.

Otros libros de Jodi:

El protector

Trilogía Una Noche:

- 1. Una noche. Deseada
- 2. Una noche.Traicionada
- 3. Una noche. Enamorada

Trilogía Mi hombre:

- 1. Mi hombre. Seducción
- 2. Mi hombre. Obsesión
- 3. Mi hombre. Confesión



Drew's story A This Man novella 3.5 FORE ELLEN MALPAS



Moderadora

valeen

Traducción

Corrección

Diseño

valeen

lulibay

Eev

pao38

valeen

danilhis

Revisión final

valeen



